

SUMARIO

- siempre velar

Genealogía
Ricardo Rojas: Adalid de América Fernando Diez de Medina
Literatura quechua José Uriel García
Carta en abril para Bolivia Mauricio de la Selva
Técnica y Humanismo Alejandro Oropeza Castillo
El asombro de América Alberto Calvo
José Antonio Arze: un maestro Arturo Urquidí Morales
Una fase del pensamiento brasileño Armando Correia Pacheco
Notas a Eugenio O'Neill Jorge Castillejo 42
Doble poema de las designaciones Rubén Vela
El Incanato no fue Imperio Abraham Maldonado
Centenario de la Constitución Federal Mexicana de 1851 Roberto Herrera Soto
Canto a Bolívar María Quiroga Vargas
Europa como programa César Armando Gómez
La novela histórica en Bolivia Humberto Guzmán Arze
Saudades Augusto Valda Chavarría
José Luís Castillo Puche, o la inquietud Luis Quesada
"Tres elegías a mi padre", de Martell Matilde Elena López
Una nueva clasificación bio-tipológica Santiago Genovés T.
Bolívar y Bentham Sixto Montero Hoyos
Contradicciones culturales Nicolás Fernández Naranjo
Tiempo y vida Luis Carranza Siles
Una poesía infantil César Chávez Taborga
Europeísmo y Paniberismo Manuel Lizcano
El sentido de la realización lírica José Ramón Medina
Actividades arqueológicas del Museo Tihuanacu Manuel Liendo
La pintura del siglo XVI en Sud América Mesa-Gisbert
Un espíritu representativo de El Salvador: Toño Salazar Luis Gallegos Valdez

- caminos tiene el sueño

.Campesinos Oscar Gómez
Los tísicos Ricardo Martell Caminos

- ...de la memoria y el pregón

Ricardo Rojas
Notas culturales y educativas
Notas artísticas
El libro del trimestre
Bibliografía
La procesión de las hojas impresas

Fotos: Tardío, Linares, Molina, Don Bosco, Weimer.
Dibujos y viñetas: Raúl Calderón Soria.



GENEALOGIA

VOZ nueva no la hay; sólo verdades antiquísimas que cada boca devuelve y transfigura a su manera. Pero uno es el Verbo y el Hombre múltiple, diverso. La historia que los liga es siempre verdadera y miente siempre. Porque ala de paloma y escama de serpiente cruzan sus caminos.

Sea el habla nuestra para el indio de América, hermético y lejano; para el mestizo turbulento, lava en ascenso; para el criollo orgulloso que ve declinar su antiguo poder dominador. Porque América no es sólo tierra de exotismo y autoctonía, como la ven los farsantes del indigenismo agresivo, del cholerío como arma de combate; sino que indio, cholo y blanco viven confundidos, separados a un tiempo mismo, fraguando en tensiones encontradas la única verdad admisible del continente de la esperanza: abolir razas y clases para el advenimiento de la criatura universal. El molde mestizo conforma nuestra personería social. Bulle el mestizaje en la sangre, en la piel, en el alma. Nadie es químicamente puro. No lo fue en la Grecia pelásguica ni lo será en el pandemonio étnico del novimundo.

Seres de aluvión, de fusión somos. Menos que el europeo sabio de dominaciones? No. Más que el indio cargado de misterio y lejanía? Tampoco.

Todos los hijos de Dios tienen alas. Sí aquí en América, el drama de las muchedumbres se agrava de olvido y de miseria, también de ella brotaron almas como estrellas. Del padecer de muchos brotaron soñadores, conductores; unos nos dieron libertad con la espada; otros la belleza inefable y el alto pensamiento con sus sueños.

No por sabedores de cosas superiores. Mas en humildad de espíritu, ansiosos de comunicación y diálogo, creemos que el hombre de América se ha despojado ya de la cáscara

folklórica. Subsiste el embrujo telúrico. Hay un vitalismo originario. Pero juego y destino se han transferido al enigma de las almas: nos interesa la criatura americana más que su escenario. Por eso diremos que un estilo varonil y muscular, es el signo premonitorio del nuevo acaecer.

Saber de dónde se proviene ya es saber. Pero más alta es sabiduría que indaga y fija sus puntos de amarre en el horizonte vivo: América es siembra de futuro, presencia inminente que influencia alguna podrá subordinar a fuerzas extrañas. Feneció el vasallaje. Somos. Sabremos ser.

RICARDO ROJAS: ADALID DE AMERICA

POR

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

Ministro de Educación de Bolivia

UNA ardiente juventud. Una madurez luchadora. Una memorable senectud. Nada más que un gran escritor, nada menos que todo un hombre. Desde su patria argentina, este amauta de América se proyectó al continente. Por eso ahora, desde el golfo de México hasta el cabo de Hornos, los hombres del Nuevo Mundo evocan su vida y su obra singulares.

Fue don Ricardo Rojas un místico de la tierra y de la raza americanas. Perteneció a la promoción espiritual de Ingenieros, de Lugones, de Ugarte, de Palacios, de Capdevila, de Bunge, que en las primeras décadas del siglo ejerció la rectoría del pensamiento continental. Sobrepasando a políticos, sociólogos y poetas, Rojas ancló en pensador. Quiso ser el intérprete de la naciente cultura americana. Si el investigador da a sus libros un fondo arquitectural, orgánico, respaldado por el documento y la severidad analítica; el soñador y el idealista se remontan al juego de los símbolos. Sintió el llamado de la tierra, recogió el clamor de sus muchedumbres irredentas, supo la ciencia fuerte que traba la angustia dinámica de occidente con el pausado misterio de las zampoñas indias.

Así, profesor y taumaturgo, ingeniero y poeta de una construcción civil, fue Ricardo Rojas un varón del Plata que llegó a encarnar la conciencia de la nueva América.

Con mano firme y levantado numen compone los cuatro libros del ciclo que él mismo llama: la filosofía de la nacionalidad. Cuatro obras señeras, no muy extensas, pero cuajadas de penetración y novedad: "La Restauración Nacionalista"; "Blasón de Plata"; "Eurindia" y "Agentinidad". Abre la segunda con estas palabras proféticas:

"Argentinos hermanos míos, leed este libro que pretende esclarecer, como en un mito heráldico, el nombre augural de nuestra tierra, de nuestra raza, de nuestra civilización".

Lo interesante, lo excepcional en Rojas es que, cuando se refiere a su morada nacional, está pensando siempre en el ámbito continental; por ello sus ideas tienen vigencia y repercusión inmediatas en todos los pueblos americanos.

Para el maestro argentino indianismo significa la conciencia del país, "esa fuerza territorial de nuestras Indias". A la antinomia civilización y barbarie de Sarmiento, responde Rojas:

"Indianismo y exotismo. Necesitamos de ambos: el uno para nuestra cultura estética; el otro para nuestra formación política".

Formado en disciplinas clásicas, el pensador se dispara al horizonte. En "Blasón de Plata" se ocupa de la raza. En "La Agentinidad" del Estado. En "La Restauración Nacionalista" de la escuela. En "Eurindia" de la formación del alma por la sabiduría y la belleza. Dijérase un espíritu socrático sin la acidez del ateniense.

Llueven los libros de la pluma fecunda: "País de la Selva", "Cervantes", "Retablo Español", "Un Titán de los Andes". Para el teatro "Elelín" y "Ollantay". Esa "Historia de la Literatura Argentina" famosa ya, en marcha a su cuarta edición, que no obstante críticas y reparos sigue siendo el primer estudio metódico y científico que enlaza el hecho literario con el proceso político y social. Luego las deslumbrantes biografías: "San Martín o el santo de la Espada" y "Sarmiento o el profeta de la Pampa". Y ese "Archipiélago", acaso su obra mejor porque está escrita con la ira santa del proscrito y fue revelación para la Argentina y mensaje para América.

"Argentinidad —proclama el pensador— es un espíritu angélico que se nos manifiesta en la tierra, en el hombre, en la tradición y en la cultura, enviando a nuestra conciencia reflejos de su propia luz espiritual".

Nadie exaltó su patria con más dignidad que Ricardo Rojas. Nadie intuyó el continente con amor tan entrañable. Por ese genio terruñero y universalista al mismo tiempo, pudo el maestro alzarse a los cielos límpidos de "Eurindia", su libro más difundido y discutido.

"Eurindia" como teoría científica corre el destino de otro libro célebre: "La Raza Cósmica" de Vasconcelos. No es postulado válido para hoy, tiempo de premuras y ligámenes increíbles, tiempo de transfusión en que lo nativo y lo cosmopolita se confunden y se pierden en síntesis novísimas. Pero admiremos su generoso idealismo, la búsqueda desinteresada, prieta de hallazgos y mensajes. Si no nos sirve para vivir, al menos sirve para soñar. Y el ideal euríndico del gran argentino, negado o aceptado, es un astro errante en la cultura americana.

"El secreto de Eurindia no ha de buscarse tanto en las cosas como en las almas".

He ahí la clave para entender el libro sutil.

Superando el exotismo pedante y el indianismo sentimental, Ricardo Rojas propone una fuerza nueva, compuesta de ambos, pero en su mejor sentido: el creador; fuerza que los unimisma y los trasciende en la unidad de un nuevo ser. ¿Qué es, en verdad, lo americano, después de cuatro siglos de pugna entre España y el mundo indio, a través del puente criollo? Estamos forjando todavía la respuesta. Y aquí salta la perspicacia del argentino. Rojas no rechaza lo europeo: lo asimila; no reverencia lo americano: lo supera. Es, pues, al mismo tiempo, autonomista e integrador. No establece ruptura, sino continuidad entre razas y culturas, con hondo sentido de futuridad. Luego el poeta, tras los análisis ceñidos y geométricos, vuelve a remontarse a la esfera de su propia celestía:

"Yo creo —sostiene Rojas— que la tierra y los astros son seres vivos".

Le recuerdo como le conocí en 1939, cuando dictaba su hermosa conferencia titulada "Conciencia de América", en esta misma Universidad Mayor de San Andrés donde hoy Bolivia se inclina a su memoria. Un hombre alto, erguido, de varonil prestancia. Agudo el intelecto, sencillo el trato. Fuego en los labios. Bondad en los ojos. Y un don de irradiación espiritual que sólo a conductores fue donado.

Sostuvo el maestro que debemos amar, primero, el propio lar luego alzarnos al amor del conjunto americano. ¿Latinoamérica, Hispanoamérica? No —decía el argentino—. Somos, simplemente, los americanos del sur. Preconizó que la formación del Estado, en nuestro continente, era obra del futuro. Defendió con buenas razones al criollo y al mestizo. Predijo la gran nacionalidad venidera de los Estados Unidos de Sud-América. Habló de Tiwanaku, de nuestro Lago, de La Paz, del hombre de la meseta andina. Dijo cosas tan finas, tan sugerentes que encantaron los oídos. Sus planteamientos, sus enfoques sociológicos, sus atisbos t estéticos fluían penetrados de verdad y sentimiento. Entonces comprendimos que para salvarse de la violencia del aluvión inmigratorio, América elabora sus grandes almas con la greda de sus cántaros autóctonos y el sonido de sus quenenas seculares.



Cabeza de Monolito de Tiwanaku en la puerta del templo de la población.

FOTO ALBERTO TARDIO

¿Quién era, pues, don Ricardo Rojas, en comprensión profunda del tiempo americano?

Un amauta redivivo. Sacerdote, legislador, maestro y conductor de multitudes. Consejero para príncipes; soporte de buenos ciudadanos. La mitad sabio de veras, la mitad lleno de sueños. No sólo la voz del universal Buenos Aires, sino también la esencia de las provincias nutricias de la inmensa Argentina. Y algo más hondo todavía: la conciencia surgen te de la nueva América que despunta en medio del dolor y el sacrificio de sus pueblos jóvenes.

Ricardo Rojas no fue a la Universidad; como en el caso de Unamuno, la Universidad vino hacia él. Fue gran rector y gran señor en la Universidad Central de Buenos Aires. Un dictador con galones lo confina a la Patagonia; el maestro contesta con el testimonio lapidario de su libro "Archipiélago". Otro dictador con charreteras le arrebató el magisterio rectoral; Rojas no se doblega y sigue siendo un constructor civil para los argentinos. Es que en él hombre y luchador, pensador y orientador, escritor y poeta eran sublimaciones morales. La patria en el principio; la americanidad ejemplar al declinar.

: El Gobierno de Bolivia, sus intelectuales y su pueblo se inclinan reverentes a la memoria del insigne escritor argentino, en cuyos libros bebieron sabiduría varias generaciones americanas.

“APU”: Señor del Paisaje, héroe civil de América, diré yo de Ricardo Rojas. Y pediré que el trozo de su vida y el centelleo de sus libros persistan en el asombro de nuestros gigantes de nieve: más asombrosos cuanto más lejanos.



LITERATURA QUECHUA

POR

JOSE URIEL GARCIA

UNOS "Poemas Quechuas", escritos en la lengua de los Incas o "Runa-Simi" (término que podría traducirse por "Lenguaje del Hombre", "Palabra del Pueblo" o, por último, "Idioma Nacional"), que tengo a la vista y en lectura, me sugieren estas notas condensadas sobre la forma y el contenido de las predichas poesías, que tienen la virtud de mantener y acrecentar la belleza lírica de aquel idioma, medio de comunicación de millones de hombres que lo hablan hasta ahora en la vastedad de los campos andinos y que en el pasado fue la de expresión más evolucionado del pensamiento y de la cultura incaicos. Ciertamente el tema es digno de un estudio más concienzudo y metódico.

- **Bilingüismo.**

Una circunstancia digna de anotarse, de primera intención, es que tales poemas han sido producidos por un intelectual que domina con fluidez y maestría esa lengua popular y quien, al mismo tiempo, se ha nutrido y formado culturalmente por medio del habla castellana, como ocurre con frecuencia con todos los hombres de estudio que viven en nuestras serranías.

A partir del siglo XVI, tanto el castellano, idioma de los conquistadores, como el quechua y el aymara, lenguas nacionales sobrevivientes, vienen a ser medios de expresión bilingües y comunes, especialmente en las extensas zonas geográficas del Sur y del Alto Perú, donde la mayoría de la población constituyen los aborígenes.

Desde la conquista, el castellano fue la lengua oficial, la de la administración pública, el idioma académico y procesal. En cambio, la llamada "Lengua General de los Naturales", era el medio de comunicación más usual y cotidiano, no sólo para uso de los terratenientes, encomenderos, beneficiarios de "repartimientos", que empleaban el habla aborígen para la mayor facilidad y éxito de su explotación, sino, lo que es más, toda la teología catequística y "evangelizadora", de doctrineros y de párrocos, se tradujo a uno u otro idioma indígena, en vez de castellanizar y, por con-siguiente, alfabetizar a los pueblos conquistados, lo que habría demandado demasiados esfuerzos de parte de los conquistadores, para quienes toda labor de cultura en favor de los aborígenes parecía incompatible con su explotación económica y con el ocio feudal. Traducciones, dicho sea de paso, que se mantienen hasta ahora, ya mecanizadas y en "conserva", porque el aborígen continúa analfabeto. Después de todo, debido a ese sistema colonial las lenguas aborígenes se mantienen vivas y, no obstante la conquista, el despojo de la tierra y la servidumbre, resistieron victoriosamente la concurrencia del castellano. Además, el idioma aborígen fue y continuó siendo el de la servidumbre, como del pongo y de la mitaya, que prestan sus servicios y trafagan a toda hora por los aposentos de la hacienda, aseando las cuadras y

salones, hasta la cocina y los corrales, de la mansión hidalga; el de la nodriza india, que nutre con sus pechos al vástago del español y lo aduerme con sus huañños evocativos de sus breñas; el del labriego que para pagar sus diezmos o tributos concurre a la iglesia, asiste a las oficinas del Estado o del señor feudal, y reza sus oraciones o hace sus cuentas en su propia lengua. Aymara y Quechua son pues, desde la Conquista, las lenguas populares, mientras que el castellano, al menos en el pasado colonial, parecía sólo un dialecto de la aristocracia o de la sabiduría. Sólo en determinados casos los indígenas eran obligados a emplear el castellano —que lo hacían generalmente por medio de intérpretes—, como en los de celebrar contratos, hacer testamento y en ciertas ocasiones, muy raras por cierto, para formular alegatos, escribir su propia historia o lanzar proclamas, en caso de rebelión armada. Esos casos singulares son los de Huamán Poma de Ayala, autor de una monumental historia de la vida cotidiana indígena o de Túpac Amaru, el célebre caudillo del levantamiento de 1780, por ejemplo. Mayordomos de las haciendas, miembros de las cofradías religiosas, artesanos y artistas agremiados de los suburbios, mestizos o indios amestizados por su oficio, eran bilingües, pero siempre con el predominio de la lengua materna. Del mismo modo, todas las llamadas "clases cultas" de nuestras serranías fueron y somos hasta hoy bilingüistas, por tales razones, como somos todos los pueblos andinos, en mayor o menor medida, por la inevitable y necesaria concurrencia del castellano, el idioma que nos pone en comunicación con el mundo moderno. Después de todo, ambos idiomas, de categoría nacional, estuvieron siempre al margen de los sistemas económicos, implantados desde la Conquista.

Volviendo al principio, el autor de los poemas comentados es profesor (hombre de ciencia, por tanto), en castellano, al mismo tiempo que poeta quechua, que empapa su emoción lírica en el idioma aborígen. Por un lado, absorbe conocimientos para vincularse con los problemas de la cultura universal; por otro, vuelve a la tierra y se sumerge en la historia nacional, terrígena, puede decirse, localista, pues por medio del idioma materno se borran las diferencias entre el indígena, el mestizo y hasta el criollo, para hacerlos a todos "nuevos indios" o nuevos americanos, cuando a más de la lengua hay unidad en las aspiraciones progresivas.

Es cierto que esa duplicidad idiomática y cultural del hombre de estudio de las serranías andinas, reflejo de las dos culturas antagónicas, la de los poseedores y la de los desposeídos, que subsisten, se resuelve generalmente por el uso más frecuente de la lengua que conduce a lo "universal", como medio de captar por esa vía con más facilidad los ideales redentores de esos antagonismos, hecho que impele muchas veces a la vuelta de espaldas a la otra cultura popular, núcleo más vivo de la nacionalidad auténtica, nutrida por los ácidos del régimen colonial y por las injusticias que perduran; de espaldas, por tanto, a la redención del aborígen, en este caso, al cultivo de su propia lengua, indispensable para mantenerlo en su conciencia histórica y para penetrar con más eficacia en las reconditeces del pensamiento del pueblo que en el pasado produjo una de las más avanzadas culturas humanas y que en el presente son los desposeídos y los siervos, pero que por la experiencia de la historia los consideramos capaces de grandes hechos nuevos.

Las lenguas aborígenes tienen belleza de pensamiento y de expresión, porque se formaron de consuno con el trabajo de hombre para dominar los Andes; por lo cual mantienen su fuerza creadora para seguir descubriendo la "verdad nacional", andinista, e impulsar la acción humana hacia el futuro. En este caso, la poesía vernácula debe seguir desempeñando su función estimulante y redentora, como así es en el fondo todo arte polar de nuestra tradición.

Decíamos que estos poemas provienen de dos vertientes idiomáticas y mentales, sin que sea tarea difícil determinar cuál de los elementos culturales predomina en el contenido poético. Claro está que la forma gramatical quechua es correcta, el idioma está manejado con fluidez, maestría de léxico y con ese purismo idiomático del quechua en "conserva", como llaman así los lingüistas a las palabras y giros de poco uso o en desuso. (V. "*Le Langage*", Marcel Cohen. Edit. Sociales, París, 1950). O sea que estos "Jarawis" (ortografía germanizada, del autor de "Poemas", tanto por su imitación a la forma incaica anticuada: *harahui* (ortografía acorde con la castellana, usada por el autor de este artículo), como por su estilo purista, son composiciones poéticas dignas de la época de los Incas, antes que trasuntos de la "poesía" quechua actual. Aquellos "jarawis" del autor glosado no desdican, por su purismo, de semejantes composiciones poéticas de la época incaica, que fueron adaptadas a los catecismos y jaculatorias religiosas del coloniaje, que en nuestras iglesias rurales, en las procesiones y otros actos litúrgicos se entonan y se repiten

mecánicamente en homenaje a las santidades; especialmente en aquellas "chaiñas" (gorjeos de ruiseñores), que hacen desbordar de ternura a los fieles devotos de las "Mamachas", como en el Cuzco, el día de procesión de "Mamacha Belén", por ejemplo.

- **Variación temática.**

En estos poemas quechuas —nos referimos a su contenido y no a su brillante formalismo gramatical, de estilo "noble" como queda dicha—, no está pues el adalid, es decir, el sugeridor de bellezas que impulsan a la acción y por ese camino descubren la verdad, denunciando la vida real, como debe ser la poesía para pueblos oprimidos. Y decimos adalid, porque un poeta que se exprese en el idioma vernáculo, el idioma voceado a cada instante por millones de hombres, de trabajadores campesinos explotados desde la Conquista, no puede ser sólo un harahuico incaico resurrecto, cantor del "Padre sol" o de la "Madre Luna", intérprete de la "magia" de los Andes, a cuyos ápices magestuosos se les sigue llamando " Apus", "Auquis", como en la época del incanato. Visión ésta de un mundo desaparecido y destruido, de un pueblo que ha perdido su libertad, El poeta quechua de hoy ha de ser el adalid que valiéndose de las bellezas del idioma descubra y denuncie la tragedia de la vida real, las condiciones sociales opresivas impuestas a los "naturales", desde la conquista española, que los despojó de la tierra, base para toda felicidad humana, y que los sometió a servidumbre, incompatible con la dignidad y el bienestar.

Era lógico que el "harahuico" de la época de Pachacútec, por ejemplo, cantase el amor, el paisaje, el trabajo, etc., con optimismo, emoción y entusiasmo, porque era libre y dueño de la tierra. Pero ahora, la visión del mundo andino para el campesino expoliado por el hacendado, por el hacendado dueño absoluto de los Andes, desde la base hasta la cima, no puede tener ya la magia que tuvo para aquel "púric" que cultivaba la tierra para sí y para los suyos y producía el maíz "inca", fruto magno y espléndido, que hoy sus amos lo exportan a los Estados Unidos o para el pastor de los auquénidos, con cuya lana se vestía toda la comunidad, mientras que ahora asimismo los "laneros" y "rescatistas" se enriquecen con ese producto y lo exportan a Inglaterra. Y cuando apura la sequía, el maíz llevado a Norteamérica los deja en la hambruna y fa lana de la alpaca enviada a las usinas inglesas los tiene desnudos.

El "Padre Sol", que antes era padre de todos los hombres, ya no hace madurar la simiente sino para los poseedores, fuera de que los métodos modernos agroquímicos de que disponen los hacendados, como los abonos, desmedran aquella "magia" de la divinidad solar, La "Madre Luna", a su vez, con su lumbre nocturna disgregante y propicia para el amor biológico, entre las inmensas estepas andinas, ya no concurre a la multiplicación del ganado, pues el "gamonal", dueño de pastizales y de rebaños, puede valerse y se vale, en caso necesario, de la "inseminación artificial", anulando la influencia panspérmica que se atribuía a las sombras lunares, Los "Apurímac" y los "Huicamayus", ríos sagrados en el pasado, que eran fuerzas físicas y morales al mismo tiempo para el admirable constructor de las terrazas andinas, son bienes complementarios del propietario de los Andes; son ríos que alimentan ahora los canales de la hacienda o los dinamos de la ciudad, donde viven los amos. Por último, los "Apus" y los "Auquis" andinos, cubiertos de nieves perpetuas, ya no son el trasmundo o "cielo" donde "viven" los antepasados y desde donde velaban por el bienestar de la comarca, regulando la marcha de las nubes, la precipitación de las lluvias, el caudal de los ríos. Los "andinistas" los escalan por todos sus flancos y los someten bajo sus pies, hollando su misterio; los aviones los cruzan más altos y los miden.

Para el poeta y profesor glosado, pumas, serpientes, cóndores siguen compartiendo de la visión mágica del hombre andino, como en, el pasado, cuando solían atormentarlos a los campesinos con sus garras amenazadoras en los bosques solitarios de los contrafuertes montunos, con su silbo siniestro, en los maízales, con su vuelo temible en las inmensas llanuras donde pacen las dulces vicuñas. Mientras que ahora, en lugar de aquellas fieras, de esos rapaces, de venenosos afidios, los acechan otras furias en el juzgado, en la subprefectura, en la parroquia, en la hacienda.

Otro poema nos describe a la choza familiar que se eleva sobre la falda de la montaña, "cada vez más cerca a las nubes", "a esas nubes que impelidas por el viento son reacias a darle sombra". Sin duda —deducimos— porque la tierra agrícola ya no es del campesino, sólo se la mira en fuga hacia las nubes, hacia las cimas, hacia la nada. Pero esa choza cimera es igual a la

multitud de chozas que rodean a la hacienda, a la mano para la mita, que pueblan los arrabales de la aldea y de la ciudad. Chozas andinas, vivienda del hombre siervo. El poeta la contempla en su aspecto externo, en su perspectiva superficial. Ya no dice cómo son en su intimidad esas viviendas hasta ahora prehistóricas, vergüenza de la civilización moderna, de la democracia decantada por políticos y gobernantes. Ahí, en ese espacio estrecho conviven, junto con la familia, el perro, el carnero, los cuyes y otros parásitos, viveros de enfermedades mortales, bajo el mismo techo. La "asistencia social" no puede llegar hasta ese habitáculo mientras se opongá la hacienda.

La poesía quechua contemporánea, que ha de ser principalmente para que la reciten o la canten los campesinos analfabetos que tienen ese idioma por lengua nacional, ya no puede tener aquella estructura lírica del *harahui incaico*, que exaltaba a "cusiccoillores" (estrellas), a "urpis" (palomas), a "chascas" (luceros), del modelo ollantino, sino ha de ser la expresión estética de la conciencia social que se nutre de realidades concretas, suministradas por la vida cotidiana y por la historia. Tampoco puede ser la mera descripción romántica del paisaje andino, de aquella época en que las fuerzas productivas y las relaciones de producción eran equilibradas y estaban impelidas por el trabajo libre, por una técnica adecuada a sus modos y medios de producción; todo ello propicio para la visión mágica de su ambiente ecológico. A estas horas, esa visión resulta falsa, porque desde la Conquista la naturaleza andina como las condiciones sociales han variado fundamentalmente, como queda dicho.

La poesía quechua contemporánea ha de ser más que todo el trasunto lógico del mundo concreto actual y de las actividades históricas sufridas por los pueblos aborígenes, de la encrucijada en que se les mantiene, del estado de conquista que para ellos subsiste, por lo cual viven en permanente ánimo de rebeldía, que cuantas veces ha estallado en sangrientos levantamientos o en angustia pasiva que espera la libertad. Qué fuente copiosa de bellezas dotadas de posibilidades creadoras puede encontrar el poeta vernáculo que penetre en el fondo de esa alma aborígen, en los aspectos más humildes de su vida.

- ***Ironía y humorismo.***

Pero además de ese rico influjo del realismo andino en el proceso espiritual de nuestros pueblos que, como queda dicho, es visión concreta de la vida real y, al mismo tiempo, es opuesto a la teología del catecismo español, cuya enseñanza, en los tres siglos del coloniaje, no pudo aniquilarlo, como tampoco lo puede el influjo de las escuelas decadentes de la literatura occidental contemporánea, como el "realismo mágico", el "surrealismo", el "dadismo", el "cerebralismo", etc., los idiomas aborígenes y, por tanto, su literatura, poseen cualidades de todo arte superior: la fuerza de su ironía y la gracia de su humorismo. La ironía y el humorismo aborígenes fueron elementos corrosivos, deformantes y restauradores, al mismo tiempo, de los intrincados dogmas teológicos, dogmas que al corroerse, deformarse o restaurarse, merced al ingenio indígena, cobraban algo más de claridad y algo más de certeza en sus abstracciones metafísicas y en sus mistificaciones escolásticas para llegar así a la sencilla mentalidad del campesino. La sonrisa y el halago que provocaba en el ánimo de éste el concepto o la figura objetiva ya eran suficientes para disimular la íntima incomprensión de los dogmas.

Esa modalidad humorística del espíritu aborígen viene desde antiguo. En toda fiesta incaica había siempre, entre el conjunto de danzantes y de comediantes, un gracioso o histrión que divertía al Inca y a su corte con sus bufonadas o con sus recitaciones burlescas. Se llamaban "Sauca-rímac" y "Cocho-rímac". (1). Del mismo modo, en los dramas coloniales quechuas, como el *Ollantay* y el *Usca-Páucar*, entre otros, *Piquichaqui* y *Quespillo*, respectivamente, vienen a ser los siervos o domésticos de aquellos sus amos, que con sus gracejos e ironías hacen la crítica y la autocrítica de todo aquello que no está de acuerdo con las normas habituales y progresistas, en la misma medida cómo desempeñaban ese mismo papel en la época de los Incas. *Huamán Poma de Ayala* es otro ejemplo singular del historiador aborígen que maneja la ironía y la burla aun en documentos solemnes, como su alegato presentado a "Su Sacra Real Magestad" pidiendo la devolución de las tierras conquistadas a sus verdaderos dueños, pedido de suyo irónico por su audacia.

(1).- "Nueva Crónica y buen Gobierno" *Huamán Poma de Ayala*.

Con esa misma gracia los artistas populares de la época colonial deformaron el barroco español; pintaron Cristos cebrados y patizambos, emergiendo de entre lámparas votivas y ramos de flores montunas; esculpieron imágenes del santoral católico en actitudes teatrales, cómicas, que provocaban la risa, que tapa la ignorancia del tema; que en sus danzas imitaron los bailes de los saraos aristocráticos, encubiertos de máscaras que reproducen el dengue de la dama y la mueca del terrateniente. Hasta la humilde Cecilia Túpac Amaru, del séquito del célebre caudillo Tunga-suca, estando ya en capilla, entre las garras del feroz Areche, tuvo este sarcasmo: "También la lana del cuero en que duermo se la llevó el Corregidor".

Por último el quechua tiene condiciones para el arranque épico, para la literatura heroica. En el drama "Oallantay" es notable aquella viril y marcial imprecación del protagonista contra el Inca y su Corte del Cuzco, tanto como las exclamaciones de Usca-Páucar, en el auto sacramental de su nombre, sobre las humildades de su pobreza.

Los idiomas aborígenes, por lo dicho, tienen pues riqueza de pensamiento y de léxico para las creaciones estéticas más complejas; riqueza de inspiración realista, concreta, sin aquellas contorsiones metafísicas de las escuelas decadentes de la literatura occidental. Poesía popular expresada en el "runa-simi", lenguaje del agro y del arrabal, del mercado y del taller. Poesía que ya no puede expresarse en el lirismo sentimental del harahui incaico, sino en la queja del yaraví o del huaino mestizos, entonados a toda hora en las "cavernas de la nacionalidad" como una fuga de la amarga realidad de los siervos de la Conquista.

- **Ortografía y fonética.**

Como última anotación, es imprescindible referirnos a la ortografía usada por el autor de los "Poemas" para la escritura del idioma empleado sin alfabeto propio.

Harto sabido es que en la cultura incaica los hechos transcurridos, eran sólo materia de relato oral por falta de escritura, que los amautas y quipocamayus lo hacían por medios mnemotécnicos, como los quipus y las quillcas, que eran cuerdas de lana, de diversos tamaños, colores y nudos, o de ideogramas empleados en el arte decorativo; medios de recuerdo de conceptos abstractos y generales, que servían de ayuda para la exposición ordenada y lógica de los acontecimientos concretos del pasado. La poesía tenía ese mismo carácter oral. El lirismo amoroso, la descripción del paisaje, el epitalamio, la endecha o la canción bailable, casi siempre se improvisaban de acuerdo con las circunstancias y luego se dejaba para la recitación constante.

La literatura aborígen, desde la concurrencia del castellano, tomó del idioma invasor su alfabeto para graficarse y transmitirse con mayor facilidad y amplitud, merced al bilingüismo. Con mayor urgencia, cuando la catequización tomó a las lenguas indígenas como más adecuadas para sus fines, traduciendo a esas lenguas sus dogmas. De esa labor, existen hasta ahora Vocabularios, Catecismos, Gramáticas y Lexicones, como los de Fr. Tomás de San Martín, de Torres Rubio, de Holguín, etc., escritas en las lenguas aborígenes, mediante el alfabeto castellano. De entonces vino el problema, pues la fonética del sistema y de la gramática del castellano resultaba deficiente para adaptarse al sistema del idioma aborígen. Muchos fonemas quechuas y aymaras no pueden hasta ahora encontrar signos gráficos adecuados y exactos en la fonética castellana. Entonces los etnólogos, tanto extranjeros como nacionales modernos, recurren al préstamo de signos de fonología aproximada de algunos idiomas extranjeros, como el inglés, el alemán, etc., dando lugar a una multiplicidad de "alfabetos científicos" para la escritura de las lenguas autóctonas. Entre esos alfabetos "científicos" resaltan algunos que contribuyen más bien a sembrar la confusión, como el propuesto en México por el Dr. Mauricio Swadesh y seguido por el autor de los "Poemas", casi en su mayor parte. Según ese sistema, por ejemplo, la ch es reemplazada por la c; la c por la k o por la q, en ciertos casos; la ll por la y; la x por la combinación sk, etc. Siguiendo ese sistema norteamericano, el autor de los "Poemas" escribe "choquechaca" por "cuqicaca" y si se quisiera escribir las palabras quechuas de "chaco" (cacería) y de "chchaco" (perro lanudo), según aquellas normas, resultarían ambas por "caco" y si aun quisiéramos graficar la palabra "chuuchu" (ganadero chumbivilcano) nos resultaría por "cucu".

Esta ortografía de predominio norteamericano, como queda dicho, viene más bien a sembrar la anarquía y la confusión mayores, especialmente en el campo de la alfabetización de las masas aborígenes. Pues mientras el profesor de castellano, como no puede ser de otro modo, debe regirse en su enseñanza a la gramática de dicha lengua, que es la oficial y de importancia nacional —como las aborígenes—, el poeta quechua, que puede ser el mismo profesor, escribe sus poemas en una ortografía germanizada o sajonzada, para la equivalencia fonética de la lengua que emplea en sus poemas. Lo que representa una contradicción, una duplicidad y una anarquía lesivas para la cultura nacional, especialmente para la cultura popular, puesto que se les obliga a las lenguas autóctonas a un forzado y ahistórico parentesco con lenguas extrañas a la tradición y al pueblo. El esfuerzo científico debe de encaminarse antes bien a estrechar la vinculación de los idiomas aborígenes con la lengua invasora, el castellano, con la cual mantiene relaciones, por encima de la voluntad de los hombres y de las teorías desde hace más de cuatrocientos años, como una necesidad histórica irreversible a estas horas. Lo científico, repetimos, es atenerse a la historia, a la sociología y a los procesos literarios nacionales, entre lenguas ocurrentes desde hace siglos y que proseguirán marchando paralelamente en el futuro, al margen de todo cambio histórico. Una innovación acaso más adecuada y posible podría ser la invención de nuevos signos gráficos para aquellos fonemas aborígenes con insuficiente adaptación a la estructura castellana, con lo cual se añadirían a las veinticinco letras fundamentales del castellano algunas otras especiales para los idiomas nativos, pero sin perder aun así la fonética castellana, que debe ser propicia para la asimilación de nuevas palabras que los enriquezcan, como está ocurriendo en el mestizaje lingüístico, desde la Conquista. Como así parece se está haciendo en la República Popular China, en ese gran proceso democrático por cambiar los miles de signos que tuvo antes, adaptando la escritura a los sistemas alfabéticos de caracteres latinos.

Al respecto, bueno será recordar aquí la recomendación de la "Asamblea de Filólogos y Lingüistas", reunida en México, en 1940, poco antes del Congreso Indigenista de Pátzcuaro, Congreso que hizo suyo el acuerdo de la Asamblea, cuyos términos pertinentes dicen así:

"Se recomienda que los alfabetos se acerquen, hasta donde sea factible, dentro de las necesidades del idioma, al alfabeto español, para facilitar la transición al alfabetismo en dicha lengua". (Memoria de la Primera I. A. de F. y L. México, D. F., 1940. Pág. 25).

El propósito de "internacionalizar" la ortografía de los idiomas aborígenes y liberarlos de ese modo del castellano, nos parece ir contra la corriente de la historia. Para lograrlo, habría que variar paralelamente la ortografía del castellano. Y lo que necesitan los pueblos aborígenes no es liberarse del castellano, sino de su servidumbre. No fué el idioma castellano, como tal, el que los explotó sino el hombre que hablaba ese idioma, el Corregidor, quien más bien aprendió la lengua aborígen para explotarlo mejor y como ahora, el "gamonal". Más bien internacionalizar esas lenguas populares sería abrir canales para una nueva colonización, por parte de aquellos países que siguen empeñados en sojuzgar pueblos, aunque usen medios distintos a los empleados por los conquistadores del siglo XVI. Nada menos que van abriendo sus tiendas de campaña en el seno de las poblaciones campesinas nuevos "misioneros" o "doctrinarios" yanquis. Tales misioneros emparentarán su propio idioma con el aborígen, por encima del castellano. Con lo que la situación del aborígen no habrá cambiado nada.

Carta en Abril para Bolivia

*Por ti, Bolivia,
Abril ha emparentado con la rosa.*

*Antes de ti,
Abril era una fecha envejecida
abierta a la tristeza.*

*Pero Abril fue de fresa y ojo inmenso...
Sangre del pecho boliviano
y canto de color a la esperanza.*

*El sueño fue saliendo por tus puertas
y muchos fusiles desvelados
destruyeron las murallas seculares;
los hombres ya despiertos se entregaron
a lavar a tu noche sus cristales.*

*Abril tuvo sus héroes
que marcharon por tí hacia la ausencia,
mientras pájaros de olvido y cementerio
blanquearon la mañana con sus vuelos.*

*Después de los llantos derramados
el día se hizo claro en todas partes;
la luz se repartió con el derecho
y Abril vino con pan hacia los niños.
Después,
dijeron que Abril había muert,¡
que estaban de nuevo entre tus minas
empezando a germinar otros esclavos.
Sin embargo,
Abril no muere nunca,
Abril es una fecha de colores
que saben de memoria tus mineros.*

*Podrás, Bolivia, caer un rato
o volverte a dormir por el cansancio,
pero aquello: Abril de tanta muerte
de tantos hijos marchados al silencio,
no le puedes desviar de tu recuerdo.*

¡Abril es la antesala de tu dicha!

*¡Bolivia!
así fue como Abril irguió tu rostro
y le hiciste arrebatat al frío
la más tibia canción para tu pueblo.*

*Sólo por tí, Bolivia,
Abril es como Octubre en otro sitio.
Abril del corazón ardiendo
para darle más miel a tu manzana.
Abril fusilero de tinieblas
para hacer de relámpago tu estaño.*

*¡Bolivia!
En tí termina el viento y empieza la mañana;
en tí cortan los pájaros la solfa del plumaje
y zurce la amapola tus lágrimas de aurora.*

*Sólo por tí, Bolivia,
el odio se asesina en Primavera
y ábrese en la espiga el oro sin puñales*

*Sólo por tí, pueblo minero,
Bolivia Capitán sobre tu estaño,
América estrujada se sonríe
pensando en un Abril para su sueño.*

*Sólo por ti...
Abril ha emparentado con la rosa
y sabe el regreso de la brisa.*

MAURICIO DE LA SELVA

TECNICA Y HUMANISMO

POR

ALEJANDRO OROPEZA CASTILLO

(Discurso pronunciado en la Universidad Mayor de San Andrés
al recibir el título de Doctor Honoris Causa).

LLEVAR un título otorgado por una Universidad Boliviana, significa un compromiso con América. En estos claustros vive un espíritu y alienta una tradición que han tenido por norte la causa del continente y por inspiración la solidaridad de sus pueblos. Me atrevo a afirmar, aunque suene a paradoja, que Bolivia, el país abroquelado tras los centinelas de piedra de sus montañas, es la verdadera vocación internacional de América: avizorando por sobre su aislamiento, obligando a la cultura a olvidar la geografía, el boliviano ausculta los acontecimientos que suceden más allá de sus fronteras y los vive con el apasionamiento de quien, obligado por la generosidad, no quiere distinguir entre los avatares propios y los ajenos. Este país jamás será baluarte de egoísmos ni barrera de indiferencias: aquí, en esta Bolivia, se reflejará siempre, en sus grandezas y en sus dolores, esa América nuestra que pide barro de pueblos para edificar su destino.

El acento americanista nació en Bolivia, glosando las palabras de la Escritura, por obra y gracia de sus Universidades. Nuestra historia continental todavía fatiga a la epopeya narrando el heroísmo de Chacabuco y la gloria de Ayacucho: el relumbre de las grandes batallas que jalaron la incorporación de América a la vida independiente, nos ciega aún a más de cien años de distancia. Pero nos olvidamos injustamente de aquellos profesores y estudiantes que desde las aulas universitarias dotaron a los ejércitos libertadores de las municiones ideológicas que fueron, y todavía son, el meollo de aquella gesta, de todas las gestas de libertad. Y es que mucho antes de haber soldados, existían ya intelectuales y pensadores en cuyo espíritu América era urgente llamado y aventura singular.

Fueron claustros bolivianos los que amamantaron —perdónese la palabra, que es inevitable porque sabe a vida— la independencia de los pueblos meridionales. Nadie podría explicarse las jornadas memorables en que despertó Buenos Aires si las aulas del Alto Perú no hubieran modelado ese grupo de jóvenes que se calcinó en el fuego de los ideales. Y es que los grandes movimientos viven primero en la cultura para desembocar más tarde en las realidades apremiantes. Bolivia dió precursores e ideólogos y permaneció esperando, confiada y solitaria en la adversidad, la llegada hasta sus tierras del eco de la emancipación: este maravilloso país, que sirvió a los intereses de América sin solicitar contrapartidas, criando la semilla que floreció bajo cielos hermanos, comienza ahora a recoger los frutos de aquella cosecha sembrada antaño por sus Universidades, germen de nacionalidad.

- **Trance y rumbo de la nueva cultura.**

La cultura universal atraviesa hoy una de sus fases más apasionantes: la profunda transformación que en el plano espiritual se viene operando durante los últimos cincuenta años, y a la que asistimos nosotros mismos, en este instante, con sorpresa y esperanza. Aquella cultura que vivía encerrada en una torre de marfil, ha sido —está siendo— sustituida por otra más amplia cultura abierta a todos los vientos" ávida de todas las influencias, ofrecida a todos los hombres. Aquellas Universidades estrechas, encerradas en su misteriosa penumbra, encubridora a menudo de poquedad de vacío cultural, han desaparecido o están en trance de secarse por falta del riego

fecundo de la vida misma; esa vida cálida y movediza que se había distanciado de lo que llamaban cultura unos cuantos iniciados petulantes anclados en añejas concepciones rigoristas cuyo único nexo con la realidad era, quizás, un tenue polvo de siglos pasados esparcido sobre sus viejos silogismos. El foso de la incomprensión Irremediable se había abierto entre la vida y ese remedo de cultura anquilosada.

La cual cultura era, menester es decirlo bien claro, la negación de la cultura misma. Porque ésta es por sobre todo fluencia y adecuación con la realidad ambiente.

Fué esa época, que estamos entre todos superando, aquélla en que los estudiosos dieron en preocuparse tan sólo de lo que se denominó "ciencias del espíritu", como si todas las ciencias no fueran eminentemente espirituales. Aquélla en que las aulas cultivaban con morbosa delectación los distingos escolásticos, que si en su momento fueron luminosos, habían perdido su brillo y su frescura. Aquélla en que se despreciaba la investigación de un fenómeno económico por la conjugación de un verbo latino. Fué también la de la pseudo-cultura que se cerraba a las experiencias contemporáneas, como si en un mundo conmovido por recios conflictos y en el que el hombre era una angustiosa interrogante, el saber pudiera desvincularse de la realidad y hasta darle las espaldas, mirando solamente a un pasado glorioso sin duda, pero transido de preocupaciones ya inoperantes para el quehacer diario y apremiante. Nuestras Universidades, ajenas a la vida, que es el soporte de toda cultura, dialogaban con lo externo de Grecia o de Roma, sin adentrarse en la verdadera herencia que el pasado ha legado al presente. Y así, nuestra América Latina, mientras otros aunaban el humanismo con la técnica, prefirió refugiarse en la sonoridad desarraigada de una estrofa y administrar, como albacea sin posibilidades, los ropajes marchitos de un legado palpitante de vacíos.

Mas por lo mismo que la cultura es vida, y la vida urge, en América Latina brotó también el descontento. Generaciones calentadas por el fuego de los acontecimientos universales —patrimonio de todos los hombres— comenzaron a preguntarse si las Universidades deberían seguir siendo despojos del pasado solamente. Las ciencias aplicadas dejaron de ser un misterio cuyo secreto pertenecía a pueblos extraños o cuyas realidades eran únicamente dignas del olímpico desprecio de los sabios enraizados en una antigüedad incomprensible: las ciencias aplicadas, ramas vivas del árbol de las ciencias puras, irrumpieron en nuestras ciudades. Nuestro sueño —ligeramente suicida— en el seno de unas tradiciones marchitas, nos retrasó en un mundo en perpetuo y presuroso avance; y es ahora, en nuestro despertar, cuando hemos advertido la necesidad de recuperar el tiempo perdido.

- **Necesidades y recursos de la cultura.**

No es fácil, sin embargo, adaptarse a las complejidades de la vida moderna. En el pasado, era sencillo instituir cátedras universitarias que estuviesen a la altura de los requerimientos culturales de la época: unas bancas para el reposo de los alumnos, la clásica tarima para el maestro y un modesto local, podían encerrar todos los conocimientos y facilidades. Y no es que antaño, con esta escueta instalación docente, no se hayan obtenido maravillosos resultados. Es, simplemente, que ya no basta un texto exclusivamente teórico para hacer frente a las exigencias de una rama del saber. El medio social en que se desenvolvían los países latinoamericanos tampoco obligaba a los artífices de la cultura a un desvelo permanente, a una infatigable revisión de todos los conceptos adquiridos en su formación: para construir las precarias sendas que nuestra fantasía criolla bautizaba con el nombre de carreteras, o para abordar los problemas de gobierno, bastaba con ideas más o menos elementales. Esta es la realidad que ha cambiado fundamentalmente.

Bolivia es un ejemplo dramático —y el adjetivo adquiere aquí dimensión de realidad— de esa contradicción entre las necesidades y los recursos de la cultura para cumplir su cometido en una sociedad que aspira, que lucha por transformarse. En la gran empresa por adaptarse al progreso, que es el capítulo fundamental de la actual realidad boliviana, las Universidades no pueden ser centros de simple y muelle refinamiento intelectual, sino palancas llamadas a mover el inmenso material que el hombre ha acopiado en otros lugares, en otras regiones. En Bolivia no es posible seguir pensando en Universidades que alumbran miles de profesionales del derecho, mientras que no ha salido de sus aulas un solo geólogo, pese al carácter eminentemente minero

del país. Entre las Universidades y Bolivia vuelve a soldarse esa identidad, esa comprensión recíproca que supone una de las más elevadas formas de la superación nacional. Las actuales Universidades de Bolivia no aspiran a descuidar una formación humanística de sus alumnos, que ha de ser siempre la base sobre la que han de sustentarse todos los conocimientos; pero aspiran a algo más, a algo infinitamente más importante: a coordinar un concepto universitario —universal— de la vida, con una visión consciente y apasionada de la realidad del país, de sus necesidades, de sus urgencias, y de la forma de resolver los problemas medulares del complejo social boliviano. Todos los que hemos trabajado o estudiado en este medio ambiente, al hacer el recuento de sus problemas, hemos encontrado que pocos revisten mayor urgencia que la capacitación de profesionales y técnicos con idoneidad suficiente para tomar sobre sus hombros la enorme responsabilidad de poner en práctica todos los ambiciosos proyectos que constituyen la curva de temperatura de la pasión boliviana de nuestros días.

- **La enseñanza técnica en la universidad.**

Es aquí, empero, donde se nos aparecen las más grandes dificultades: en los tiempos bonancibles —cuando progresar o estancarse era indiferente—, formar un profesional estaba al alcance de los menguados recursos de las colectividades; ahora, en cambio, es preciso no sólo tener montado todo un sistema cultural básico, sino, además, acumular aparatos, construir laboratorios, estrechar el contacto con los grandes centros culturales, promover, en fin, una metodología teórica y práctica que convierta a las Universidades en verdaderos centros del conocimiento y del saber. La cultura debe administrarse mediante el trabajo —la práctica— que va traduciendo las teorías en realidades, en soluciones para la vida, aptas para aplicarse a la inmediata realidad, susceptibles de ser ofrecidas a los hombres de Estado como una contribución de la cultura a la vida social. Es por esta razón por lo que una Universidad incompleta, que carezca de equipos para todos los órdenes de experimentación y de investigación —se convertirá indefectiblemente en una rémora de la sociedad. Los latinoamericanos hemos sufrido ya demasiado las consecuencias del huero verbalismo, que han ocasionado más de una calamidad nacional. Muchos de los retrocesos que han pesado sobre los pueblos mestizos de este continente, obedecieron a la audacia de profesionales teóricos, llenos de fórmulas por ayunos de experiencias, que pretendieron resolver los problemas con alegre e inconsciente apresuramiento. Las Universidades, en nuestros días, han de ser una copia de la vida, minúscula en tamaño, pero rica en experiencias.

En Bolivia —y especialmente en esta Universidad Mayor de San Andrés— se está luchando porque las Casas de Estudiosos sean laboratorios de capacidades para fines fecundos de trabajo social. Así, se ha establecido un Instituto Regional de Geología, apoyado por la Administración de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas, que es como la partida de nacimiento de una Bolivia distinta. El país que durante cuatrocientos años realizó el laboreo de las minas inspirándose en la intuición o buscando los geólogos en el extranjero, podrá ofrecerse a sí mismo, desde ahora y en las generaciones que vengan, el semillero de profesionales que hagan del socavón una jornada de ciencia experimental. Así, en la Facultad de Economía se han introducido modificaciones docentes que permitirán a quienes en ella profesen enfrentarse con las múltiples dificultades de un medio donde los más variados sistemas de producción y los rasgos de una geografía alucinante llevan la complejidad a los límites del desconcierto. La economía, en esta Universidad Mayor de San Andrés, comienza a ser instrumento de acción y no una simple colección de teorías y de procesos históricos de escasa aplicación al concreto medio boliviano.

Una Escuela de Administración Pública, generosamente respaldada por la Misión Técnica de los Estados Unidos de Norteamérica, es un aspecto revelador del despertar boliviano; no ha habido, en la historia de la América Latina, una actividad más descuidada y preterida que ésta de la Administración Pública. Mientras en muchos de nuestros países compañías extranjeras allegaban los métodos más perfectos de organización, y en el comercio y en la industria nacionales —conectados con el resto del mundo por la malla de la interdependencia— se aclimataban modalidades avanzadas de trabajo, las oficinas públicas seguían siendo una especie de displicente mensaje de tiempos ya idos. Cada funcionario cumplía sus deberes de acuerdo con los dictámenes de su conciencia; podía ser eficiente o retardado, servicial o prepotente, sin que ningún organismo cuidara de encuadrarlo en patrones uniformes de responsabilidad. Una Administración



Clásico balcón colonial en Potosí, la ciudad imperial.

FOTO ALBERTO TARDIO

Pública moderna, donde los funcionarios tengan un campo promisor para el ejercicio de sus facultades individuales, constituye una premiosa necesidad de todos los países en proceso de desarrollo, y Bolivia no es una excepción. Muchos programas económicos y sociales e incluso las más generosas iniciativas políticas, como nos lo acaba de demostrar el meduloso estudio presentado por el Dr. Tejera-París a la CEPAL, se pierden en el vacío cuando en los cuadros administrativos anida la negligencia invertebrada o las capacidades no están a la altura de las circunstancias.

El Laboratorio de Física Cósmica es, por su parte, una tentativa —una realidad ya, en verdad— de llevar a la Universidad boliviana a terrenos en los que el hombre aventura sus primeros pasos. En él ha colaborado también la UNESCO con esa su peculiar inclinación por las ciencias. Las investigaciones emprendidas en el Laboratorio de Física Cósmica pueden ser tan valiosas —y no me rindo a la hipérbole cuando hago esta afirmación— que servirán de guía, no sólo a Bolivia, sino a países que anhelan extraer de la ciencia todo el fruto de sus posibilidades.

- **La misión cultural internacional.**

Bolivia tiene, como todo el que amanece bruscamente a nuevos horizontes, recursos materiales que no se compadecen con la noble ambición de forjar mañanas venturosos. La Universidad, junto con el país entero, está viviendo horas de prueba en que la sobriedad en el gasto y la precisión en el propósito son formas obligadas de escapar a los riesgos. También la Universidad ha debido hacer el sacrificio de suspender proyectos y de paralizar reformas que

hubieran significado, pese a sus bondades y a su urgencia, una carga exagerada para su presupuesto. Pocos documentos han conmovido tanto mi pasión por el progreso como aquel informe del Señor Rector de esta Universidad en que comunica a sus colegas en el claustro, a los estudiantes, a los bolivianos todos, el dolor de haber tachado asignaciones necesarias, casi imprescindibles, pero imposibles de financiar en esta hora de austeridad implacables. Habla allí una asordada voz de protesta contra hechos ciegos que tronchan promesas de cultura.

Ante esta realidad ineludible, pienso que es en el campo de la cultura, es decir, en la forja del destino boliviano, en el que quizás tiene la solidaridad internacional su más luminosa tarea. Las Naciones Unidas y sus Agencias Especializadas tienen a gala haber podido ofrecer su aporte y su experiencia a la marcha de la Universidad boliviana. Y creo poder decir que seguirán dispuestas, dentro de sus medios materiales y humanos, a continuar cooperando al éxito de las iniciativas docentes de la Universidad de Bolivia. Después de haber permanecido por espacio de dos años en este fascinante país —conviviendo con sus gentes en la alegría fugaz y en la angustia permanente—, mi sensibilidad de hombre y mi responsabilidad de funcionario se sentirían halagadas si, más allá de esta pausa transitoria, la Universidad sigue avanzando por el terreno del perfeccionamiento hasta obtener todos los medios materiales e intelectuales que han de permitirle abrir a las actuales generaciones el sendero hacia la superación.

En todo caso, la batalla por mejorar la Universidad es la batalla de Bolivia. Nadie podría concebir un progreso integrar, como el que pide nuestro amor a esta tierra, sin la presencia actuante de esas legiones de técnicos —avanzada victoriosa en lo desconocido— que hoy forman el perfil de las naciones. Es sintomático que en nuestra época no se mida ya la importancia de los núcleos humanos por las solas cifras de su producción material, sino que cuente también el número de técnicos— —en el más amplio sentido de la palabra— que gradúan anualmente sus Universidades. En Europa, en los Estados Unidos, una deficiencia en la formación de cuadros técnicos se considera con más honda preocupación que cualquier falla en los planes de defensa o de desarrollo económico. También nosotros debemos medir los logros que alcancemos, por la amplitud y la profundidad de las hornadas de profesionales que egresen de nuestras aulas.

No pertenezco a esas filas melancólicas de los pesimistas. Creo fundamentalmente en los pueblos: ellos forman la esencia misma de la historia. No estamos viviendo, para fortuna del género humano, épocas de silencio de pueblos. Un rumor tormentoso estremece el planeta, y hasta en estas "vértebras de los Andes", como dijera Rubén Darío, se escucha el eco de la inquietud. Es el fenómeno contemporáneo por excelencia: a veces nos hunde en la desolación y tememos que ha de llevarnos al borde de la tragedia; pero casi siempre, ese músculo tenso de la voluntad popular nos empuja hacia adelante. La historia se está haciendo en las calles, en la conversación del hombre común, en la esperanza de la mujer y del niño que convierten su ternura en bandera de redención.

- **Oportunidad de Bolivia.**

Bolivia, y su cultura que exige oportunidad, es en estos momentos, como esas nebulosas que fueron siempre el preludio de mundos nuevos. En la informe masa de las aspiraciones bolivianas se advierte, acaso, improvisación o retroceso, pero hay lumbre de amanecer, empuje de aliento joven que terminará por imponerse sobre las adversidades. Es posible que el obstáculo contra el cual se debate todavía Bolivia no sea sino una forma de probar el temple de sus hombres. Cuando se medita en la historia de Bolivia y se contemplan sus problemas presentes, no deja uno de experimentar cierta envidia: porque los pueblos grandes son aquellos que se miden contra las grandes dificultades.

Señor Rector, Señores Profesores:

La distinción que he recibido es un homenaje que ustedes rinden a las Naciones Unidas. No creo que mis méritos sean tan descoltantes como para que una institución de la jerarquía de esta Universidad se haya sentido tentada a premiarlos. Pertenezco a un grupo de hombres, los que trabajan en las organizaciones internacionales, que han dejado a un lado la vanidad como quien se sacude el polvo del camino tras un largo viaje. Hacemos obra silenciosa, tesonera y abnegada que no ambiciona otro reconocimiento que la generosa gratitud de los pueblos.

Destacarse es, entre nosotros, sinónimo de servir. En el problema que se resuelve, en el escollo que se supera, está nuestro goce. El planeta todo es el escenario de la labor de esos hombres vinculados a las Naciones Unidas que en el trópico o en las cimas, en la guerra o en la paz, llevan mensaje de concordia y comprensión para el sufrimiento y el esfuerzo humanos. A ellos entrego este título: su colaboración a Bolivia, a sus esfuerzos, a sus ansias, explica para mí este testimonio inapreciable de la Universidad Mayor de San Andrés.

No quisiera terminar sin aludir a la porción sentimental que hace grande al hombre. Soy hijo de una tierra donde se tributa especial veneración a Bolivia. Este país lleva el nombre de nuestro Libertador. Aquí concluyó la maravillosa jornada que hizo de nuestros llaneros los argonautas de la libertad de América. Manos venezolanas encallecidas en el manejo de la lanza prócera y curtidas por los soles de América, contribuyeron a crear esta República. Aquí, Bolívar, advertía peligros vigentes y proponía soluciones: "Legisladores, decía, vuestro deber os llama a resistir el choque de dos monstruos enemigos que recíprocamente se combaten, pero que se unen para atacarnos a la vez: la tiranía y la anarquía forman un inmenso océano de presión que rodea a una pequeña isla de libertad". Cuando la gloriosa bandera boliviana flameó por vez primera bajo los cielos de la altiplanicie, nuestros guerreros pudieron volver a la calma de sus hogares, y Bolívar tuvo la más hermosa y amada de sus hijas. Por encima de las distancias, a través de los tiempos, los venezolanos hemos conservado el culto a Bolivia; es Bolivia la más preciada joya en el relicario de nuestros recuerdos nacionales. Recibir un título de una Universidad boliviana, es para mí un reencuentro con la mejor de nuestras tradiciones. Como el hijo pródigo, también yo he encontrado techo, pan y amistad en este pedazo de suelo americano que se yergue sobre las alturas para templo del patriotismo continental. Evocando las palabras de Rómulo Gallegos, el más grande de nuestros novelistas, yo puedo decir que bajo la bandera de Bolivia "un corazón venezolano siente emoción de patria".

EL ASOMBRO DE AMERICA

POR

R. ALBERTO CALVO

- **Memoria y futuro.**

*M*ONTALVO definió a América como un "inmenso depósito de sombras". Parejo a este reconocimiento de nuestra umbrátil realidad espiritual, el autor de la "Geometría Mora!" intuía, en ardor profético, la promesa auroral de una irradiación luminosa que develaría el rostro y perfil auténticos de nuestro contenido espiritual.

En nuestros días se ha iniciado ese deslumbramiento, a que el pensador ecuatoriano se refería. Avanzado ya el proceso de metización —en la sangre y en las ansias— América tiene conciencia de que su ingreso en la historia universal le plantea mil interrogantes que problematizan su existir como comunidad histórica.

Uno de esos problemas que cuestionabilizan la progresión existencial de nuestro continente mestizo, y quizás el no menos importante, sea el de la coadunación armónica y operante de su vieja memoria con sus aspiraciones e impulsos juveniles.

No podemos retardar una dinámica histórica que las circunstancias nos imponen y que la solución de nuestras necesidades nos exigen, para instalarnos en la ociosa rememoración de un pasado; pero, tampoco, en la conquista de nuestro futuro es lícito desligarnos de un pretérito sin cuya presencia monitora todo proyecto teleológico sería gesto gratuito, ir a la deriva.

Europa, en cada instante histórico, vive la integración de todo su pasado. Siente su respaldo y en él se apoya. De ahí esa su extraordinaria capacidad de síntesis que le posibilita, en todas sus encrucijadas, echar mano a un repertorio de soluciones en las que están preanunciados sus gestos y posturas. La tradición europea forma parte del contorno espiritual cotidiano para el

hombre de Europa. No necesita esforzar su recuerdo para conquistar una entrega tradicional cuya presencia indicativa palpita en sus instituciones o en sus usos. Europa es el continente de la conciente seguridad, a pesar de todas las peripecias y zozobras que puedan bambolear su arquitectura espiritual.

Los Estados Unidos del Norte, asombran al mundo con su conquista deportiva del futuro, porque no están entrañados en ningún recuerdo. Les es posible empuñar diariamente el arado sin verse obligados a volver la mirada hacia atrás. En su humanismo de la monumentalidad, el extraordinario vigor constructivo de este pueblo apunta directa y exclusivamente a la obtención de determinados objetivos, cuyo logro puede alcanzarse sin padecer la conciencia conflictual de un pasado que no tiene razón de ser, porque no ha sido. Viven instalados en el mañana porque la difuyente fugacidad del hoy sólo puede ser aprehendida desde un ayer, para ellos inexistente. De ahí su holgura en el crear, su permanente virginidad histórica, su optimismo futurista.

América, en cambio, no posee la sapiencia remansada de Europa, su fina decantación espiritual, ni la libertad anímica de Norteamérica con su graciosa posibilidad de progreso incondicionado. Jano bifronte, nuestro continente padece la doble agonía de la asimilación progresiva de un posado del cual no puede apartar sus miradas sin correr el riesgo de descastarse y de la conquista de un futuro hacia el cual lo urgen sus actuales deficiencias.

- **Cultura y Civilización.**

Superados yo los equívocos a que en un principio diera lugar lo diferenciación axiológica entre cultura y civilización, podemos aceptar válidamente, la caracterización de esto último como lo de un alejamiento progresivo de la animalidad. Es el esfuerzo realizado por el hombre para satisfacer más holgadamente sus necesidades materiales. Implica una transformación del medio, una progresión en el dominio "técnico", en el sentido escolástico de la palabra. Es siempre exterioridad.

La cultura, por el contrario, no apunta directamente a lo circundante. Se dirige al cultivo interior del hombre. Es perfeccionamiento subjetivo. Proceso interior, mayéutico. Consiste, fundamentalmente en un proceso de educación, de educción. Por ello, aunque se hable de cultura objetiva o de objetivaciones culturales, jamás sería lícito tipificar el hecho cultural como exterioridad. Porque eso cultura objetiva qué es sino la plasmación de todo un mundo interior que el hombre concretiza en realizaciones transferibles y por sí difusivas de Bien, de Verdad o de Belleza?

Esta función entrañable de lo cultura fue totalmente desconocida por los grandes positivistas americanos. Nuestro positivismo careció de la dimensión de interioridad. Ello quizás explique, en Sarmiento, Lastarria, Sierra, Varona su propensión a lo extroversión siempre que plantearon nuestro problema cultural. De ahí también la desinteligencia de estos grandes maestros con respecto al íntimo ser americano.

De esa diferenciación entre civilización y cultura se ha querido deducir que estos dos quehaceres humanos devienen contrapuestos o antinómicos. Según que el hacer intencional de los hombres oriente su direccionalidad hacia el adelanto material o hacia el perfeccionamiento espiritual, cada comunidad histórica evidenciaría una más manifiesta vocación por la cultura o la civilización.

Y este planteamiento antinómico e irreconciliable entre civilización y cultura es la causa de mil errores en el enjuiciamiento de la vida de los pueblos.

Creemos que tal divorcio radical sólo logra confundir estas dos entidades. A nuestro juicio, sólo existen entre ellas una distinción conceptual, con fundamento real, que no alcanza a contraponerlas. Y ello, simplemente, porque civilización y cultura, diferenciadas conceptualmente, se integran como procedentes de una misma realidad humana: la substancial unión de cuerpo y alma, de espíritu y materia —ese "magnum miraculum" de que hablara San Agustín, en que se asienta la gran paradoja del existir del hombre.

Idéntico es el término "a quo" del que emana todo intento de civilización o cultura. Se bifurcan por fuerzas de apetición que, siendo en sí distintas, se conjuncionan y complementan al responder a las necesidades espirituales o materiales del hombre que es un "unum in se".

Así enfocado el problema, cultura y civilización, no serían dos realidades en pugna opositora, sino el anverso y reverso de una misma medalla, con proyecciones bidireccionales, fundidas en común objetivo: la superación del hombre en cuanto espíritu y en cuanto materia.

- **Racionalismo y europeidad.**

Para ningún pensador europeo tiene ya vigencia la identificación wolfiana entre cultura y europeidad. Sin embargo, son muchos los que aún asignan al hecho cultural una función y una fundamentación privativamente conceptual. Para ellos, cultura es un sistema lógico de pensamiento. Por donde, sin advertirlo, se reincide en la tesis de Wolf. Porque Europa es insaciable apetito de pensamiento hecho equilibrio. "Qu'est ce que l'Europe?", se preguntaba Paul Hazard; une pensée que ne se contente jamais".

De ahí que los maestros del viejo continente suelen subestimar toda cultura extraeuropea vertebrada en torno de valores no intelectuales.

Lo que se ha dado en llamar europeocentrismo finca, fundamentalmente, en la desorbitada presunción de valorizar las culturas extrañas a Europa con un canon —la inteligencia— que es ajeno a otros meridianos espirituales. Según ese criterio axiológico —y en ello reside la insapientia de un Papini— América es culturalmente infecunda porque no ha producido, en el campo del pensamiento sistemático, figuras comparables a un Aristóteles o un Kant.

Nosotros, en cambio, no creemos en la inferioridad de las culturas extraeuropeas por el solo hecho de que su interna estructura responda a distintas apetencias espirituales. Nuestra cultura no es inferior a la europea. Simplemente, es distinta de ella.

Porque si la cultura —esa "especie de mobiliario fundamental de nuestro espíritu" según Julien Benda— es la manera peculiar con que cada comunidad histórica se enfrenta ante el mundo y la vida; si la cultura es el modo típico con que el hombre asume su puesto en el cosmos; si la cultura es la manera intransferible con que los pueblos adquieren una inteligencia —inteligencia o lectura en profundidad que puede ser no-intelectual— de los misterios y patencias que lo circundan, indudablemente existe una cultura americana.

Hay una postura americana, muy distinta de la europea o norteamericana, ante el mundo y la vida.

La tipificación de esa nuestra cultura se ha intentado, hasta hoy, dentro de una reflexión sociológica. Estimamos que debería plantearse a través de una consideración antropológica. Mas no es esta la intención del presente ensayo. Preferimos apuntar derechamente a uno de los problemas conflictuales básicos con que se enfrenta hoy nuestro quehacer cultural.

Sostuvimos más arriba que cultura y civilización constituyen el anverso y reverso del más alto desvelo humano: el de la propia justificación, por una constante progresión espiritual y material.

Tiempos hubo en que nuestro Continente logró una sincronización armónica entre sus ansias y sus necesidades, en que estableció ese "cierto equilibrio entre los valores del espíritu y de la materia" que Huizinga reclama como condición primordial de la cultura.

España, en afán de catolicidad, rompió la clausurada insularidad americana. Juntamente con religar a las distintas tribus en la conciencia de una común y compartida fraternidad, inició la milagrosa alquimia de un mestizaje racial y espiritual incorporando a América a la Historia Universal.

- **Contemporaneidad y coetaneidad.**

Desde la sorprendente aventura hispánica, con sus aciertos y naturales frustraciones, América ya no puede existir robinsonescamente. Tiene que responder por su particular posición en un mundo de cuyas preocupaciones no puede ni debe extrañarse.

Y de este su ingreso inesperado en el seno de la historia universal, surgen los más graves conflictos para un Continente urgido, de un lado, por insoslayables exigencias de autenticidad con respecto a los valores entrañables que lo perfilan históricamente y, de otro, por sus deberes de correspondencia con un mundo del cual no puede desentenderse. Contemporáneos de Europa mas no coetáneos, la conciencia conflictual que desgarrar el vivir americano cobra medida exacta cuando queda planteada con exactitud esta disconformidad dicotómica entre su ser en la edad y su vivir en el tiempo. Discordancia entre contemporaneidad y coetaneidad que en el plano de la expresión histórica impone diversos compromisos: entre otros, conjugar una originalidad cultural con el resto del mundo civilizado sin perder el respeto por sus orígenes históricos, sin desvirtuar su originariedad.

- **Conciencia conflictual.**

Las exigencias materiales de la civilización contemporánea, las demandas del mercado internacional, la importación de una técnica que nos permita acelerar el precario estado de desarrollo económico, la industrialización progresiva de nuestras materias primas, etc., significan para el hombre mestizo un impacto espiritual que conmueve su ponderación valorativa.

Su concepción sacramental de la materia, residencia de los espíritus tutelares a quienes diariamente dirige sacrificios propiciatorios; su sentido religado del existir, ya que el mestizo americano discurre su vida en permanente y directa dependencia de la gracia providencial de los dioses que rigen el destino de las lluvias, las cosechas, los ganados, entran en crisis radical al ser confrontados con un sistema de creencias que le es impuesto por un mundo cultural totalmente ajeno al suyo.

El problema se plantea en la valencia antitética entre una cultura que le es propia y que viene configurando su rostro desde milenios y una civilización que, sorpresivamente, le es impuesta desde afuera. Fracturado su esquema cultural, perdida la vigencia de su sistema de creencias, el mestizo se convierte, de repente, en un paria espiritual, carente de puntos de apoyo y de referencia. Esta crisis cultural es mucho más profunda y radical que la que debió apurar el hombre del Renacimiento, cuando el documentado fracaso de la física aristotélica trajo aparejado el desprestigio de su metafísica. Porque el hombre del Renacimiento, por un proceso que se venía incubando desde el seno mismo de la Edad Media —recuérdense las investigaciones físicas de la escuela de Oxford—, estaba espiritualmente capacitado para enfrentar esa quiebra de valores tradicionales e, incluso, para reemplazar los por otros. Además, su mundo cultural no debió medirse con una civilización técnica desorbitado de su sistema de creencias.

Para el mestizo americano, en cambio, el conflicto entre su reino íntimo y la civilización que le es impuesta, asume una virulencia nihilizante.

Sorpresivamente, irrumpe en ese mundo de sombras a que se refería Montalvo, una claridad que obnubila y enceguece su espíritu.

Perdido el asombro —el "saumatzein" que para el maestro griego, más que el origen era la causa del filosofar— el hombre de América padece la fractura de su mundo interior. Los ojos de su alma poseen una distinta inteligencia para leer por dentro el misterio de la nube, del agua, del rayo, del granizo, de la vida y de la muerte. Por qué extrañarnos, entonces, que se resienta y se resista a acomodarse a un mundo en el cual no está entrañado?

Sociólogos y educadores deberían preguntarse si la conducta refractaria del mestizo con respecto a la aceptación de las nuevas técnicas en todos los órdenes de la actividad humana más que a incapacidad, no obedece a una instintiva voluntad de ensimismamiento, a inconfesada

autodefensa de un patrimonio cultural que sustentó su existir a un deseo fundamental de permanecer en las sombras de las cosas, en ese asombro desde el cual el mundo y la vida son entendidos en sentido muy diverso.

Y a esta altura del discurso un interrogante, premioso de respuesta, asalta nuestras reflexiones: podremos, en un futuro más o menos próximo, conjugar la mundividencia del mestizo con el esquema interpretativo del mundo de que son expresión las técnicas de dominio de la Naturaleza, nuevas para él?

Y si ello no fuera posible, valdría la pena arriesgar nuestra progenitura cultural por un plato de lentejas?

Entre estos dos abiertos signos de interrogación queda inviscerado el drama cultural que compromete el destino histórico de nuestra América mestiza.

Su respuesta acertada quizás sólo sea obtenible por el camino del absurdo y del escándalo. Absurdo y escándalo comparables a los de Gandhi o Vinoba en sus intentos de movilizar el progreso material de la India sin caer en la comisión de un pecado contra el espíritu nacional.

Hasta dónde sea necesaria e indispensable la occidentalización del mestizo americano, en sus hábitos y apetitos, es una pregunta que aún no ha sido seriamente planteada, a no ser desde los intereses —extraños a nuestro espíritu— que imponen su voluntad en los países dependientes.

Agonizamos en una crisis histórica muy similar a la que vivieron los griegos presocráticos. Aunque solicitados por distintas urgencias, padecemos la conciencia lacerante de que la obligada interrogación por las cosas que nos rodean, nos conducirá a un diverso tipo de certeza.

Hasta ayer habíamos vivido en el asombro. Hoy quizás, comiencen a ser ciertas las palabras de Montalvo: "La luz tarda, pero llega al Nuevo Mundo, este inmenso depósito de sombras".

Ojalá, la luz de una civilización que nos es extraña, al destruir nuestro asombro, no aniquile también nuestro mundo interior.

JOSE ANTONIO ARZE: UN MAESTRO

POR

ARTURO URQUIDI MORALES

LA inteligencia, como función de un sistema celular altamente organizado, es cualidad o atributo común de la especie humana. Desde el simple poder de reacción que tiene el protoplasma ante los estímulos que lo solicitan, la materia orgánica se eleva hasta esa sutilísima y maravillosa actividad que se llama pensamiento, mediante un complejo y alquitarado proceso de evolución biológica que culmina en la función psíquica o cerebral del hombre. El talento y el genio son expresiones superlativas de la inteligencia, es decir, de ese patrimonio común que la especie ha alcanzado en el curso de su evolución filogenética, y gracias al cual la naturaleza adquiere en el hombre "la conciencia de sí misma" y lo diferencia, cualitativamente, de los demás seres vivos.

En este sentido, los hombres talentosos y geniales, como productos superiores del proceso biopsíquico, son, sin duda, seres privilegiados. Pero este privilegio, de orden simplemente natural, no supone virtud ni mérito alguno, dentro de una estricta valoración social, puesto que tal privilegio no depende de la acción humana. Aquéllos surgen y se ponen de relieve sólo desde el momento en que los hombres dotados de ese atributo superior cultivan su cerebro excepcional, asimilan la cultura adquirida por la humanidad y consagran sus creaciones al mejoramiento y bienestar de sus semejantes.

He ahí por qué la mejor medida para apreciar al gran hombre, al hombre superior, es la valoración histórica de la obra social que ha realizado. Es esta medida la que nos permite diferenciar también entre el hombre superior, por genial que éste sea, pero que vive encerrado en su gabinete o laboratorio, contemplando fríamente el dolor ajeno, sin otro incentivo que el lucro o el prestigio convencional, y aquel otro que se inquieta por las angustias y miserias humanas y pone su capacidad al servicio de las clases y pueblos oprimidos, en generosa e irrestricta oblación de sacrificios, para alcanzar ideales superiores en la organización y convivencia social.

Con sobrados títulos José Antonio Arze pertenece a esta última y selecta categoría de varones. El epíteto de "gran hombre" le corresponde plenamente en su cabal y genuina acepción. E inviste, sin disputa, esta excelsa jerarquía, porque, como muy raros, tuvo un elevado concepto de los deberes que la inteligencia superior tiene para con la patria y la humanidad en general. Dotado de vigoroso talento y poseedor de una cultura extraordinaria, ofrendó su capacidad y su vida misma a las grandes causas de promoción humana. Maestro vocacional e insigne, hace de la cátedra un santuario de la ciencia sin prejuicios y abre nuevos horizontes a varias generaciones de educandos. Humanista profundo y de visión ecuménica, propugna generosos ideales y convierte su vida en un apostolado fecundo y de proyecciones históricas. El Maestro y el Paladín Social, aglutinados en armoniosa síntesis, se magnifican recíprocamente en la egregia personalidad de José Antonio Arze.

Tarea ingente demandarla el análisis detallado de la múltiple producción de José Antonio Arze. Especialistas en Pedagogía, Sociología, Historia, Lingüística y en varias otras disciplinas del grupo de las Ciencias Sociales, en general, tendrán que realizar a su tiempo esa labor, no sólo como un acto de justicia para el pensador ilustre e infatigable luchador social, sino también como una necesidad de difusión cultural, extrayendo de tan valiosas fuentes de enseñanzas y orientaciones útiles para el pueblo.

Por nuestra parte, nos limitaremos a bosquejar, en grandes rasgos, los aspectos esenciales de la personalidad del malogrado Maestro y Jefe Espiritual de la Izquierda Boliviana. Se refieren tales aspectos a su obra científica y a su condición de conductor político.

- **El hombre.**

Dedicado desde temprana edad a la función docente, Arze disciplina su extraordinario talento y acumula una vastísima cultura. En vertiginoso ascenso recorre sucesivamente los tres ciclos de la enseñanza, prestigiando la elevada misión del maestro. Su predilección por los problemas sociales lo lleva, como culminación de su carrera docente, a la Cátedra de Sociología, que la ejerce con brillo en varias universidades del país y del extranjero y no la abandona sino a tiempo de morir.

Es en esta Cátedra que Arze afirma definitivamente y con relieves excepcionales su personalidad académica y científica. No es un mero expositor de la temática de esta nueva y compleja disciplina del saber, sino un verdadero investigador y creador de concepciones e ideas originales. Lamentablemente, sólo se conoce en forma fragmentaria su principal producción sociológica de orden sistemático. Pero se sabe que ha dejado una monumental obra de sociología, en la cual se hallan condensados, seguramente, su amplísima cultura en esta materia y sus aportaciones de notable innovador.

Pese a que su obra sociológica fundamental se la conoce de modo incompleto, no vacilamos en afirmar que Arze es el sociólogo más notable de la América en los últimos tiempos. Y lo es, incuestionablemente, por estas tres razones esenciales: 1º porque arranca a la Ciencia Sociológica de su tradicional cauce idealista y la lleva por la firme y anchurosa ruta que el Materialismo Filosófico e Histórico ha abierto para la realidad universal y de los procesos sociales de la humanidad; 2º porque emplea el método dialéctico en el estudio de los fenómenos sociales, en substitución del metafísico o abstracto, tan usual para la mayor parte de los sociólogos contemporáneos; y 3º porque plantea tesis, concepciones y neologismos originales, que constituyen ponderables aportes a la sabiduría universal.

- **Su obra.**

El "Cuadro Sinóptico" publicado por Arze en 1949 con el título de "**Problemática General de las Ciencias, de la Sociología y del Marxismo**", es la creación más notable de nuestra época, en su género, y suficiente por sí sola, para consagrar la gloria, intelectual de un hombre.

En la historia del pensamiento sociológico mundial, el único documento un tanto parecido que conocemos, cuando menos en la intención de describir las grandes fases del desarrollo humano, es el "**Bosquejo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano**", de Juan Antonio de Condorcet, el ilustre pensador galo que fuera inmolado en la guillotina durante la Revolución Francesa. Sin hipérbole alguna y exentos de todo sentimiento de idolatría, o de chauvinismo, podemos decir, empero, que el "Bosquejo" de Condorcet queda muy por debajo del "Cuadro Sinóptico" de José Antonio Arze.

Algo más: la Clasificación General de las Ciencias que propone nuestro insigne compatriota en dicho Cuadro aventaja, también, a todas las clasificaciones similares hasta hoy conocidas y que corresponden a pensadores tan famosos como Bacon, Comte, Spencer, Cornot, Wundt y otros. Y las aventaja, sin duda alguna, porque tales clasificaciones son **estáticas o antidialécticas**, en mayor o menor grado; esto es que "no consultan la necesidad de presentar a las ciencias como un cuerpo de conocimientos cuya organización **se mueve** en función del Tiempo y no toman en cuenta que las Fases de ese Tiempo son siempre relativas a los individuos o Generaciones que tienen ante su visual un Pasado, un Presente y un Futuro".

En las **notas explicativas** que aclaran dicha Clasificación, el autor señala las siguientes características de ella, y que para nosotros constituyen otras tantas ventajas sobre las clasificaciones propuestas hasta el presente: La Clasificación de las Ciencias arriba presentada —dice el Dr. Arze— es **Materialista-Dialéctica** por los siguientes caracteres: 1) Porque excluye todo preconcepto Idealista en su esquemática de conocimiento e interpretación del Universo y del Hombre; 2) Porque permite estudiar Seres, Fenómenos, Estructuras-Funciones y Expresiones Matemáticas de todo lo anterior en sus dimensiones temporales básicas que son su Pasado, su Presente y su Futuro, esto es el Movimiento Dialéctico; 3) Porque, al establecer la distinción entre **Realidad Objetiva** y **Sujeto Cognoscente** de esa Realidad, y al fijar los límites de Pasado, Presente y Futuro de la Realidad Objetiva **en relación** con la función cognoscitiva de determinados Sujetos, da una norma para apreciar las ciencias en su valor relativista de sistemas de ideas condicionados por el momento en que se los elabora; 4) Porque delimita con cierta nitidez las esferas específicas de Historia, Sociología y Filosofía, presentando sus respectivos problemas en los grandes planos temporales de Pasado, Presente y Futuro, y mostrándolas como tres grados de conocimiento correlativos; 5) Porque, al presentar ligadas las Ciencias Descriptivas con las Aplicadas, se establece esa indisoluble vinculación entre Teoría y Praxis, entre Ciencia Pura y Aplicada".

Fundamentalmente, el "Cuadro Sinóptico" que comentamos está destinado a plantear una nueva Clasificación Básica de la Sociología y que el autor la deriva de la Clasificación Dialéctica de las Ciencias, en general, a través, igualmente, de la triple perspectiva de Pasado, Presente y Futuro, dentro de cada una de las cuales se enfocan los problemas agrupados bajo la designación de **Sociofenomenografía**, subdividida en los siguientes capítulos principales: 1) El Medio Ambiente; II) La Población; III) La Vida Económica y Sociovegetativa; IV) La Vida Sexual y Familiar; V) La Vida Política, Jurídica y Militar; y VI) La Vida Cultural.

En su estructura de conjunto, y desde un punto de vista general, el "Cuadro Sinóptico" de Arze plantea los siguientes problemas fundamentales: I.- ¿Qué es el Universo y qué es la Sociedad Humana?; II.- ¿Desde qué puntos de vista se puede conocer la realidad universal y social-humana?; III.- ¿Cómo fué y cómo es la realidad universal y social-humana?; IV.- ¿Cómo será, cómo podría ser, cómo debería ser la realidad universal y social-humana?; V.- ¿Qué hacer para transformar la realidad natural universal y social-humana en realidad artificial?; VI.- ¿Qué validez tiene el yo humano para el conocimiento de la verdad?; y VII.- ¿Qué sistemas de conocimiento filosófico y científico han elaborado los hombres de las diversas épocas? ¿En qué tipo de escuelas pueden ser clasificados esos sistemas?

Estas interrogaciones fundamentales que sugieren las realidades universal y social-humana, consideradas en su triple dimensión temporal de pasado, presente y futuro, son absueltas desde los puntos de vista filosófico, científico y sociológico, de acuerdo con las diversas concepciones que han imperado en estas disciplinas del saber a través de la evolución histórica de la humanidad. Con tal motivo el autor nos muestra, en visión panorámica admirable, una síntesis de la sabiduría universal en todos los tiempos.

Otro rasgo saliente del "Cuadro Sinóptico" radica en el hecho de conciliar los postulados esenciales de la Sociología con los del Marxismo, estableciendo una unidad coherente y sólidamente articulada. A fin de que este consorcio adquiera mayor vigor y se proyecte en fecundas consecuencias para el porvenir humano, el Dr. Arze piensa que ha llegado el momento da "**Sociologizar algo más Marxismo y de marxizar algo más la Sociología**".

En resumen, el "Cuadro Sinóptico" de Arze es un trabajo de singular mérito, que prestigia en alto grado a la cultura y a la intelectualidad del país. A través de él, el autor se agiganta y se eleva hasta la inmortalidad, poniendo en evidencia un talento vigoroso y de alto vuelo, originalidad conceptiva, vastísima cultura y un admirable poder de sistematización científica y didáctica.

Si a alguien había que llamar "sabio" en Bolivia, sin prodigar este título honorífico como suele ocurrir, es, sin duda, a José Antonio Arze, con pleno e indiscutido derecho.

Otra producción igualmente notable de Arze, concebida también en forma de "Cuadro Sinóptico", es la que lleva por título "**Panorama Sociográfico de Bolivia**". En este trabajo, el autor aplica la Clasificación General de la Sociología y el Método para encarar el estudio de las realidades universal y social-humana, propuestos en su primer "Cuadro", al caso particular de la realidad boliviana, considerándola, asimismo, en sus perspectivas de pasado, presente y futuro.

La naturaleza de este acto nos impide seguir realizando la fecunda y valiosa producción intelectual de Arze, contenida en folletos, conferencias, programas didácticos, artículos periodísticos, etc. Basta decir que los dos "Cuadros Sinópticos" indicados anteriormente, son pruebas más que suficientes para acreditar su personalidad científica, de las más destacadas y prestigiosas que ha tenido el país.

- **El político.**

El segundo aspecto que nos propusimos bosquejar acerca de la personalidad de Arze es el relativo a su condición de paladín o conductor político. Pues bien, en este orden, conquista también la primacía del pensamiento y la acción política, significándose como un verdadero apóstol y jefe máximo de las corrientes renovadoras en el país.

Desde la edad de 16 años, Arze orienta sus inquietudes al campo de las luchas sociales, escribiendo artículos polémicos y estimulando la formación de las primeras organizaciones obreras en nuestro medio. La revista "Arte y Trabajo", fundada por Cesáreo Capriles López, —otro hombre extraordinario y precursor de las ideas socialistas en Bolivia—, le sirve de palestra, junto a otros jóvenes contemporáneos suyos, para difundir audazmente doctrinas revolucionarias en el campo cultural y social. Quienes compartieron sus inquietudes en ese momento, coinciden en la opinión de que Arze, ya desde entonces, llamaba la atención pública por la precocidad de su talento, su amplia versación y sus sobresalientes condiciones de líder político.

Pero es en la tribuna universitaria donde la personalidad de Arze adquiere la plenitud de su expresión, definiéndose como un catedrático insuperable y como un conductor ideológico de excepcionales méritos.

Propulsor principal de la Reforma y Autonomía Universitarias y autor de la Declaración de Principios del año 1928, Arze es, en realidad, el protagonista central del acontecimiento histórico de mayor trascendencia que hasta ese momento se había producido entre nosotros desde la independencia de la República.

En efecto, dicho acontecimiento tuvo muy hondas repercusiones en la vida nacional en doble sentido: en el cultural y en el político.

En el primer aspecto, las universidades, gracias a la Autonomía, se adentran en el dominio de las ciencias, sin cortapisas ni prejuicios; analizan con toda libertad el régimen institucional del país y descubren las causas generadoras de su malestar y atraso; atraen, sin restricción alguna, a contingentes cada vez mayores de alumno de todas las clases sociales, principalmente de las populares; promueven una inusitada Inquietud intelectual, que se traduce en libros, folletos, revistas, conferencias, etc., etc., elevan, de modo ostensible, el nivel cultural de todo el pueblo; y se constituyen, en fin, por primera vez en el ambiente nacional, en una fuerza social que gravita profundamente en el acontecer histórico del país.

En el segundo aspecto, la trascendencia política de la Reforma y Autonomía Universitarias se ha hecho patente en ras proyecciones ulteriores de la Declaración de Principios del año 28. Los postulados concretos que se consignan en ese documento han tenido, pues, la virtud de trazar el derrotero firme y seguro para las aspiraciones renovadoras de las fuerzas progresistas del país. Era la primera vez que el pueblo sabía que para mejorar sus condiciones de vida y conseguir el progreso de la Nación, debía luchar por la reforma agraria, la nacionalización de las minas y del petróleo, la reforma educativa, el fomento y la diversificación industrial, la fijación de la jornada mínima para el trabajo asalariado, el reconocimiento del patrimonio familiar, el derecho de huelga, el establecimiento de la Liga de Naciones Latinoamericanas, etc., etc.

Los enunciados doctrinales y programáticos contenidos en aquel documento universitario son pues, quiérase o no, el antecedente histórico inobjetable de las transformaciones que actualmente se operan. Esta verdad tendrá que ser consagrada, tarde o temprano, cuando se imponga la probidad científica en el enjuiciamiento histórico del proceso político y social del país.

Y lo será así, seguramente, sobre todo si se tiene en cuenta que los postulados del citado documento, ampliados y reforzados en el Programa de Principios del Partido de la Izquierda Revolucionaria (P. I. R.), se encarnan sólidamente en el pueblo por la acción perseverante y sacrificada de dicho Partido, la primera organización política que aglutina a los sectores izquierdistas del país.

José Antonio Arze, como no podía ser de otra manera, asume la jefatura de aquel Partido, y, desde ese momento, su función política se identifica en absoluto con las actividades de esta fuerza revolucionaria, a través de una denodada lucha contra los sectores tradicionalistas y las primeras avanzadas del fascismo criollo. Individuamente o en colaboración con sus camaradas políticos, Arze produce, como Jefe de Partido, o como parlamentario, documentos memorables que constituyen fuentes inexcusables para toda labor seria de revisión histórica, política y sociológica de la vida nacional durante la última década.

José Antonio Arze fue el prototipo del verdadero estadista. Equipado de sólida cultura, conocedor profundo de los problemas del país, espíritu renovador por excelencia y propulsor infatigable de los más generosos ideales, estaba llamado, como ninguno, a ocupar la primera magistratura de la Nación. Sin embargo se le negó ese sitio por 4 veces consecutivas.

Y es que Arze debía correr la misma suerte que el Partido político de su dirección. Tocó, pues, a ambos cumplir la titánica y sacrificada misión de los precursores. La oligarquía minero-feudal, tradicionalmente anclada en el gobierno y experta en el escamoteo de la soberanía popular, no podía permitir, ciertamente, que el poder cayese en manos de un hombre de las condiciones de Arze, ni del Partido político que té le secundaba. Los intereses de clase están muy por encima de los deberes cívicos y de la pródida valoración de los hombres.

Pero si la plutocracia frustró, una y otra vez, la presidencia de Arze, el fascismo criollo, capitaneado entonces por coetáneos suyos, atentó contra su vida misma, por aquel "miedo intelectual" que siempre le tuvieron sus adversarios, según el acertado juicio de Augusto Guzmán. ¡Ni siquiera el tributo de sangre le fue excusado para nimbarse con la gloria de hombre superior y epónimo!

- **Su vida.**

Por lo demás, Arze pasó gran parte de su vida en el exilio, ganándose el sustento diario como profesor, conferenciante o como especialista en Biblioteconomía. Entretanto, su anciana y respetable madre, con gran estoicismo y dignidad, hacia frente a las situaciones más aflictivas y difíciles de la vida familiar... Pocas madres habrán pagado caro el "delito" de tener por hijo a un hombre excepcional...

La saña con el político determina, como deplorable consecuencia, que el insigne maestro y científico no pueda dar cima a toda su producción intelectual. La prematura muerte de Arze abre una responsabilidad histórica para todo el país. Si el sectarismo político arruinó su organismo con una bala homicida, el pueblo, todo el pueblo de Bolivia, contempló impasible que se extinguiera esa luminosa existencia, en medio de la pobreza y el desamparo.

Pese a la ingratitud colectiva y malogrado de sus émulos y perseguidores, aun desde la tumba José Antonio Arze fulge como un astro de primera magnitud, iluminando la conciencia revolucionaria del pueblo. Su pensamiento palpita en la redención del indio, libre ya de su multiseccular servidumbre; en la promoción de las fuerzas proletarias; en el intento de recuperar los recursos naturales del país; en la defensa y conservación del régimen de la Autonomía para las universidades; y, en fin, en todas las obras que persiguen el ascenso y la dignificación de las clases desvalidas. No importa que todas esas conquistas sean todavía imperfectas y sufran desviaciones. Lo evidente es que el país ha roto su inercia tradicional y ha iniciado un paso de trascendentales proyecciones. Ya vendrá la hora de enmendar errores, cuando los dirigentes del país asuman su papel con mayor concepto de responsabilidad y sofrenen el espíritu de aventura en sus colaboradores; vale decir, en otras palabras, cuando dichos dirigentes se decidan a poner término a este gárrulo festín de epígonos poseídos de euforia destructiva, antes que de austeridad revolucionaria y edificante.

Por raro que parezca, la influencia de Arze está latente hasta entre sus propios enemigos, entre aquellos mismos que le combatieron en vida y se esfuerzan hoy, cuando está muerto, en obscurecer su nombre y su obra. Y es que Arze, pese a todos sus adversarios, vivo o muerto, sigue imponiéndose con el pensamiento aun a través de sus circunstanciales "vencedores". En Bolivia acontece pues con Arze lo que ocurre con Marx en escala mundial: "La incorporación de los bienes espirituales del vencido por el vencedor —dice a propósito Lipschitz y con referencia el segundo de los nombrados personajes— la encontramos también en forma amplia en la vida espiritual moderna. Así el filósofo o sociólogo moderno vence al adversario literario o científico, al **plagiario**. Entre los más espectaculares casos de plagio de esta índole en nuestros tiempos, merecen mención los pseudo-filósofos y pseudo-sociólogos antimarxistas que se nutren y se engordan con los clarísimos conceptos filosóficos y sociológicos de Marx, "pero combatiéndolo al mismo tiempo"...

El destino de Arze tenía que ser ese: tuvo el pecado de ser grande en la lucha y en el pensamiento. Por eso es congruente para él este bello concepto de Tomás O'Connor d'Arlach; "Luchar es provocar. Ser cima es llamar al rayo. Desde que se pasan los límites de la medianía, principia el vacío en torno, se hace negro el horizonte, ruge el viento sobre la cabeza sagrada y se siente vibrar bajo las alas la tempestad de la envidia".

UNA FASE DEL PENSAMIENTO BRASILEÑO

POR

ARMANDO CORREIA PACHECO

LA primera mitad del siglo XIX ha sido caracterizada como la era del romanticismo, significando el término mucho más que una teoría puramente literaria: una verdadera concepción de vida. Las vastas construcciones utópicas de la época tratan de revelar los enigmas de la naturaleza, la historia y el destino humano. La segunda mitad del siglo, obedeciendo al influjo de la ley de oscilación en el desarrollo de las ideas —períodos de reflexión racionalista son acompañados por períodos de visión mística y viceversa— fue justamente lo contrario: la era de la Ciencia, con letra mayúscula. Esta corriente que Renouvier llamó con razón *scientisme* asume varias modalidades: el positivismo, principalmente en su aspecto heterodoxo, el evolucionismo, el transformismo, el monismo, el socialismo científico y otros ismos. Todas esas escuelas nutren una confianza sin límites por la nueva entidad que viene a reemplazar las antiguas: la meta-física y la religión. Según las mismas, todo está subordinado a la ley ineluctable de la evolución, no sólo en el dominio material sino también en el social y moral. Los partidarios de esa ideología no admiten nada absoluto o sobrenatural en el mecanismo cósmico: la Causa Primera, el alma, el libre albedrío, son conceptos anticuados que ya no se justifican en este estado de la evolución humana. Divergen ellos muchas veces en las afirmaciones, pero concuerdan siempre en las negaciones. Los hermana el mismo pensamiento libre y rebelde. La ciencia es también su metafísica y su religión.

Fundada por el espíritu ardiente de Tobías Barreto (1839-1889), poeta, jurista y filósofo, la Escuela de Recife trasplanta al Brasil precisamente en la misma época las tendencias predominantes en Europa. Floreciendo en la capital de la entonces provincia y hoy estado de Pernambuco, en el Noroeste brasileño, este movimiento constituye tal vez la más profunda y completa renovación intelectual de que se tiene noticia en la historia de nuestro pensamiento. No es sólo la poesía la que se transforma, sino también la crítica, el derecho y la filosofía. Los entusiásticos miembros de la Escuela no se cansan de descargar violentos golpes contra todo lo que consideran como forma caduca en el dominio del espíritu o en el mundo social: la teología católica, la metafísica escolástica, el espiritualismo ecléctico, el romanticismo, el derecho natural, la esclavitud y la monarquía. Conciben la filosofía sólo como síntesis científica o crítica del conocimiento. Todo tiene que entrar en la nueva corriente y transformarse bajo el benéfico influjo de la evolución universal.

Tobías Barreto, Silvio Romero (1851-1914), Graça Aranha (1868-1931) y otros son, como sus maestros europeos, audaces e intransigentes en sus puntos de vista. Lo que los distingue a todos, no obstante la versatilidad que se les imputó un poco exageradamente, es la inamovible fidelidad a las ideas. Como dijo Graça Aranha en su autobiografía respecto de Tobías Barreto (1), sus discípulos también piensan denodadamente, piensan por sí mismos. Buenos hijos del siglo, saben atreverse y, atreviéndose, levantan las columnas básicas del templo del futuro; la ciencia y la conciencia libres (2). Sin duda, destruyen mucho, pero también crean mucho. En Recife, bajo la égida del pensamiento alemán, nace la verdadera crítica, superando la fase puramente retórica representada por el canónigo Fernandes Pinheiro (1825-1876) y Sotero dos Reis (1800-1871). Sin Recife, para citar sólo dos ejemplos, Silvio Romero no habría escrito la Historia de la literatura brasileña, la catedral de nuestro pensamiento según la bella imagen de Artur Orlando, obra monumental que aún no fué excedida; sin Recife, Clovis Bevilacqua (1859-1944), uno de nuestros grandes juristas, no habría elaborado el grandioso proyecto que vino a convertirse en el Código Civil Brasileño. Sería, por lo tanto, injusto afirmar con José Veríssimo (1857-1916), otro de nuestros grandes críticos, quien mucho le debía, que el movimiento de Recife fracasó casi totalmente (3).

Niegan algunos que se pueda hablar de una Escuela de Recife, ya que no hay unidad de pensamiento entre sus partidarios (4). Disienten ellos en cuestiones de literatura, crítica, filosofía, política, ética, religión, según el modelo europeo de su inspiración.



Los lagos de Achockalla ofrecen bellos panoramas en la cuenca paceña.

FOTO DON BOSCO

En un sentido estricto, se podría admitir tal interpretación. Sin embargo, lo que hace una escuela no es necesariamente una absoluta concordancia de ideas sobre todos los asuntos posibles, sino más bien una identidad de principios e intuiciones generales, de ansias e inquietudes. Como sus maestros de ultramar, los representantes del movimiento de Recife divergen muchas veces en las afirmaciones, pero concuerdan casi siempre en las negaciones. Librepensadores, su unanimidad es completa en el ataque a todas las formas de dogmatismo. Sería difícil encontrar, en cualquier escuela, mayor armonía que en ésta cuando se trata de rechazar categóricamente un derecho natural, anterior y superior al hombre. Tobías Barreto, Silvio Romero, Clovis Bevilacqua, Graça Aranha y los demás son terminantes al respecto: el derecho, según las enseñanzas del maestro Tobías, es un producto de la cultura, es decir, de ese vasto proceso de mejoramiento moral y espiritual del hombre, proceso que se identifica con la propia historia (5). Pero la unidad no se realiza sólo en lo negativo, sino también, y desde un punto de vista muy importante, en lo positivo.

Tito Livio de Castro (1864-1890), que pertenece ideológicamente a la Escuela de Recife, caracterizó muy bien la mentalidad cientificista: "El individuo educado en el régimen de la crítica libre, acostumbrado a la confrontación de los hechos y a su discusión, a la observación, a la experimentación, es como si especializara su cerebro. Sólo las ideas científicas y todas ellas, sólo lo posible y lo razonable, pueden encontrar alimento en su espíritu. El milagro, la teología, la metafísica, la dialéctica, la autoridad nominal, no encuentran donde germinar" (6).

Todos los miembros de la Escuela de Recife, reaccionando contra la mentalidad colonial y asimilando las corrientes ideológicas que Tobías Barreto les revela, especializan el cerebro en el sentido indicado por Tito Livio de Castro. Cientificistas, jamás abjuran su fe en la ciencia. La Escuela de Recife representa, en la evolución del pensamiento brasileño, precisamente esto: la introducción del cientificismo en el Brasil. Por lo menos, desde ese punto de vista, hay también entre sus miembros completa unanimidad.

Hacia fines del siglo los conceptos de ser, espíritu, intuición, acción, vida, libertad, fe, vuelven a ocupar el primer plano, de acuerdo con la ley de oscilación de las ideas, ya aludida. El

materialismo, el determinismo y el agnosticismo son sometidos a una crítica vigorosa. Las nuevas tendencias no tardan en penetrar en el Brasil. En ese sentido, es interesante notar que corresponde a Raimundo de Farias Brito (1862-1917), nuestro mayor filósofo y antiguo discípulo de Tobías Barreto, iniciar la reacción espiritualista. El movimiento de Recife había dejado de existir como escuela, pero todavía se siente la recuperación de su temblor en la cultura brasileña.

-
- (1).- **O meu proprio romance.** Sao Patito, Companhia Editora Nacional, 1931, p. 151.
 - (2).- Tobías Barreto, **Filosofía e crítica.** Ed. del Estado de Sergipe, 1926, pp. 115 y 143 (**Obras completas, III**).
 - (3).- Apud Silvio Romero, **Zeverissimacoes ineptas da crítica...** Porto, Oficinas do "Comercio do Porto", 1909, pp. 35 y sigs.
 - (4).- José Veríssimo. **Historia da literatura brasileira.** Río, Livraria Francisco Alves, 1929, p. 346 y Silvio Rabelo, **Itinerário de Silvio Romero.** Río de Janeiro, Livraria José Olímpio. 1944. pp. 113-131.
 - (5).- Tobías Barreto, **Estudos de direito,** Ir. Ed. del Estado de Sergipe, 1926, pp. 25-26 (**Obras completas, VII**).
 - (6).- **Questoes e problemas.** Sao Paulo, Empresa de Propaganda Luso-Brasileira, 1913, p. 96.

NOTAS A EUGENIO O'NEILL

POR

JORGE CASTILLEJO

REFIRIENDOSE a una de las principales obras de O'Neill, "Mourning Becomes Electra", ("El luto le sienta a Electra"), el conocido crítico y esteta Wladimir Weidlé anota lo siguiente, "... dista mucho de ser una tragedia, pues no se encuentran en ella ni responsabilidad humana ni culpa trágica, ni purificación final". Este juicio tan acerbo sobre una tan terrible obra como es la del dramaturgo americano, puede comprenderse únicamente si observamos que el catedrático polonés concibe el arte de una manera ortodoxa, y específicamente religioso-católica. Por otra parte, se refiere incidentalmente al libro de O'Neill en su brillante intento de valoración de las artes de los tiempos modernos (1). Para él, puede lograrse una obra de arte como tal, cuando su autor se identifica religiosamente en el acontecer de sus criaturas, dejando paso a una catarsis mística que, en el caso de nuestro profesor de Estética de la Universidad de Cracovia, es de tipo católico. De ahí que considere las creaciones artísticas de la época moderna como ausentes de un elemento religioso necesario que las imposibilita para ser auténticamente humanas. Para él, en general, la novelística y artes modernas pecan por la incapacidad de no presentarnos el ser del hombre en su compleja totalidad. En cuanto hace a la crítica sobre la mencionada obra de O'Neill, Weidlé no parece caer en cuenta de que la enfermedad es también específicamente humana, y que el artista no hace sino ejercitar su derecho de adentrarnos en un destino individual de acuerdo a su concepción personal del arte y de la humanidad. Un esquizofrénico es digno de la atención del artista, interesándonos que éste se halle a la altura de su empresa, es decir, hacemos participar hondamente de su peripecia. Las ideas de Weidlé se revisten de cierta arbitrariedad al calificar al artista contemporáneo de impotente para ofrecernos una imagen exacta y completa del hombre como ley general. Un solo artista no puede llevarlo a efecto: puede dar su definición del amor, del odio, puede crear personajes que encierran estos sentimientos contrarios, pero hay algo que se le escapa, un algo que otro espíritu privilegiado viene a determinar. Así que la versión total del hombre no nos da un individuo aislado, sino el conjunto de los grandes creadores que arduamente bucean en sí mismos para hallar sinopsis de universalidad. En cuanto a la afirmación particular sobre la ORESTIADA de O'Neill de que **dista mucho de ser una tragedia**, sólo se entiende en el sentido de la tragedia clásica. Weidlé hablaría de este género de personajes no como trágicos sino como seres **lamentables**, que no se pueden incluir todavía dentro de un concepto de humanidad. "Con tal pensamiento es situarse en una posición de olimpismo, de juez que comprende donde yace lo humano y donde acaba. Esa atmósfera de enfermedad observable en los dramas de O'Neill son la característica de una época, la nuestra. Y el artista ha de vivir dentro de ella, no se le permite retirarse a una época feliz en el pasado, a menos que

-
- (1).- **Wladimir Weidlé,** "Ensayo sobre el Destino Actuar de las Artes y las Letras", EMECE EDITORES, Buenos Aires, 1951, pág. 74.

voluntariamente arriesgue su arte. Se le exige, por otro lado, que en los destinos concebidos por él, se encuentre la belleza y "la densidad del ser, como dice Sartre, no interesándonos por el momento la presencia o ausencia de una fe religiosa, de una inspiración extra-humana. Ya se ha repetido muchas veces que el arte se justifica a sí mismo, sin que tenga necesidad de recurrir a las religiones, a las sociedades, a las éticas, a las culturas, etc., para ello. Simplemente, **es**. Por eso, al artista la historia no pedirá la cantidad de átomos místicos comprendidos en su obra. Por otra parte, puede verse que O'Neill era un espíritu religioso, aunque no fuese miembro de determinada ortodoxia.

Su concepción de la muerte es similar a la de Unamuno, aunque la entendiésemos de manera más metafísica. La idea de ella se convierte en obsesión para el americano. Nos afirma Weidlé que son personajes de psicoanálisis los imaginados por O'Neill. Es decir, que no pueden tratarse bajo el concepto corriente de humanidad, quedando realmente excluidos. Desde luego, su observación sobre la carencia de sentido trágico en la Orestíada de O'Neill se invalida, porque la tragedia se mide también en su dimensión de soledad, de apartamiento de lo humano. Lo que sucede en estos personajes es lo siguiente: realizándose trágicamente en la soledad espiritual, sin que sean capaces de transmitir simpatía a los demás hombres, porque se hallan aislados involuntariamente. No son irresponsables, pues O'Neill comprendía que el albedrío humano origina el sentimiento dramático de la existencia. Hasta cierto punto, los aspectos biológicos, el sexo, la herencia, puede y los condiciona, pero es igualmente cierto que existe una áspera voluntad de lucha. Son llevados por el destino, más no pasivamente. A Esquilo se le podría reprochar su ausencia de **responsabilidad humana**, pues hace de la fatalidad o del hado el condicionador de las actuaciones de sus personajes. Mas cuando el hombre ofrece oposición, se engendra el drama, sostenido en duras circunstancias. Tales hechos adversos en los caracteres de O'Neill son la ira, la insatisfacción sexual, la desesperación, etc., que el dramaturgo sublima a través del arte. Se le juzga luego por la sinceridad y maestría que haya vertido en su obra. No es el arte un medio de la religión. Puede hacerse, por lo demás, de la actividad artística una justificación de la vida o ser ella misma un credo místico. En este aspecto, puede el arte ser religioso, sin que esté subordinado a talo cual religión. Tal es, en síntesis, lo que Weidlé expone sobre la renovación del arte de los tiempos modernos. Nos interesan sus afirmaciones en relación con la dramaturgia de O'Neill, pues para él el poeta americano es uno de los exponentes modernos de esa esterilidad creadora peculiar a nuestro siglo. Más adelante en su brillante libro, Weidlé afirma que la "**instauratio religiosa...** debe liberar al artista de su heroísmo mortal", siendo éste justamente el precio necesario aunque doloroso de toda auténtica obra de arte, como se puede observar en la historia de las máximas creaciones del espíritu. El artista, de antemano, lo acepta. Sabe que ello es la única forma de lograrse como creador. El entusiasmo místico debe ser luego la obra misma, identificándose plenamente con su labor, haciéndola la raigambre de la existencia, en lugar de una problemática religiosidad que no se da en todos, pues así como tenemos hombres religiosos hay otros que sólo se definen a través de una mística muy diferente, la artística (Proust, por ejemplo).

Aventaja este dramaturgo al resto de sus colegas americanos en el sentido metafísico que le caracteriza. Se eleva del realismo, de los tratamientos sociales para alcanzar en sus últimas obras problemas de carácter universal, enclavado en su propia época. No se deja ilusionar por los espejismos de una época feliz situada en el pasado. Afronta la época presente, y trata de interpretar los oscuros signos que la cruzan. No guarda una esperanza en cuanto a la pronta solución de los enigmas de nuestra situación actual, pero busca con firmeza la manera de alcanzarla. Al final de su vida, lo único que le llega a satisfacer con plenitud es la creación de sus atormentados personajes. La vida, para él, es también una mística valedera. De ahí la angustia que experimenta ante el pensamiento de la muerte. Fue élla la obsesión de O'Neill. De élla hizo la base de su obra. Su arte se dirige a dominarla por medio de la transfiguración artística. Mediante las criaturas originadas en su imaginación pensaba que podía ser burlada definitivamente. Su personal peripecia de hombre aquejado de una enfermedad mortal —la tuberculosis— le impelía a proyectarse en la existencia. En sus máximas obras, la presencia de la muerte es la atmósfera de todo el drama. Densamente, se la adivina. En la actitud suicida de un personaje, en la cerrada congelación y sequedad de Orin, está ahí. El dramaturgo quiere vencerla creando un personaje que la derrote desde adentro. Con la callada afirmación de la realidad vital, O'Neill luchaba arduamente contra ella. Cuando O'Neill recorre los garitos de Nueva York o conoce los negros de las Antillas, ya se ha creado una de las bases para su obra: el pesimismo trascendental justificable

sólo por la belleza. Para él la trascendencia se comprende como humana. Lo ultraterreno no es en él una necesidad. Unamuno precisaba de una realidad extra-temporal, O'Neill se halla libre de ella. Encuentra definitiva realidad en el hecho de la existencia. Esta, al lado del arte, es suficiente. Hay que entender la angustia del poeta americano ante la desaparición final como la desesperación de no poder crear él mismo la vida. Como no es un espíritu fundamentalmente religioso, no le podemos exigir esa inmersión en lo religioso que Weidlé pide al artista para que se salve de la esterilidad y de la muerte.

Decíamos que, como algunos grandes espíritus, O'Neill concebía su transcurrir personal justificado a través de la vocación artística. De otra manera ni su propio sufrimiento ni el de los demás era lógico o tenía algún sentido. No que el poeta, por el hecho de pensar en esta forma, fuese a abandonarse en una torre de marfil, evadirse al pasado, adentrarse en alguna de las culturas desaparecidas. Entendía que su destino intelectual se hallaba íntimamente ligado al de los demás hombres, sintiéndose solidario con el resto de la humanidad. Para él no existían clases superiores o razas, sino todo un común denominador llamado el complejo humano. Como se ve, un humanismo sincero, en el cual O'Neill, individualista por temperamento, hallaba el cauce para sublimar sus particulares infortunios. Cuando ya más tarde abandone la temática social, será con el objeto de realizarse en los grandes temas filosóficos, o simplemente más universales. Su espíritu veía agudamente la fragilidad de todo movimiento humano. No era, sin embargo, un pesimismo vulgar, sino que llegaba a hacer del mismo la fuente de fecundas creaciones intelectuales. De otra parte, existía en el fondo de su obra una aspiración a la alegría, sabiéndose copartícipe de las energías del universo. Este júbilo de algunos de sus libros (**Lázaro reía**, por ejemplo) es la contrapartida de todo espíritu pesimista, al lado de sus disolventes tragedias como la **Orestíada**, etc.

O'Neill es un problema de libertad humana. Sus personajes se conciben teniendo en cuenta la cruenta lucha del deber, el concepto de la ética, y los problemas psicológicos o biológicos de sus entes ficticios. Hay, por lo tanto, responsabilidad. Es decir, se aspira al bien, pero una serie de inhibiciones, de condiciones ingénitas impide que estos personajes se logren como éticos. De donde, por lo mismo, se engendra el problema de la tragedia que experimentan. No tener libertad de llevar a cabo algo que se quiere, da por consecuencia el sentimiento dramático de la existencia. Seres distintos de su creador, tienen conciencia de los dilemas personales. Es, en resumen, el anhelo hacia lo normal, lo aceptado, y las fuerzas ocultas de perversión en lo hondo de la subconciencia. Por ser personajes de clínica, como dice Weidlé, no pierden por eso menos intensidad dramática. Son **lamentables**, estamos de acuerdo. Pero no es esa una condición en contra de la fuerza humana del personaje engendrado. Hay, pues, un deseo de resurrección, una aspiración hacia la luz que se ve coaccionada ya sea por circunstancias ambientales o bien por los propios impulsos naturales del individuo. A medida que transcurre la peripecia vital de, por ejemplo, Dion Anthony, o Electra, vamos dándonos cuenta de que son definidos en parte por el complejo haz de sus sentimientos, el sexo..., etc., lo cual no impide la dolorosa, lúcida conciencia de saberse casi predestinados a la infelicidad. Tal conciencia confiere a la obra su **phatos** dramático. Es el escueto dibujo sin tonalidades rosas que el escritor hace de nuestra misma sociedad. Sobre el yermo de los hombres desesperados, de los fríos, de los alcanzados por ataraxia espiritual, sobre la simbólica esterilidad de la granja reseca y atomizada, se levanta la realidad del arte que lo viene a rescatar. Creyente firme en éste, O'Neill comprendió que su misma personal salvación, cualquiera que esta fuese, se encontraba en el ejercicio del poder que se le había concedido de generar existencias apenas presentidos en los subfondos de la imaginación.

El poeta que desde tan temprano conociera los bajos fondos de la ciudad de Nueva York, que estuviera al tanto de los ritos atávicos de los negros de Harlem, el que navegara por los mares de los cinco continentes, y supiera de los perdidos habitantes de una isla de las Antillas, no podía tener de la vida humana más que una concepción: la que ella debía ser trascendida en cada minuto de su transcurrir. Y para ello, el único medio a su disposición era la creación artística. Lo primero que había de hacer para la realización de su proyecto, estaba en relación con el allegamiento de materiales sobre los cuales trabajara su inteligencia. Como la única cosa capaz de darle a conocer los laberintos del mundo era la vida misma, había que experimentar, es decir, proyectarnos nosotros mismos en el suceder de los seres para extraer su verdad, o su relativismo. Pero lo que más obtiene de ello se conecta con el sentido amargo que observa en la conducta de los hombres. La miseria de un negro que contempla un **match** de boxeo en Madison Square

Garden la ha de transmitir al fogonero Yank, en quien lo primitivo espontáneo encuentra su exacta caracterización. O la promiscuidad de seres perdidos de toda esperanza en una pieza de mala muerte le servirá para proyectar donde se mueve Dion Anthony, el artista que ha frustrado su vocación. Al contrario de Dion, del cual podemos decir que es un trasunto del propio O'Neill, guardará siempre la significación dinámica de las cosas, y entenderá la vida como un esfuerzo de superación personal indefinido. Siendo el existir continuo desplazamiento de fuerzas preferirá el poeta la lucha.

Su sentido de la estructura del drama, heredado del padre, quien había sido actor, le facilita más que la novela, para poner a hablar a sus personajes directamente. Como psicólogo certero, conoce los secretos móviles de las acciones humanas. Entiende perfectamente bien las reacciones de los individuos que estudia. Por lo mismo, digamos, nos mostrará las causas que guían a Lavinia a cumplir su designio. Asimismo, sabe lo que puede producir una guerra en un ser como Orin, que parece "ir a la deriva en el curso del drama". Toda esa experiencia vital está admirablemente asimilada en su obra. El canto del poeta no se detiene solamente en la muerte. Puede estudiar el amor en otros, sea físico o sublimado. Lo meramente animal lo transforma al final en un rapto de espiritualidad, comprendiendo que existen en el hombre dosis de idealismo que pueden despertar bajo lo que a primera vista era brutal. Hablaba con entera franqueza de las relaciones entre los seres humanos. Esta actitud era la necesidad de ser honrado consigo mismo, proclamando lo justo donde quiera que estuviera. Como por impotencia orgánica no toleraba los tapujos, parece que el poeta se mostrara cruel al presentarnos los falsos ideales de una sociedad mal construida. Contra esa sociedad finisecular y de principios de siglo reaccionaba el poeta con violencia. Los Estados Unidos son, según él, un escenario para purificar de ciertos miasmas, de prejuicios fatales, a su propio desenvolvimiento. A medida que pasan los años, el lúgubre O'Neill nos dará una pintura más sombría aún del mundo.

No poseía O'Neill la capacidad humorística que se da en algunos poetas al lado del talento para recrear el mundo a través de sus obras. Vela, al menos eso nos lo indica su vida y producciones, la existencia de manera perfectamente seria, grávida de significado. Para él, como expresaba Carlyle, nuestros cotidianos signos, ideas, no eran sino a la manera de trajes que recubrían una verdad esencial para el hombre, y que el poeta debía liberar lo más pronto y acertadamente posible. Tal sentimiento de que la vida es algo problemático, dada para ser trascendida, es decir, para asignársele una valoración importante, era, pues, la natural cualidad del alma de O'Neill. No entendía de otra manera el destino de la especie. Sin el arte no era posible la sobrevivencia del hombre. A menos que se recurriera a éste, no habla nada más que pudiera conferir una significación lo suficientemente elevada como para continuar los avatares del acontecer histórico.

Como no era un místico, ser absorto en una realidad ultraterrena, y por lo mismo algo inhumano, le bastaba con interrogarse sobre lo puramente humano. Era un espiritualista, pero con esta palabra no quería decir un alejamiento de la humanidad, sino que comprendía la trascendencia histórica. Es, decir, en cuanto tal, el hombre lograrse mientras habite el planeta. De otra parte, no decimos que O'Neill estuviera absolutamente convencido de lo que pensaba. Podría tratarse simplemente de una tentativa de superar algo que ensayaba expresamente en sentido contrario a lo que él conscientemente invocaba como máxima fórmula en la vida del espíritu humano: que nuestra importancia se reduce a un punto de vista histórico, lo demás es una posibilidad entre muchas. Por otra parte, recordamos las palabras dolorosamente exaltadas de uno de sus personajes al invocar la vida, es decir, al arte como postulado único. Porque entendiendo que éste es la misión trascendente, era necesario peremnizarse en aquélla. Aunque nadie contemplase alguna vez la vida engendrada por el poeta, era preciso que así fuera. O'Neill, hombre educado en un ambiente en que los problemas socioculturales se dejaban sentir sobre las conciencias, necesariamente habla de llevar impresa la señal de un ser complicado. Si sus personajes nos parecen feos, crueles, o simplemente de tipo psiquiátrico, no le hemos de culpar al novelista o al poeta, si nuestra presente humanidad es así, y si el creador traza con mano fiel la visión del impacto que ello produce sobre su sensibilidad. Pero el poeta guarda en sí la esperanza. Su profundo instinto de preservación le impide dar un fallo definitivo sobre el acaecer final de la sociedad en la cual vive; por lo mismo vemos en "Lázaro reía", que O'Neill nos anuncia las ruinas de un mundo que se extingue la nueva vida que asoma pero que puede ser destruida si no la hacemos el motivo de nuestra salvación. Decíamos que en O'Neill no hay una auténtica

preocupación religiosa; si la hubo, fue accidental y poco sincera. Hemos apuntado que no era un temperamento religioso; comprendía al mundo estéticamente, pero hondamente. No habla en su pensamiento lugar para las religiones. Reemplazaba en la ecuación indeterminada que es el hombre, uno de los términos, (extra-humanidad, trascendencia mística), por otro que era la síntesis del vivir humano; arte. Pero no pensaba ello de manera dogmática, pues habría sido infiel a la convicción de la transitoriedad de todo esfuerzo personal. Al contrario de lo que tal vez se pudiera imaginar, esa actitud no le alcanzaba al vacío estéril; antes bien, era el motivo para entablar un diálogo dramático con la historia del hombre. Resumiendo, pudiera decirse que el pesimismo o'neilliano era optimista, ya que hacia de él el fundamento de algo esencial, la superación por la belleza.

Doble Poema de las Designaciones

vive
*¿C*OMO decir vida, amor, gloria
en el vocabulario de hombres condenados a todo lo que

*adheridos al mundo solamente por las palabras,
dando un nombre a las cosas para no equivocarnos,
sabiéndonos equivocados
para poder vivir?*

*Y hemos hablado del amor
Y hemos dejado sus ojos penitentes colgados en los espejos
Pero esos ojos eternamente fijos medirán la estatura de los
pequeños hombres que fuimos
precursores de la falsedad.*

*Hemos hablado del día sin saber lo que es el día
del amor y de la vejez del amor
y de las edades de la muerte y lo que sigue a .la muerte
burlándonos de su otro contenido,
las palabras que un día han de alzarse como testimonio
de nuestra ignorancia.*

*Para que no sepamos del más grande destino
allí donde viven su mundo de violencias
otro amor que nunca conoceremos
y este dolor de sabernos equivocados nuevamente*

RUBEN VELA

EL INCANATO NO FUE IMPERIO

POR

ABRAHAM MALDONADO

LOS historiadores y tratadistas en general nos hablan de un Imperio de los Incas; los autores, nacionales y extranjeros, antiguos y modernos, acaso sin darse cuenta de los alcances del término usado, califican de Imperio, cuando se refieren al Tahuantinsuyo; Louis Baudín en su "Imperio Socialista de los Incas" no da ningún justificativo jurídico ni político, para fisonomizar a esa organización, como Imperio. Todos ellos están en un error, porque no ha existido ningún Imperio en esa famosa Sociedad del Trabajo Agrario, que constituyó el Incanato.

¿Cuál es el fundamento para que el Incanato constituyera un Imperio? ¿de ser tal, los incas eran emperadores? Ni los incas fueron emperadores ni jamás existió la organización política,

social y económica de un Imperio, menos que el pueblo aymara-quechua tuviera la concepción de un Imperio. Fueron los cronistas, los conquistadores de toda laya y los recopiladores que usaron el calificativo de Imperio, el cual adquirió carta de ciudadanía. Después, nadie se ha preocupado de analizar los alcances del término atribuido, razón por la que, en todos los textos, se va repitiendo el error.

El Incanato jamás fué un Imperio en el derecho ni en el hecho; los fundamentos jurídicos y políticos de esta afirmación son los siguientes:

La figura jurídica del Imperio no debe confundirse con la Monarquía; ambas instituciones tienen caracteres propios y fundamentos específicos; en sus orígenes, las diferencias son bien marcadas; y es en su desarrollo institucional y progresivo que a veces se confunden, lo que ha dado lugar, en varios pueblos, a la existencia del Rey-Emperador; pero esto ocurre en los pueblos modernos.

El monarca emerge de la base feudal; su origen y poderío descansan en la nobleza de la tierra y la Edad Media es la máxima expresión de esta organización socio-política. El poder del Rey emana de los señores feudales de la nobleza territorial y descansa en el trabajo esclavista, el vasallaje y la servidumbre de los siervos de la gleba: en esta organización, al menos en su primera fase, el Estado no existe, con las características que después se han desarrollado.

El Emperador es producto consecuente del Estado, nace por la voluntad del pueblo, o por lo menos de una fracción de éste; apoya su poderío en sus legiones y en el régimen colonialista; por eso que el Emperador tiene el supremo poder del Estado.

Pero además, hay otras diferencias: mientras el Rey tiene un derecho hereditario, el Emperador, si no es electivo, es impuesto por la fuerza de las legiones, de ahí que, a veces, resulta ser cualquier oscuro soldado, que se hace o lo hacen, héroe; a éste título se impone al pueblo y es sostenido por sus guerreros.

El poderío del Rey se afianza en la riqueza de la tierra y el poderío del Emperador, en la fuerza de sus soldados; por eso que el Monarca, tiene una facultad jurisdiccional sobre los hombres y las tierras de su reino a diferencia del Emperador, que sólo tiene una facultad política estatal sobre su Imperio.

Este ordenamiento se halla claramente diferenciado en las Partidas, donde el Rey tiene una serie de facultades espirituales y económicas, cuyo cuidado compete al Rey; entre estas atribuciones podemos mencionar: el cuidado de la tierra, el fomento de la riqueza agrícola (que era la única en importancia, ya que el comercio y la industria eran incipientes o no tenían significado), la buena población, la protección al Estudio, como potencia colaboradora del Papado. etc. Los títulos XI, XX y XXXI de la II Partida otorga al Rey, la facultad de disponer de la riqueza de la tierra, la buena población y el bien común, está presente el espíritu aristocrático, que fué hecha conciencia por la escolástica; el pensamiento patrístico, deja claramente deslindado el aspecto jurisdiccional sobre las tierras y los hombres.

Mientras que, el Emperador atendía a la colonización, organizaba su ejército y se lanzaba a la conquista; los hombres y las tierras no eran un fin sino medios para otras finalidades políticas del Emperador y sus allegados.

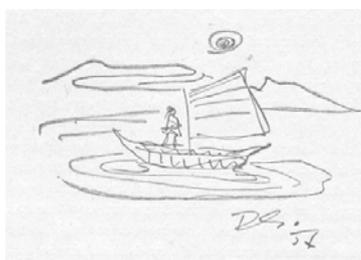
En la Monarquía los hombres están rigurosamente jerarquizados, dentro de una sociedad cerrada; lo que eran los padres debían ser los hijos, por lo que las clases sociales estaban determinadas desde la cuna hasta la tumba; los de arriba y los de abajo tenían una gradación social, en función de la producción de la tierra y a su aprovechamiento.

En el Imperio no ocurría lo mismo, no obstante que la base de sustentación, muchas veces, tenía la misma característica, pues se presentaba la insurgencia de los más audaces, de los arrogantes y brutales y a veces de los mejores y los más inteligentes, lo que no era hereditario ni estaba relacionado con la tenencia de la tierra ni de su aprovechamiento.

En el Incanato no encontramos las características del Imperio, ni el Inca cumplía funciones imperiales; los hombres de esa magnífica Sociedad del Trabajo, estaban en relación con la tierra y rigurosamente jerarquizados; con raras excepciones, se nacía y se moría, dentro de la clase social a que pertenecían.

El Inca recibía el poder hereditario de sus antepasados, como un derecho indiscutido; tenía la suprema facultad de repartir tierras, todos los hombres estaban subyugados a su poder totalitario, pero paternal; era el Señor de la Tierra y su poderío radicaba precisamente en la organización agraria, sostenida por las potencias del alma de su pueblo; por eso que la Pachamama, la madre tierra, generosa sostenedora de sus hijos, recibía la veneración religiosa de éstos.

Por todo esto, el Tahuantinsuyo, la gran República del Trabajo Agrario, políticamente estaba bajo el régimen jurisdiccional de una Monarquía absolutista, pero paternal. Nunca fué un Imperio; no se conocía ni se practicó este sistema de gobierno.



CENTENARIO DE LA CONSTITUCION FEDERAL MEXICANA DE 1857

POR

ROBERTO HERRERA SOTO

SE ha arreciado la crítica y la defensa de la constitución de 1857. Viejos odios avivados remueven cenizas de luchas fratricidas ya extinguidas. Unos y otros apuntan las proyecciones de la Reforma o anotan las desventajas y sinsabores que hubo de ocasionar.

- ***México en esa época.***

La población indígena y mestiza llegaba a los seis millones, o sea a la mitad de la totalidad de los habitantes. El indio tenía sentido de la comunidad de los bienes, pero este sistema decaía por los avances del latifundismo. Los salarios eran bajísimos. Los honorarios de los servicios religiosos permanecían altos porque el bajo clero vivía en la indigencia y necesitaba del congruo subsistir.

La clase media, informe, se concentraba en las ciudades. Culta, religiosa, dada a la política, la componían mestizos cultivados y pobres, los empleados, el bajo clero, pequeños comerciantes, pequeños industriales, profesionales e intelectuales. El ejército parecía un pulpo que se chupaba el fisco hasta agotarlo.

La clase aristocrática la componían criollos ricos, alto clero, españoles adinerados, comerciantes extranjeros. Culta, religiosa, defendía sus privilegios y retenía el poder en sus manos. La jerarquía eclesiástica gozaba de innumerables prerrogativas.

La clase dirigente estaba conformada por el alto clero, capitalistas criollos y españoles, militares de grado superior, empleados públicos, la oficialidad en general, los profesionales y los intelectuales.

Dentro de este marco social se movía la vida política de México a mediados del siglo 19. El desenfreno en el poder, los impuestos recargados, los destierros, las expropiaciones, la anarquía general y la desmembración del territorio nacional agravaban la situación. Muchas gentes dejaban sus bienes a la Iglesia para que los "vagabundos del poder" no abusaran y se mantuviera la fortaleza del clero para que la nación no se destrozara. Además de esto, la Iglesia fue haciendo acumulaciones de propiedad hasta llegar a tener gran parte de la tierra. Mientras los civiles se sangraban en guerras, la Iglesia era la única entidad que producía económicamente.

Con la revolución francesa de 1848 se presentó en México una reacción de intelectuales y políticos contra el estado de cosas que les rodeaba. El plan de Ayutla (marzo de 1854) era la expresión del primer paso hacia la evolución; en él se sentaron las bases de un gobierno provisional que diera garantías y pie para una reforma constitucional.

- **Ambiente reformista.**

Desde 1833 el liberalismo había propuesto la expropiación de los bienes eclesiásticos para el pago de la deuda pública y no olvidó laicizar la educación tampoco. El clero combatió desde el púlpito a quienes tales ideas patrocinaban.

Los constituyentes de 1856-57 no representaban toda la opinión nacional, sino el extremismo liberal. Argüían que la producción se había estancado y que México necesitaba un estremecimiento dinámico que provenía del aumento de la población y de las necesidades sociales; el clero no podía permanecer todo el tiempo como depositario de la economía nacional. Las energías que se perdían por el desplazamiento del pueblo de la actividad económica sólo servía para entumecer la vida mexicana. Los constituyentes tenían la mira exclusiva de marginar a las clases dominantes del ejercicio del mando. Decían que los "hombres mágicos" ya no se necesitaban, que la Iglesia no podía seguir haciéndose a nuevas tierras porque su "egoísmo corruptor" era el culpable de la pobreza e improductividad nacional. Las dos terceras partes de la propiedad urbana y rústica de México pertenecían a la Iglesia, y ello era inconcebible en un Estado moderno, según sus afirmaciones. El planteamiento de los neo-enciclopedistas mexicanos era el de separar la economía privada de la pública.

Se destacan entre los constituyentes: don Ponciano Arriaga —la figura principal (tuvo 127 intervenciones)—, quien condenaba la servidumbre de los pobres en favor de los ricos; José Ma. Mata, Melchor Acampo, Francisco Zarco (de 27 años), León Guzmán, Ignacio Ramírez (el Voltaire mexicano), Joaquín Ruíz, Guillermo Prieto, Isidoro Olvera y Santos Degollado. Fue un grupo selecto de hombres y posiblemente ha sido el congreso mexicano que ha agrupado el mayor número de figuras sobresalientes.

- **La Reforma.**

Expresa Edmundo O'Gorman que "el gran temor al despotismo personalista, y la gran fe en los dogmas teóricos de la doctrina ilustrada de la libertad y de la igualdad naturales del hombre eran las luces del congreso "(Véase: Varios Autores. Plan de Ayutla. Conmemoración de su primer centenario. Ediciones de la Facultad de Derecho. Talleres de Impresiones Modernas. México, D. F., 1954. Pág. 201).

Nada más cierto. La reforma constitucional llevó impreso ese sello. Reconoce los derechos del hombre. Admite la libertad de pensamiento, de contrato y de asociación. El porte de armas lo acepta para la legítima defensa. Regula los juicios civiles y penales y establece la pena de muerte por traición a la patria y por delitos específicamente determinados. Implanta el juicio de amparo. Elimina los monopolios y permite la expropiación con indemnización por utilidad pública. Introduce

el principio de que la soberanía reside en el pueblo y constituye a México en república representativa, democrática y federal.

Tridivide el poder en legislativo, ejecutivo y judicial. Los representantes al congreso se eligen cada dos años y "son inviolables por sus opiniones" (art. 59). La iniciativa de las leyes corresponde al presidente de la Unión, a los diputados del Congreso Federal y a las legislaturas de los Estados. Las facultades del Congreso, entre otras, son: autorizar al Ejecutivo para celebrar empréstitos, establecer la legislación mercantil, aprobar tratados, convenios o convenciones del Ejecutivo con el extranjero, manejar el ejército según las conveniencias nacionales, legislar sobre las vías de comunicación. El Ejecutivo es ejercido por el presidente durante cuatro años. Si falta éste, el presidente de la Suprema Corte de Justicia entra en su reemplazo. Nombra libremente a los secretarios del despacho; a los ministros, diplomáticos y cónsules los nombra con el asentimiento del Congreso y lo mismo sucede con el ascenso de los militares; celebra tratados, que ratifica el parlamento; convoca el congreso cuando lo estima necesario en épocas en que éste no se halle reunido.

Los magistrados de la Suprema Corte duran seis años. En los delitos oficiales el Congreso acuso y la Suprema Corte sentencia.

Los Estados de la federación son de representación popular y deben tener sus leyes propias sin ir contra la federación.

Se reforma la constitución por las dos terceras partes del Congreso y se aprueba la reforma por la mayoría de las legislaturas de los Estados.

Esta es, en lineamientos generales, la Constitución Federal Mexicana expedida el 5 de febrero de 1857.

- **Consecuencias.**

En virtud de la exasperación de las pasiones, la reforma de 1857, condujo a nuevas perspectivas políticas, sociales y culturales. Unas de regresión, otras de avance. Políticamente México participó del afrancesamiento y del romanticismo, lo cual le sirvió para perder definitivamente sus propios territorios y para que otras corrientes ideológicas y religiosas se entremetieran en su vida pública para acentuar las contradicciones internas de la nación. Económicamente la población no se benefició en la debida forma porque los mismos que participaron en el acto reformativo y aquellos que tenían el poder en sus manos, no hicieron otra cosa que adueñarse paulatinamente de las tierras de la Iglesia. El comunismo indígena fue salvajemente triturado con el grito de la "individualización". Con la reforma, el 90 % de la propiedad eclesiástica pasó, por la Ley de Desamortización de Bienes de Corporaciones y por la Ley de Nacionalización de Bienes del Clero, a un latifundio laico, que en la época de Porfirio Díaz se convirtió en una monstruosa concentración de la tierra. El "progreso" era ese. La pobreza fue mayor y entonces se supo que en la época de las propiedades de la Iglesia, ésta tenía un gran sentimiento de la mexicanidad en la que se refiere a la producción agrícola. José Vasconcelos cree que el latifundismo de la Iglesia ha debido resolverse "por medio del impuesto progresivo que obliga a fraccionar" (*Breve Historia de México*. Ediciones Cultura Hispánica, Colección e Ideas. Imprenta Palomeque, S. L., Madrid, 1952. Pág. 422). También tiene razón cuando sostiene que la reforma permitió la "rapiña gubernamental permanente". (Id, pág. 418).

La revolución mexicana de 1910 obedece al reto que le entabló a la nación la reforma de 1857. Fue tal el idealismo en ella desplegado, que sus propios confeccionadores no calcularon nunca las proyecciones desastrosas de la nueva constitución. La constitución de 1917 no contradice la de 1857, sino que la pone al día, de acuerdo con las circunstancias sociales. Hoy tenemos que la revolución mexicana de 1910 se considera como sin fuerza por el aburguesamiento de su elemento humano. Llegará México a repetir otro ciclo como el iniciado en 1857? Continuará cobijada la nación mexicana bajo el manto del afrancesamiento político?

Socialmente México ha logrado incorporar el indio y el mestizo a la nación. Falta mucho por realizar, pero ya está encaminado a llevar a cabo mayores esfuerzos en ese sentido.

Culturalmente ha dado muestras de una vigorosa personalidad no sólo en literatura, sino especialmente en pintura. Cuando los principios políticos abarcan la problemática de una nación y la ponen en marcha integralmente, se dice que hay compenetración total entre las ideas y las circunstancias. Tal vez por estas experiencias, México logre, primero que las otras naciones desvertebradas de Iberoamérica, una solución cabal de su vida nacional: aunar auténticamente religión, política, cultura y economía.

No se debe olvidar que en cien años el proceso histórico de México como el de Iberoamérica, acumula las inquietudes experimentadas por Europa durante cinco siglos, desde la baja Edad Media para acá: un feudalismo típico en decadencia, lucha anti-teocrática, guerras, individualismo político-económico, problemática social, etc.

CANTO A BOLIVAR

¡A Bolívar mi canto,
al que sembró luceros,
al poético soldado
que interpretó la angustia
del gran dolor humano!

En una ruta larga de silencio
meditaste, ¡oh. Bolívar,
hablando con los astros!

Cuando alzando los brazos,
hacia los nubarrones tempestuosos,
invocaba tu espíritu al arcano...
con un fulgor de púrpura en el cielo
las nubes te ofrendaron un airón de relámpagos
para armarte soldado y caballero.

La luna de los sueños
ciñó el casco en tu frente,
las cumbres te invitaron su cimera
y tú ardiste en un fuego sacrosanto
que impetuoso corría por tus venas.

Una cruz sobre el mármol de tu frente
signaron cuatro estrellas.

Desafiando al acaso de la suerte,
con ímpetu bravío,
tu férrea voluntad templó su acero
con el rayo tremante de la idea
y en tí despertó el genio. A tu presencia
temblaron las estrellas en el cielo.

Ardió la tempestad bajo los cielos
y empuñando la espada,
airado te lanzaste como un rayo
entre los torbellinos de la guerra.

Al clamor de los pueblos oprimidos
tu espada fulguró. Te abriste paso
y luchaste y venciste, caballero.

Siete generaciones vascongadas
dejaron su calor en tus arterias.
Siete ríos azules remataron
sus torrentes de luz entre tus venas;
dulces evocaciones circundaron
tu soledad de flores y quimeras

besándote en la frente inmaculada
yendo a buscarte hasta lejanas tierras.

Después en Santa Marta,
en la quinta San Pedro Alejandrino,
con la gloria a tus pies como una lámpara,
y entre un tierno evocar de horas distantes
soñaste a media luz, en tus desvelos,
en todo el esplendor de tus hazañas
y en la triste agonía de tus sueños.

Allá mismo, ¡Oh Bolívar,
genio noble y austero que luchaste imponente,
al fulgor de tu espada
con flamígero verbo,
tú el militar de corazón magnánimo
y visión luminosa del futuro,
hallábaste rendido,
después de heroicas proezas,
en los pueblos de América!

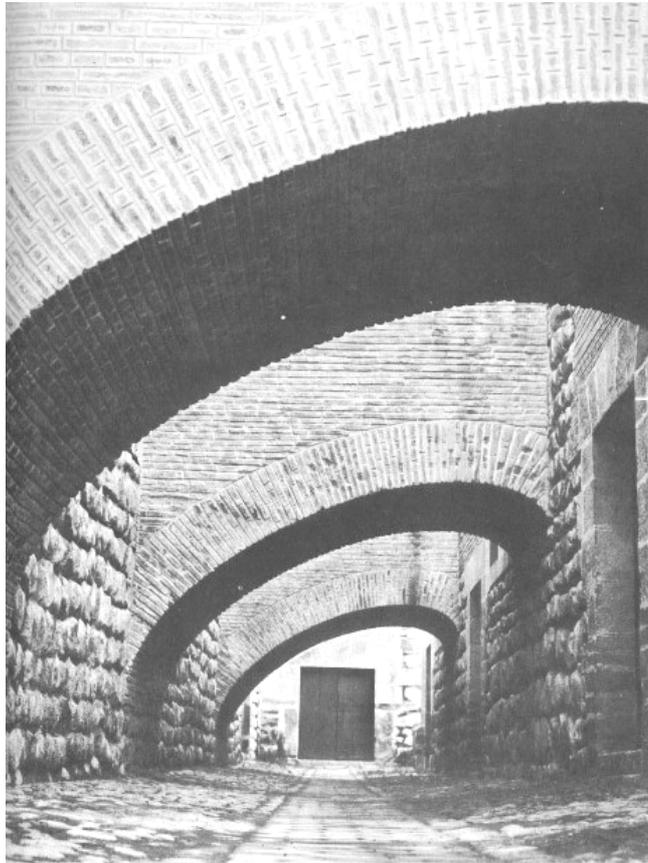
Hasta hoy, diáfana y pura,
en las orillas cálidas del Guaire
vaga tu infancia, y tus palabras sobrias
se oyen en el rumor del agua clara
y simbólicamente
arden fraguas de luz en Occidente.

Cinco naciones te bendicen ahora,
que justicia y piedad fueron contigo
enarbolando sus banderas blancas
en todos los caminos recorridos.

Tu gloria es tan inmensa
que resplandece sobre las altivas
cumbres nevadas de la Cordillera
de los Andes ciclópeos:
monumentos de siglos y milenios
que por Dios mismo fueron esculpidos.

Tu audacia de relámpago, tus sueños
de libertad, más grande que esas cimas,
han de magnificarte agigantando
tus épicas proezas diamantinas,
y tu discurso fulgurante
en el gran Chimborazo, .
perpetuara tu nombre y tu memoria
desde el amanecer hasta el ocaso.

Cinco repúblicas bendicen
el fulgor de tu espada redentora
que te ciñó imponente
las coronas triunfales de la gloria...
De evo en evo, en tumulto,
la humanidad emocionada
exaltará su gratitud profunda



Arbotantes de la Casa de la Moneda en Potosí, famosa construcción monumental de la Colonia.

FOTO ALBERTO TADIO

de epifánica lumbre eternizada.
La patria de tu nombre,
que amó tu corazón mantendrá incólume
tus nobles ideales, tus audacias
de guerrero y de mártir en la historia.

¡En el Cosmos tu espíritu latente
lamos de luz irradia
en las constelaciones refulgentes!

Soñador de los sueños inmortales,
la libertad de América quisiste,
tornaste en realidad esos anhelos.
¡Qué humano y qué divino
cual don Quijote aventurero fuiste!

Gloria a ti gran guerrero,
romántico soldado,
cruzado del ensueño!
¡Gloria a tu genio austero,
luchador imponente
incansable, invencible hasta la muerte!

MARIA QUIROGA VARGAS

EUROPA COMO PROGRAMA

POR

CESAR ARMANDO GOMEZ

- **Viejos y nuevos mundos.**

EL desconocimiento que en Europa existe de las realidades americanas sería verdaderamente excepcional sin la existencia del que tantos americanos padecen en cuanto al hecho europeo. La idea, nacida en Europa, que hace de América el continente del futuro, heredero del progreso y la civilización occidentales, ha sido tomada con frecuencia al pie de la letra, hasta el punto de convertir en actualidad lo que era solo una referencia a posibilidades. A posibilidades materiales, pues ellas son las que ocupan la mente migratoria y colonizadora del europeo cuando atalaya desde los bordes de su vieja balsa. Por eso la expresión **continente del futuro** ha pasado a ser en los últimos años sinónimo de África, en un cambio de perspectiva que coincide con el forzado abandono del Continente Negro.

Resulta peligroso aceptar como imágenes de la realidad lo que son puras expresiones retóricas, distinciones convencionales. Muchos americanos creen que al hablar del **Viejo** Continente están describiendo una existente decrepitud. Sin insistir en hechos culturales, siempre debatibles, les convendría detenerse a pensar en lo que representa, por ejemplo, la potencia industrial, en plena expansión, de países como Inglaterra, Francia o Alemania, e incluso de las pequeñas Bélgica o Suiza. El renacimiento tras el largo colapso bélico, después de una destrucción masiva que en el caso germano alcanzó proporciones apocalípticas, ha venido a mostrar en Europa una vitalidad superior a la de cualquier otro momento de su historia. Porque las herramientas que el plan Marshall proporcionó hubieran resultado inútiles en manos de unos hombres gastados o incapaces.

La mayoría de los juicios peyorativos sobre aspectos de lo europeo proceden de la propia Europa; y esta implacable autocrítica es la mejor prueba de que no ha abandonado su función de adelantada, aunque lo **occidental** incluya hoy Norteamérica, movida por voces europeas en todos los campos del pensamiento: la economía, con Von Mises y sus discípulos; la física, dirigida por la plana mayor de emigrados continentales, a los que Einstein simbolizaba... Y es precisamente esta autocrítica la que a veces falta en quienes juzgan ligeramente sobre Europa. Un caso característico es el de la idea democrática. Amparados en la realidad norteamericana, y en recuerdos y textos de la Independencia, los iberoamericanos suelen considerar a sus tierras como patria adoptiva de la democracia y a sus habitantes como titulares y defensores de esta tradición libre frente al resto del mundo. Pero, a la hora de las realidades, ¿dónde hallar una perfección democrática comparable a la inglesa, la escandinava o la suiza? Esto por referirnos a lo permanente; pues en lo actual, la misma perfección contemplamos en la Alemania de Adenauer, e incluso en Francia e Italia, a pesar de las perturbaciones que en ambas ocasiona el exceso de partidos y la fuerza del comunismo, admitido al juego democrático.

Es muy significativo que el dictador europeo se crea siempre obligado a confesar y razonar su oposición a la democracia, alzando frente a ella un sistema más o menos descabellado, pero con pretensiones de validez y permanencia, llámese fascismo, corporativismo o democracia orgánica. En cambio, los dictadores americanos entonan himnos a la democracia y usurpan el poder invocando a la constitución. Por eso Perón, con su "justicialismo", sus milicias de partido y tantos otros datos, es un fenómeno exótico, fruto tardío de los fascismos europeos, como se advierte en su pronta disociación del factor militar, consustancial a las dictaduras americanas, residuos del pronunciamiento y la cuartelada ibéricos.

- **La preocupación de Europa.**

Nos encontramos, pues, en Europa con una sociedad más **antigua** que **vieja**, más resabiada del mucho vivir que agotada del secular esfuerzo. Y he aquí que este núcleo humano, acuciado por sus problemas y por el afán crítico que ya hemos señalado, comienza en estos años a preguntarse por sí mismo; a inquirir sobre su propio ser; a cuestionar, incluso, si es como tal sociedad. Un fenómeno semejante se ha dado en España a través de los siglos, desde fines del XVI, e incluso antes; y esta duda sobre la propia realidad, esta "preocupación de España", ha dictado los rumbos de su historia y conducido a la existencia de esas "dos Españas" cuya pugna constituye su forma de vivir nacional hasta nuestros días.

En Europa, el fenómeno es menos radical. Al volver la vista a la propia realidad, la sociedad europea se reconoce pronto como existente por encima de las contingencias nacionales. Advierte la inequívoca presencia de un grupo humano partícipe de incontables vigencias, al que, no obstante, mantiene dividido la política de ideales característica de las nacionalidades. Esta política se caracteriza por proponer a los pueblos un "todo o nada", en el que el todo se compone en gran parte de metas utópicas o fantasmagóricas. Así, presenta a la patria como una especie de divinidad, a cuyo servicio se hallan los hombres que la componen; y confecciona un credo laico de "ideales nacionales" que convierten a todo un pueblo en antagonista de sus vecinos y cazador de fantasmas, mientras su vida auténtica, la que cada hombre ha de hacerse día a día, espera la ocasión en el limbo del no ser. La **grandeza** el **imperio**, el **destino histórico**, la **gloria nacional** apuntan, como baterías cargadas de resentimiento, belicismo y xenofobia, al resto de la humanidad. Tarea para los hombres de buena voluntad de todos los países es el denunciar cuanta miseria e injusticia cotidianas esconde la hosquedad de esas grandes palabras. Y no se trata ya de esas grandes palabras. Y no se trata ya de etiquetas políticas. El socialismo francés, haciendo tabla rasa de toda una tradición internacionalista patrocina hoy el uso de la fuerza en Argelia; y alguno de los santones europeos del partido abjuró de la ONU al no verla aplaudir a los invasores de Egipto.

- **Tribus.**

La separación entre los pueblos, fruto del estrecho nacionalismo, y de los intereses de ciertas castas dominantes, que en él hallan su mejor fortaleza, continúa rigiendo la marcha del mundo con caracteres apenas atenuados. Si asociásemos menos los estadios políticos de la sociedad humana con sus progresos materiales, nos daríamos cuenta del escaso camino recorrido desde que las pieles y el hacha de sílex fueron distintivos del **homo sapiens**. El que la horda haya crecido y tenga nuevos ingenios a su disposición significa solo que de ocupar un castro defendido por las escarpaduras de una colina ha pasado a parapetarse tras toda una cordillera o un no caudaloso. El enemigo sigue estando al otro lado, y la expresión "género humano" supone un mero término científico frente a la todopoderosa y operante de "nación". Alambradas, barreras y uniformes cuidan de que el hombre de más allá, de ahí al lado, no sea todo lo **próximo** que Dios le ha hecho. La teoría de las nacionalidades es una exposición de defectos, un resumen de cuanto ha impedido a los hombres vivir en paz y armonía. Proponerla con criterio de justificación, y no de superación, implica un deseo contra natura de perseverar en el error, la lucha y el suicidio colectivo.

El idioma no puede separarnos de otros hombres más de lo que nos separa de un pescador vasco o un aldeano gallego, si somos castellanos. La raza sólo puede imponerse como valladar cuando intereses bastardos las clasifican en inferiores y superiores, en beneficio de éstas; claro es. En cuanto a la religión, el presentarla como elemento disgregador contiene todas las premisas de una herejía.

Hay, eso sí, un producto de la larga y forzada separación entre los hombres, manifestado en un diferente desarrollo de las formas de vida, de cultura. Pero si a algo tiende realmente la marcha actual de nuestra civilización es a universalizar modos y modas a través de una gigantesca facilidad de comunicación, de aquella comunicación que para el hombre defendían, como derecho inalienable, nuestros teólogos-juristas de Salamanca. Sus doctrinas, personificadas en la obra del

dominico Francisco de Vitoria, creador del Derecho Internacional, empiezan a encontrar eco en la política norteamericana. Esperemos que de ellas se excluyan los distinguos sobre la "guerra justa", tan mortífero en manos de los poderosos. Justicia y guerra son contrarios que ní la provocación puede conciliar; y quien mueva la palanca de la destrucción, aún con supuestos fines preventivos mostrará con ello su calaña de delincuente internacional.

Los primitivos grupos humanos, acosados por las dificultades de una existencia todavía demasiado azarosa, se vieron obligados a luchar entre sí por un territorio de caza e incluso por un buen habitáculo. El dominio progresivo de la naturaleza, el cultivo del suelo, los mejores medios de captura hubiesen hecho innecesarios tales combates. Pero un nuevo motivo de lucha había surgido para entonces. Los aurorales patriarcas eran ya reyes; nacían los poderosos de la Tierra, y su afán de comarcas y vasallos, sus planes de felicidad o, simplemente, de ganar "honra y provecho" a costa del vecino, iban a determinar, en adelante, la historia del mundo.

La tribu, ya muy numerosa, se asienta hoy en vastos territorios, surcados por carreteras y ferrocarriles. Sus guerreros han trocado la lanza y el escudo por el fusil y el tanque y aguardan, como siempre, detrás de la **frontera**, esa línea mágica ante la que todo, mercancías y hombres, se detiene, como lo haría ante los muros de un castillo o la empalizada de un fuerte entre **salvajes**. Y ¿qué hayal otro lado? Exactamente lo mismo. Hombres tan parecidos que solo un uniforme puede hacerlos distintos.

Es curioso ver como los más nobles frutos del hombre, el arte y la ciencia, repugnan las fronteras y languidecen cuando les son puestas. Donde quiera que se halle un hombre, el espíritu reconoce a un hermano. Pero el juego ha durado demasiado tiempo y las naciones se han hecho cuerpos vivos con almas cargadas de pasiones, propicias al egoísmo. En un mundo libre, el rico temería la invasión de los famélicos, y el que ha acaparado lloraría al tener que compartir su despensa con quienes traen las manos vacías y polvo del desierto en las sandalias. Está, además, el loco orgullo de la especie. No hace muchos años, reunido en torno a una mesa, un grupo de hombres dividió el mapa de España, mediante rayitas, en compartimentos a los que llamaron "provincias". Hoy hallamos a diario personas que juzgan privilegio casi divino el haber nacido en una de tales cuadrículas y no en la le al lado.

- **Dictadura y nacionalismo.**

Esta situación afecta, en mayor o menor grado, a todas las naciones europeas, como a las del resto del mundo, pero halla sus incondicionales mantenedores en los países dictatoriales. La exacerbación del **patriotismo** ha sido siempre una de las grandes armas de las dictaduras con vocación de permanencia. Sus efectos son múltiples: vuelca la atención del pueblo hacia el exterior, apartándola de las realidades nacionales; desvía sobre supuestos enemigos el odio que nace abundante en tales situaciones de fuerza; y permite al dictador convertirse en encarnación de la patria siempre amenazada, obteniendo así apoyos que de otro modo le serían negados. Aparte su frecuente inclinación a los programas de grandeza territorial, el totalitarismo es por naturaleza enemigo de la convivencia. La inevitable presencia de exilados en los países limítrofes; el recuerdo de conflictos pasados con el que se trata de avivar el nacionalismo; la falsa propaganda para presentar al resto del mundo en pleno desastre moral y material, víctima de la democracia; el miedo a la normal comunicación con los pueblos libres, todo contribuye a hacer del país sometido a la dictadura un elemento inasimilable a la hora de lograr la unidad continental. Aun prescindiendo de Rusia, realidad **sui generis**, potencia tan asiática como europea, y quizá ni lo uno ni lo otro, Europa se ve amputada de los países totalitarios del Este y de los pocos que en Oeste no han conseguido liberarse de la carga dictatorial. La ocasión viene en ayuda de ciertos egoísmos, prontos a constituirse en Europas de bolsillo, en consejos de potentados con exclusión de los pequeños contribuyentes continentales. Porque no todos los propugnadores de la unidad europea están limpios de los viejos modos, curados del "santo egoísmo" nacional.

- **Un programa funcionalista.**

Cuando Francia se vió, casi de la noche a la mañana, ante la realidad, increíble para muchos, del abandono del Norte de África, y, sobre todo, cuando el mundo se opuso a su aventura en Egipto, franceses que nunca habían tomado en serio la idea se pusieron a clamar por la solidaridad europea, que entonces venía a ser tanto como la ayuda de los europeos en la conservación del imperio francés y el mantenimiento de la posición de Francia en el mundo. Por los mismos días, en Estrasburgo se lanzaban soflamas europeizantes en defensa de los

accionistas de Suez. Este es el europeísmo que no interesa; el que parte de sectores reaccionarios y se postula como organización al servicio de intereses nacionales es decir, en última instancia, como palanca de los grupos que se benefician de tales nacionalismos poderosos.

Pero los mejores hombres de Europa están empeñados en una tarea de muy superior estilo. Frente a los egoísmos, como frente a los idealismos, su trabajo adquiere un tinte fuertemente real. Tan funestos para Europa son quienes la desean a su servicio como los que tratan de hacer de ella un nacionalismo más, con su carga retórica. Los cantores del Sacro Romano Imperio y los gloriosos destinos de Occidente están tan lejos de trabajar por Europa como los predicadores de cruzadas que solo sirven a sus intereses del momento. El sistema de vigencias que hace de Europa una sociedad, la homogeneidad cultural de sus pueblos, es una mera posibilidad inoperante por si misma. De lo que ahora se trata es de derribar fronteras; y esto supone soluciones concretas a realidades concretas. Como vimos para lo nacional, frente a quienes preconizan un sistema de "ideares" europeos, el hacer a Europa se nos presenta como un trabajo positivo ceñido a las realidades económicas, políticas y sociales de los pueblos europeos y a su relación mútua.

Cuando el pasado año constituíamos en Salamanca la Asociación por la Unidad Funcional de Europa, tratábamos de sumar nuestro esfuerzo en una dirección del pensamiento que pusiera el acento en esta necesidad de obrar substantivo, de resolución paulatina de los problemas existentes y de aquellos otros que la interacción europea vaya planteando. Tales problemas son conocidos, o pueden serlo; y la vigilancia contra las posibles interferencias retóricas es ya un gran paso en el camino del éxito. La concepción funcionalista ofrece, además, un sistema permanente de coordinación, dentro del cual toda decisión es considerada **en función** de la totalidad europea. Se logra así una unidad dinámica, un mecanismo de acción concertada que, mirando a Europa como un solo ámbito, adopta sus resoluciones en función de la comunidad, del bienestar del mayor número. Sería, pues, en viejos términos, una recta política nacional aplicada a escala de la **patria** Europa. Pero la carga **idealista** de estos arcaicos términos es precisamente lo que debemos combatir.

El presidente de la U: F. E. y catedrático de Derecho Político de la Universidad salmantina, profesor Tierno Galván, hoy en prisión, ha resumido los supuestos del funcionalismo en apretada tesis. Suya es la afirmación: "El criterio funcional permite la creación de estructuras superestatales que integren conjuntos definidos de funciones, respetando la diferenciación nacional de ras comunidades europeas, criterio que es en la situación actual el más viable en relación con una futura unidad Europea". En efecto, la existencia de las sociedades nacionales es un hecho, y como tal ha de ser reconocido. Pero la identificación de cada uno de estos grupos con un Estado, compartimiento estanco depositario de una soberanía absoluta, es un principio rígido, inconveniente para el mejor desarrollo de las sociedades así aisladas y perturbador por cuanto ha cumplido ya su papel histórico y representa una supervivencia anacrónica, un peso muerto contra las nuevas posibilidades de convivencia. A la vez, la salida de esta deficiente situación histórica no reside en la utópica persecución de una inmediata unidad política, sino en el logro de una serie de acuerdos que permitan eliminar los inconvenientes de aquella soberanía incondicionada, haciendo que un mayor número de actividades pasen a organizarse como funciones de Europa, y no de cada una de sus regiones. Resulta obvio que el aumento de las funciones comunes, coexistiendo con ras propias de cada Estado, conducirá a una estructura federal, a unos "Estados Unidos de Europa" en los que se verán potenciadas las posibilidades de cada uno de sus miembros. Esta integración habrá de hacerse sobre todo en el campo de la economía, pues lo económico, desde el mercado medieval a las grandes concentraciones industriales, es clave de las sociedades y determinante de sus formas de vida. Una absoluta libertad en el comercio internacional del libro producirá efectos superiores a los de todas las campañas de "intercambio cultural". Un aumento de la riqueza, con mayores ingresos individuales y menor jornada de trabajo, supone un mayor número de personas vacando a actividades culturales, artísticas y deportivas. El hecho de que casi todos los éxitos integradores se hayan logrado en esta dirección, con la presencia de la Organización Europea de Cooperación Económica, la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, la Conferencia de Transportes, el Consejo de Cooperación Aduanera, la Comisión de Aviación Civil y, sobre todo, el Euratom y el Mercado Común, indica que la ruta más conveniente es también la más expedita.

El mayor obstáculo a este programa europeo se encuentra en los países atrasados y en los sometidos a totalitarismos nacionalistas, radicalmente insolidarios. Ambas circunstancias, tantas veces coincidentes, exigen una previa acción interior mediante la cual las sociedades que las sufren muestren su enérgico deseo de comenzar a superarlas por el propio esfuerzo, alcanzando a la vez la libertad de abrirse a la necesaria colaboración continental.

Las antiguas concepciones e interpretaciones de la idea europea, con su fijación de fines más o menos utópicos, ceden así el paso a una continua resolución de situaciones concretas en un sentido integrador. Este programa de captación de realidades y operación sobre "las mismas" dibuja ya la figura de una entidad Europa, estado federal de enorme población, situado en vanguardia de la técnica y de la cultura. Su aparición, necesariamente conectada con la existencia de una sociedad afín, la norteamericana, puede determinar los caminos del mundo en los próximos lustrosos.

LA NOVELA HISTORICA EN BOLIVIA

POR

HUMBERTO GUZMAN ARZE

*N*O se podía exigir una indagación sistemática acerca de las interacciones entre el hombre y el pueblo, mientras se hubiera dejado de asociar los valores personales a la conciencia colectiva en los acontecimientos de la Historia: cuyas manifestaciones repetidas acentúan cada vez más la naturaleza social de los hechos.

El hombre señero, elevado a la más alta categoría por el fervor de la posteridad, corre el riesgo de perder sus conexiones aislándose en un halo de dignidad mística. El recuerdo que puede utilizarse hasta la ficción del mito, tiende a distanciarlo de toda vivencia, dándole una significación inaccesible.

Para que el prócer recupere una sustancia genuinamente humana en su latido, la Historia acude hacia él con todos sus recursos de evocación para restablecer las relaciones entre su figura idealizada y la comprensión duradera y consistente de las generaciones que forman la continuidad social.

He ahí por qué la biografía y la novela histórica, cuando se traban con el rigor documentario, son a veces materiales que se ciñen más a la pasión templada del hombre y a la conciencia movediza del pueblo, acudiendo a vitalizar el pasado con sus recursos narrativos sobre el ambiente social, las costumbres y la naturaleza, fuera de cuya atmósfera las representaciones individuales acabarían por perderse en la perspectiva del tiempo.

La literatura boliviana ha contribuido al ensanchamiento y comprensión del registro histórico, con Juan de la Rosa, novela reputada como la mejor de su género en la América del siglo XIX.

Alguna vez me ocupé de los personajes que salen del filtro sutil de su trama para interpretar la época generadora de la Patria, durante el alzamiento emancipador.

Cada página por lo que dice y por lo que sugiere del medio convulsionado, representa el surgir incandescente de aquellos protagonistas que se mueven en una pavorosa polvareda de tragedia, en la unidad funcional que debe existir entre la referencia histórica y la creación novelesca conciliada con lo verosímil.

En el plano de fondo, que es el de sustancia histórica, se presentan los personajes con su encarnadura real. Cada uno de ellos no contradice los datos acerca de los próceres que tuvieron decidido influjo en el alzamiento de Cochabamba, descrito con vigor plástico. Esteban Arze,

austero en la santidad de la espada que desconoce las voluptuosidades del mando; Francisco del Rivero, con serena fortaleza ante las mudanzas del halago popular; Juan Bautista Oquendo, con el verbo iluminado por la ráfaga revolucionaria, hablan de la fina y escrutadora capacidad de Nataniel Aguirre, que acude a la ficción novelesca para crear la imagen de Fray Justo, que completaría el cuadro del criollismo insurgente.

En el plano de la creación literaria, concordante con la estructura colonial, surgen las figuras de la Abuela, de Alejo, de Francisco Nina, de su hijo Ventura, puestas en trance de actuar en comunión con el mestizaje de la gesta cochabambina.

Todo lo describe el autor con pluma fervorosa, con soltura y gracia castizas y, a veces también, con el doloroso acento del patricio que hubiera calado muy hondo en las desdichas y grandezas de su pueblo. El, más que nadie, pudo comprender ese clima de pesadumbre en el que los personajes conjugan la parte argumental de la obra, como elementos de la masa valluna que actuaba en el preámbulo de su liberación.

El libro de Aguirre es también una alegoría social, en cuanto elabora un engarce de generaciones entre la Abuela, heroína de la Coronilla, y los combatientes de Aroma y el Quehúñal, con Juanito, aquel Juan de la Rosa que da nombre a la novela y que pertenece a las promociones que espectaban el alba naciente de la Patria, emparejada con el Overo cuya despreocupación juvenil fundía su voz traviesa con el ronquido sufriente de la multitud.

Aunque los protagonistas llevaran en sí la iluminación presentida y latente de su riqueza heroica, carecen de la rigidez del ademán y de los rasgos que suele atribuirles una historia convencional y didáctica.

En el arreglo de este romance heroico, se armonizan los caracteres personales animados por la pasionalidad de la insurgencia. Sólo cabría que el autor, respondiendo al romanticismo de su época, describe con falta de objetividad el problema de las interacciones entre los elementos sociales del Coloniaje. Atribuye formas y caracteres invariables a cada tipo de la sociedad estamentaria, tratando peyorativamente al indio y al extranjero, y con énfasis generoso al criollo y al mestizo, como si su comportamiento ya fuera definido por una predestinación de raza, de clase, de grupo.

Más, pese al carácter de estas valoraciones sobre las categorías estamentarias, no se deforma la arquitectura de la novela, particularmente cuando añade el colorido paisajista, deteniéndose a exaltar las seducciones de la tierra nativa, en la que Aguirre tiene muy soterradas las raíces de su pasión valluna. El libro recobra su animada lucidez con la descripción del ambiente blando y luminoso de la Villa de Oropesa, cuyo bullir urbano revienta hasta el fresco reverdecir de sus campiñas.

Recalca el sentido casi oculto de las cosas aparentemente inanimadas, pero provistas de tradición para condensar el recuerdo de la Villa Heroica: los muros derruidos de la casa de Cangas que sirviera a los conspiradores; la polvorienta calle de las Pulperías; la casa solariega de don Francisco de Viedma, Benefactor de los Pobres; el sordo tañer de las campanas de San Francisco que tocaban a rebato. Barriadas, muros, barrancos, campanas que se ciñen al triunfo prieto de la arboleda. Solares y caminos que se dan la mano en la lejanía. Sembraduras y surcos que se encajan en el ruedo del valle hasta la cumbre nevada. Es el alborozo de la tierra, la jugosa representación de su geografía, que hace exclamar enfáticamente a Juan de la Rosa; "Hijo de tan amenos valles, no he poder pregonar que son el país más fecundo y delicioso del orbe?".

El procedimiento de colorido regional no es una pausa descriptiva que retrase el remate de la acción, sino un desdoblamiento del tema que nos haga recorrer la anchura del valle, descrito a rasgos de intenso cromatismo. Finalmente, Aguirre, hace brotar de una raíz telúrica la combinación de calidades del hombre valluno que es el primero en concebir la conciencia de unidad geográfica en sus migraciones por los confines del territorio patrio.

Todas estas condiciones de la obra señalan las variantes de su matiz estético. Ceñida en su línea argumental, sazónada de evocaciones, fresca por sus méritos narrativos, pulcra por haber

desbastado los materiales de la tradición patria, contribuye generosamente a enriquecer un sentimiento de bolivianidad, alquitarado en su esencia.



SAUDADES

Calle abajo, calle arriba,
las penas me van llevando.
El aire tiene la herida
abierta por mi cansancio.
En el dintel de mi alma
calle abajo, calle arriba:
tristeza, dolor y llanto.

Lejos, a mí me parece
que lejos te van nombrando,
más lejos de las miradas
y las manos y los labios;
(en la pupila de un sauce
un ave moja su canto
y el sauce moja de lágrimas
a las plumas de aquel pájaro).

Calle abajo, calle arriba
y siempre y por todo lado
presencia de cementerios
y sepulcrales presagios.
(El amor es un ovillo
que para mí se ha enredado,
el amor es como el río
que... siempre pasa de largo).

Calle abajo, calle arriba,
¡por qué seguir caminando
si siempre las mismas piedras
y siempre yo solitario!
(El amor toca de lejos,
como a las playas los barcos;
el amor, para los dos,
es un silencio muy largo).

Augusto Valda Cavaría

JOSE LUIS CASTILLO PUCHE, O LA INQUIETUD

POR

LUIS QUESADA

YA es bastante conocido en Suramérica el novelista español Castillo Puche; sobre todo por su obra "Sin Camino", aparecida no hace mucho en la editorial "Emecé argentina".

Castillo Puche nació en 1919, en Yecla, la ciudad mediterránea de rica tradición literaria; la misma ciudad donde Azorín sitúa la acción de "La Voluntad", escenario también de "Camino de Perfección", de Baroja... Precisamente, el primer opúsculo del futuro gran novelista tiene un título bien significativo: "Yecla de Azorín y Baroja", obra que le indisponde de tal forma con sus paisanos que no le queda otro remedio que exilarse voluntariamente de la población.

Acaso Castillo Puche se sienta influido, íntimamente, por el ambiente apagado de Yecla, por la riqueza mortecina de las viejas casonas dormidas bajo el sol levantino; por la lenta consunción de la villa cuyos habitantes emigran, cada año en mayor número, a Francia. Pero esta influencia alcanza solo al carácter furiosamente español de sus personajes, sin que esto signifique el abandono de los grandes temas universales, desgraciadamente no muy abundantes en nuestra producción novelística.

Precisamente, la muerte de su villa natal no ha hecho mella en los sentimientos ni en las ambiciones del novelista. Ninguna otra palabra conviene mejor a Castillo Puche que la de "inquietud"; nada mejor para definir los conceptos y los problemas que plantea en sus libros, con el logrado intento de darles un valor y un contenido que rebasen las fronteras de las latitudes geográficas de las creencias o lo puramente accidental de la condición humana.

—A mí no me interesa defender una idea o una tesis en mis novelas, ni atormentarme por las cuestiones técnicas, o engolfarme en el provincianismo —me decía Castillo Puche recientemente.

Escritor católico, porque sus creencias lo son, no convierte a su obra en una simple apología donde asome descaradamente el plumero del moralista fácil de escandalizar. Sus ambiciones van por otro camino y solo en lo remoto de sus libros, como telón de fondo, se extiende la conciencia del novelista que se duele, pero no critica, ni mucho menos condena. Sin embargo a pesar de esta ausencia de intento doctrinario, las novelas de Castillo Puche han ido cubriendo varios huecos en el plano de la novela española; huecos que se dejaban sentir y que la hundían en el foso de lo limitadamente regional o de lo característicamente ibérico.

En 1953 sale su primer libro, cuyo título es "Memorias íntimas de Avinareta", intento de rehacer la figura de Baroja. En este libro, prologado por Marañón, hay páginas de un vibrante estilo narrativo en las que la crítica anuncia ya al novelista nato. Y esta aseveración se confirma al año siguiente con la aparición de "Con la Muerte al hombro", Premio Cultura Hispánica y Premio Bellas Artes. Es el estudio de la angustia del hombre ante su irremediable aniquilamiento físico, el tema que atormentara a nuestro Unamuno. Esta novela llama la atención de Hemingway que, en una de sus visitas a España, tiene ocasión de conocerla y, de regreso en América, le consagra varios comentarios admirativos. De esta circunstancia parte la amistad que une a los dos escritores.

Pero anteriormente ya había escrito una novela que fue finalista en el Premio Nadal y que, por diversas circunstancias, se demoraba su publicación en España. "Emecé Argentina" la edita en el año 1955. Su título: "Sin Camino". Es una novela atormentada y arrogante que desmenuza la conciencia humana enfrentada con una vocación religiosa equivocada, con la indecisión ante una pesada responsabilidad. Si medimos la importancia de una obra por los comentarios y la pasión que suscita "Sin Camino" es, sin duda una de las pocas novelas valerosas de la última década española.

Su último libro es "El Vengador", con el que ha superado el bache en que se hallaba la novela española actual ante el fracaso de olvidar los rencores de la guerra civil; rencores y odios no ya de tipo político, sino resultantes de la tortura moral que comparte siempre una guerra fratricida.

La inquietud de Castillo Puche aflora, pues, en esta tarea de desentrañar las pasiones y los problemas del hombre de nuestro siglo para mostrarnos un retrato, lo más aproximado, del mismo; sin concesiones... sin crueldad.

Ahora, Castillo Puche recorrerá, en pocos meses, buena parte de la América Hispana con la intención de ponerse en contacto con los escritores más representativos de los países hermanos. También para conocer con sus propios ojos (los ojos del novelista son como objetivos fotográficos en perpetuo funcionamiento decía Blasco Ibáñez) la realidad de América. Acaso de esta experiencia salga otro libro que cubra una nueva etapa de su camino hacia lo eternamente universal.

"TRES ELEGÍAS A MI PADRE" DE MARTELL

POR

MATILDE ELENA LOPEZ

CON bellas ilustraciones del pintor cuscatleco, Camilo Minero, ha publicado la Dirección General de Bellas Artes de El Salvador, las TRES ELEGÍAS A MI PADRE de Ricardo Martell Caminos. La presentación de la obra, al cuidado de Luís Gallego Valdés y Danilo Velado, merece especial mención ya que es un buen acierto de editores.

La obra de este joven poeta, merece ser estudiada detenidamente. Aunque un estudio serio lo dejemos para más adelante, haremos unas breves consideraciones sobre las Tres Elegías a Mi Padre. Hay evidentemente aciertos estéticos indiscutibles. Una bien sostenida inspiración mantiene la emoción del poema vertebrado a través de evocaciones de fresca e ingenua sencillez. Hay metáforas e imágenes bien logradas, felices aciertos de la expresión creadora y una búsqueda del equilibrio entre el viril sentimiento que se atempera en la intuición poética.

En la segunda elegía, donde la evocación infantil da paso a un sentimiento de nostalgia varonil apenas contenido, el poeta se encuentra plenamente. En la primera elegía, el artificio de encerrar el recuerdo del niño en las medidas rítmicas del endecasílabo, mantiene rígida la expresión poética. Se comprende que el poeta maneja bien el verso, se escapan algunas buenas imágenes, pero no se llega a logros estéticos como en la segunda Elegía, donde olvidada la medida, el sentimiento busca una intuición donde expresar su caudalosa emoción:

*Ayer no más, oh padre! te narraba
algo de negras lunas y espinas.
De un constante badajo
golpeando mis segundos
y mis días.
Ah dolientes imágenes siguiéndome!
Puñales de memorias!
El crujiente ataúd bajo la tarde
cayendo entre rocíos y zenzontles.*

Un verdadero triunfo de la poesía es la Segunda Elegía. La reflexión sobre la muerte, el recuerdo todavía candente y doloroso, el viril sosiego que busca resignarse, y el encuentro definitivo con el padre, en la madurez del hombre que se apoya en el recuerdo:

Aquella tumba
es polvo solamente.
Yo lo sé.
Comprendo tu partida necesaria
para tornar definitivamente.
Hoy somos más que nunca inseparables.
Estás aquí.
Me dice tu presencia
esta suave alegría que me llena
cuando desde la sima del orgullo
anhelo una señal que me levante.
Alzo mi mano en busca de tu mano
y, de momento,
comprendo la verdad de mi estatura,
siento el costado limpio
y una luz buena
me acaricia las sienes fatigadas.

Verdaderamente está bien realizada la segunda Elegía. En la primera, el afán formal resta espontaneidad al sentimiento, y la evocación narrativa si bien logra buenas imágenes, son buenos recursos del poeta, pero no se desencadena la emoción con la fuerza arrolladora de la segunda Elegía. A veces la inspiración logra elevarse en un suave lirismo evocador:

*Ahí quedaba tu hijo
entre un negro follaje de sotanas
temblando en alta noche cervatillo.*

Hay elegancia armoniosa en el juego de imágenes que sigue después, en el dibujo emocionado del padre, inclinado sobre la tierra como en el cuadro clásico de la Oración por Todos:

Por él te vió la aurora sobre el surco
sembrando el corazón en cada trigo.
Por él te vió la tarde de regreso
la faz sonriente y el puño adolorido.
Por él las altas rosas de la noche
volcaron sus campanas de rocío
sobre tu ardiente sien esperanzada
frente a las celosías del destino.

Constante luna prolongó tu sombra
de roble pensativo.

.....
Tu sombra de indefenso crucifijo.

La segunda Elegía nos demuestra la calidad poética de Martell Caminos, su admirable originalidad y fuerza expresiva. En la tercera Elegía, el diálogo se mantiene tenso, vibrante, ya sin preocupaciones formales, en-cabalgando una intuición sobre otra Intuición, en preguntas dramáticas que se elevan como imprecaciones donde cabe la dolorosa queja de Job:

—Dónde tu noble gesto,
tu inconfundible, tu calmado
modo de hablar y sonreír?
—Dónde la luz de tu pupila, en tanto
iba mi corazón
desmemoriado
por senderos nocturnos,
desolados,
entre árboles inmóviles,
de copas yertas y dormidos pájaros?

—Donde
mientras mis manos
buscaban, desgarradas, la salida
de los secretos túneles del llanto?

Las imprecaciones de la Tercera Elegía, nos muestran claramente las grandes posibilidades dramáticas del autor, que recurre al diálogo y sabe mantener o con tensa emoción.

Casi todos los poetas que han cantado la muerte de su padre, han seguido los acentos desolados y reflexivos de las célebres coplas de Manrique. El Viento Negro de César Brañas, de indiscutibles calidades en la lírica centroamericana, no se sustrae a la influencia del gran poeta español. Cabe pues, señalar en Martell Caminos, un dominio de sus propios recursos y la búsqueda original de una expresión poética donde volcar su elevado sentimiento lírico.

**LOS INDIGENAS AMERICANOS EN UNA NUEVA
CLASIFICACION BIO- TIPOLOGICA, SEGUN
DICK EDGAR IBARRA GRASSO.**

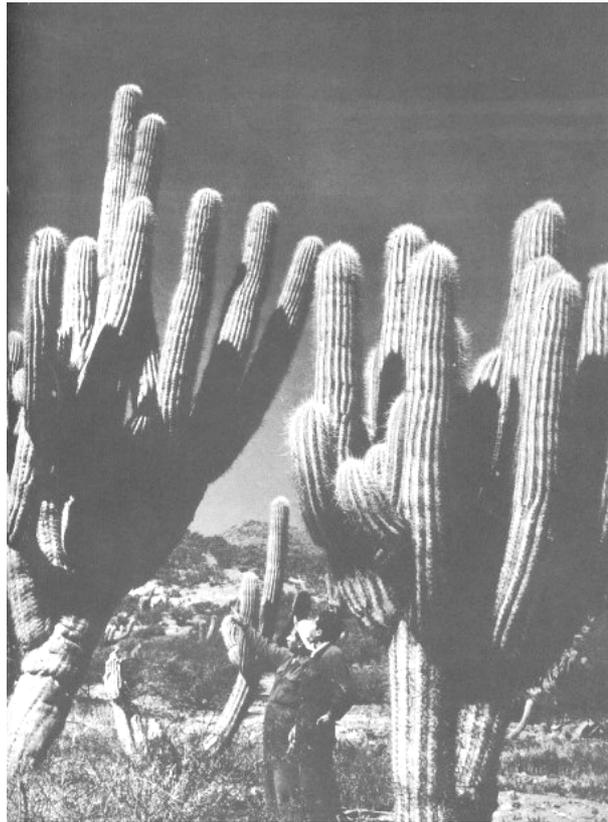
POR

SANTIAGO GENOVES T.

SUCEDE cada día con más frecuencia que los campos de especialización requieren que el científico se dedique a ellos con mayor asiduidad y tenga que reducir sus conocimientos, incluso de otras ramas del mismo campo, a lo más rudimentario. Así, solo en ocasiones muy excepcionales un cirujano, pongamos por caso, especializado en vías digestivas, se atreverá a hablar con autoridad y conocimiento de la secuencia ontogenética del ectodermo, también por ejemplo, a menos que haya realizado estudios especiales en dicho campo; y todo es Medicina. Si se trata de campos diferentes, el riesgo es mucho mayor, y repito, excepto, claro está, en casos excepcionales, y el arqueólogo Ibarra Grasso, por desgracia, no se encuentra entre estos.

Es una pena que un arqueólogo de reconocido mérito pierda el tiempo, y lo haga perder, en abstracciones y divagaciones que hacen palpable su falta de conocimiento de amplias secciones de la Antropología Física y que por lo tanto, su labor y conclusiones no posean absolutamente ningún valor.

Se lanza el arqueólogo Ibarra Grasso a una nueva clasificación bio-tipológica, alegando que el concepto de raza es muy estrecho, que basarse en el color de la piel, la anchura de la nariz, las características del cabello, o los grupos sanguíneos no tiene ningún valor; transcribimos: "sencillamente hay que aprender a ver, y viéndolos, distinguir a los tipos" (p. 48). Esto es, no se nos dice de manera ni medianamente detallada, cómo lograr uniformidad entre investigadores, por qué proceso se llegó a las conclusiones dadas, en qué grupo se han basado sus observaciones. Nada, solo así, "viéndolos". El concepto de raza que el arqueólogo Ibarra Grasso proporciona, es ciertamente muy estrecho, y al criticarlo, desconoce que esas normas se usaron hace ya muchos años. En la segunda declaración del concepto de raza publicada por la UNESCO, se aprecia que las cosas han cambiado bastante y que se utilizan hoy las características de piel, cabello, cráneo, ojo mongólico, longitud relativa de los miembros, etc., etc" sólo en la medida en que nos son útiles. Es pues supérfluo criticar, como lo hace el arqueólogo Ibarra Grasso nociones del concepto de raza que ya nadie utiliza. A este respecto podría consultar con provecho trabajos recientes de Comas o Trevor, evitándose así confundir dos conceptos, el de raza y el de biotipo, que pueden no tener, y en general no tienen nada que ver, ya que el primero es un concepto —más o menos elástico— extraído de un grupo, y el segundo se funda y aplica al individuo. El arqueólogo Ibarra Grasso los confunde y mezcla a lo largo de su trabajo.



Cacto gigante que en ciertas zonas de Bolivia sirve de techo y mobiliario a los pobladores.

FOTO ALBERTO TARDIO

Propone el autor cuatro grupos fundamentales: mujeroide, machoide, hembroide, feminoide. Dart, propuso no hace mucho algunos nombres —que de paso suenan mejor al oído— como gerontomorfo, pedomorfo, androide y ginecoide, al tratar de dilucidar los orígenes y afinidades raciales de algunos grupos bantues y bosquimanos, encontrando inmediatamente una fuerte crítica a sus designaciones ya que traen a la mente implicaciones de edad o sexo que nada tienen que ver con las afinidades raciales, y además no es lo mismo un tipo androide masculino (que en el fondo es una redundancia) que un androide femenino, y sabemos, entre otros, por estudios en la pelvis —en donde se han usado y usan mucho las palabras androide y ginecoide en relación a la forma del estrecho superior— que las diferencias no son tan notables ni del género que se pensaba hace ya algunos años si se comparan estratos socio-económicos semejantes. En fin que el problema de la simple designación es mucho más complejo de lo que el arqueólogo Ibarra Grasso cree. (*Ver Krukierck, Amer. J. Phys. Anthropol., 1955*).

El punto de partida es que "deben existir unidades de herencia fundamentales que determinan la formación de individuos de los tipos F Y H". (pp. 48-49), dice el arqueólogo Ibarra Grasso. Preguntamos: ¿En qué estudios, o experimentos serios en el campo de la Genética se basa el autor para semejante afirmación en la que quiere fundar su clasificación? Por lo que se dice en el trabajo, en ninguno.

Leemos (p. 47), que "en las clasificaciones bio-tipológicas por regla general no se admite la existencia de mestizos, cada individuo viene a ser puro en su tipo constitucional". De nuevo se ha quedado atrás en algunos años y aunque indica "por regla general", en el resto del texto implica el autor que ello es lo excepcional en las clasificaciones. Cierto, si se refiere a las que estaban en boga hace ya muchos años. ¿Desconoce el autor las clasificaciones de Viola, de Barbara, de Kretschmer? Por lo visto sí. Sheldon, cuya clasificación no es necesariamente la más aceptada, llega a dar, vaya como ejemplo, 343 tipos teóricos, de los que él ha encontrado 76.

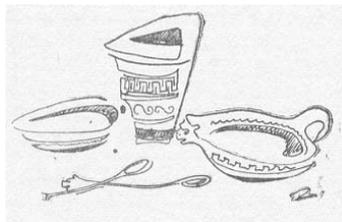
La clasificación del arqueólogo Ibarra Grasso es para vivos, esto es, somatológica; no obstante el autor empieza definiendo su primer tipo: "Los F medios (feminoídes) se caracterizan por una constitución corpórea que es siempre más delicada o grácil que la de los H; sus huesos son más delgados, etc., etc." (p. 49, subrayado mío). Se necesita poseer una visión radiográfica para hablar así.

En otra parte dice, (p. 50) "Los individuos F, siempre guardaron la proporción del desarrollo expresado por los números del tipo contrario, tiene siempre una mayor agilidad mental, mayor rapidez del pensamiento". (Subrayado mío). Unos renglones más arriba nos acaba de decir, (p. 49) "lo necesario para distinguir los tipos es examinarlos directamente bajo una guía personal, ya sea en persona o en un número suficiente de fotografías, que son más útiles cuando los individuos pertenecen a distintas razas", (Subrayado mío). Quisiéramos saber por qué métodos se vale el autor para establecer un criterio con fotografías tomadas por diferentes investigadores, pero lo más interesante nos parece, valiéndose de fotografías, poder establecer criterios sobre carácter o agilidad mental como los que hemos transcrito de su página 50.

Hay muchos tópicos en Antropología Física, que están a discusión, sobre los que diferentes escuelas o autores mantienen, dando sus razones, posiciones diferentes. Sin embargo, no creo exista un solo antropólogo físico, y desde luego ningún palaeoantropólogo calificado, que comparta la siguiente afirmación del arqueólogo boliviano: "Las formas clasificadas como inferiores se interpretan como la supervivencia actual de formas humanas muy primitivas: los tipos de cráneos del hombre de Neanderthal son H y una gran proporción de la población actual del mundo es considerada como directa descendiente de ellos, sin evolución en la unidad básica de herencia. (Subrayado mío). Esto era insostenible hace ya muchos años, y absurdo ahora.

Transcribo de la página 53: "De los pocos datos que tenemos sobre paleoantropología de Asia, los dichos de la cueva de Chu-ku-tien; nos muestran ambas formas; el cráneo masculino es H, y el cráneo "esquimoide" de la mujer 103 netamente F". Mi comentario es: Pobres Weidenreich, D. Black, Pilgrim, Teilhard de Chardin, Dubois, von Koenigswald, Pei, etc., etc.

No creo sea necesario proseguir. Es este un estudio de los que en realidad ameritan una crítica detallada y por lo tanto de los que nada dicen en favor de su autor ni de quien lo publica.



BOLIVAR Y BENTHAM

POR

SIXTO MONTERO HOYOS

HACE algún tiempo visité en su residencia de Santa Fé al ilustre tratadista argentino Dr. Salvador Dana Montaña —uno de los cerebros más fecundos de las ciencias del derecho americano— autor de más de cuarenta tratados sobre Derecho Público Constitucional y profesor en la Universidad del Litoral. En nuestras charlas, que se realizaban justamente en su extensa biblioteca, tocamos sus recopilaciones históricas sobre la correspondencia del jurisconsulto inglés Jeremías Bentham con el Gral. Rivadavia, y le dí mis puntos de vista considerando de mayor interés los vínculos de amistad de ese tratadista clásico con Simón Bolívar,

principalmente por la influencia de la filosofía benthamista en la vida pública del Libertador. Quedó extrañado al escuchar por primera vez estas referencias, que yo conocía por varios autores americanos, compiladores de los documentos sobre esa estrecha amistad.

El motivo de esa charla con el ilustre profesor argentino, es origen de este pequeño opúsculo dedicado a honrar modestamente la memoria del gran prócer de nuestra independencia.

Tratar de encontrar paralelismo entre un militar y un abogado, sería tarea que constituya simplemente un caso de antinomia; más claramente, un anacronismo en el medio sudamericano, donde reinó el extenso período de motines y sediciones, de golpes de audacia y asaltos al poder, unas veces empuñando la espada en batallas campales, otras la pistola en duelos colectivos, y en oportunidades esgrimiendo el fusil en encrucijadas macabras, como la de Berruecos. Todo eso llevado a cabo con absoluto desconocimiento de la ley, los derechos de la persona humana y los principios básicos de la Constitución.

Constituye una verdad axiomática, casi sin excepciones, señalada en los caminos recorridos por el peregrinaje histórico sumado a las experiencias de la propia psicología humana, el antecedente de que en el pasado hubo una barrera infranqueable entre el abogado y el militar. El militar tuvo siempre un profundo desprecio por el abogado, considerándolo el fantasma de sus arbitrariedades y sus inconsultas órdenes de mando. El abogado a su vez vió siempre en el militar el símbolo del abuso y de la violencia destructores del derecho y la ley. Basta recordar la expresión de Guillermo II, emperador de la Alemania de la primera guerra mundial. "En la guerra —decía— la ley y el juez se callan la boca hasta que la victoria les permita hablar".

Los motivos de esta profunda separación son explicables. El rumbo trazado por estas dos carreras es diametralmente opuesto. El militar recibe una educación preparatoria para la guerra, que es el aplastamiento de todo derecho y todo sentimiento humano. El abogado, por el contrario, es educado en el respeto a la ley y su aplicación a la cultura jurídica, por encima de toda violencia. Naturalmente que en la actualidad se procura remediar esas asperezas elevando a dos profesiones honrosas, para que busquen paralelamente las garantías del derecho y la justicia social, dando a las escuelas militares y a las facultades de derecho una base rigurosamente científica, identificándolas entre si y creando la paridad de su enseñanza socio-filosófica.

No obstante estos curiosos antagonismos, la historia nos enseña que las glorias más enaltecedoras que tuvieron los genios de la guerra, se apoyaron en la paciente labor de los jurisconsultos. En otros términos, la mejor defensa de la espada fue hecha por los profesionales que dominaron la discriminación jurídica y crearon la ley codificada. Son innumerables las reminiscencias de tiempos pretéritos que prueban elocuentemente estas verdades. Concretamos algunas referencias traídas como ejemplo de lo que afirmamos.

Entre esos ejemplos señalamos en primer lugar las Institutas del Emperador Justiniano, que se hizo llamar el Grande. De acuerdo con su mujer Teodora, antigua prostituta del **embolum**, acordó dar al Imperio Romano un código con todas las leyes que regían la vida institucional en la extensión de sus dominios. Tres jurisconsultos y filósofos, siendo el más esforzado Teófilo, confeccionaron las Institutas, las cuales, junto con el Digesto, fueron promulgadas el 30 de diciembre del año 529 de nuestra era.

Son las Institutas de Justiniano, una compilación que tiene un acentuado aroma de romance y de leyenda. En ellas se entremezclan y hasta confunden los preceptos de las leyes, con una redacción de estilo de brocado; esto es, una mezcla de consejo y de parábola. Su contraste es fundamental con la crueldad feroz de Teodora y el temperamento egoísta y traicionero de Justiniano, no reflejando más que el sentimiento profundamente humano de los estudiosos que las compilaron. Es así que la última compilación legal preparada en el período de plena decadencia del más grande imperio de la antigüedad, encargada de perpetuar los puntos básicos de su brillante legislación, debió recibir el nombre del emperador que gobernó desde Constantinopla, olvidando y hasta menospreciando a Roma, que fue la cuna del mundo, con sus jurisconsultos y sus oradores. Ni siquiera los tres filósofos juristas que redactaron las Institutas recibieron la limosna de figurar en la historia. Sólo quedó perpetuado el nombre del militar que gobernó el Imperio y que concluyó su dominio pagando fuertes tributos a los bárbaros invasores para evitar momentáneamente la destrucción que se consumó algunos siglos después.

Vemos un segundo ejemplo en éste orden dos siglos después de Justiniano, con el conquistador de la Península Ibérica, Alarico el Implacable. Fue éste quien mandó conjuncionar las leyes romanas que vigoraban el reino que había conquistado. Los jurisperitos que trabajaron en esa obra tomaron como base las enseñanzas de Séneca, el gran tribuno romano que nació en España, donde su memoria perduró por muchos siglos. El código así confeccionado fue llamado Breviarium de Alarico, y sus bases sirvieron más tarde para redactar el Fuero Juzgo. Sus autores se perdieron en el anonimato como todos los técnicos del derecho que se pusieron al servicio del dominador guerrero.

El ejemplo más elocuente en este orden se encuentra en los tiempos modernos con Napoleón Bonaparte. Sintió profundo desprecio por los abogados. Jamás les concedió, siquiera a limosna, una modestísima distinción, como lo hacía a manos llenas con sus generales, a quienes cubría el pecho con medallas y títulos nobiliarios. Sin embargo, fueron los abogados franceses quienes se encargaron de perpetuar su nombre y dar al corso la gloria inmortal que no perpetuaron sus victorias y batallas. Esa gloria, inmaculada y perpetua, fue el código civil que lleva su nombre y que fue seguido de otros, como el Procedimiento Civil, el primero promulgado en 1804 y el segundo en 1806.

La efímera dominación napoleónica concluyó en Waterloo, su brillo guerrero se eclipsó en Santa Elena, y la espada fulgurante que le dieron sus generales, dejó de brillar en la derrota con la misma facilidad con que éstos desaparecieron del escenario social. No obstante, los juriscultos quedaron encargados de perpetuar su nombre; ellos, que fueron despreciados, que jamás fueron acreedores a una frase de estímulo y que trabajaron intensamente para construir la obra arquitectónica de los códigos que no destruirían los siglos, porque forman el edificio donde debe officiar el derecho, que es imperecedero.

Napoleón Bonaparte comprendió que, ceñido de una corona imperial, debía dictar reyes y formular códigos. Constituyó una junta de juriscultos con el nombre de Comisión del Tribunado, que presidía como su jefe nato. La disolvió varias veces, siempre que la dignidad de sus miembros se oponía a dar paso a sus propuestas cuando significaban una aberración de los postulados esenciales del derecho. Como fruto y conclusión de esa obra surgió el código civil llamado Napoleónico. Los nombres de esa pléyade de juriscultos se han perdido en el anonimato y ha sido completamente olvidada. Como un homenaje a ellos, recordamos los nombres de los miembros más prominentes de la Comisión del Tribunado. Son ellos: Perreau, Roujoux, Simeon, Duvetier, Andrieux, Hugut, Duchesne, Constant, Caillemer, Sedillez, Grenier, Parent-Real, y muchos otros que integraron la Comisión en sus diferentes convocatorias.

En el medio boliviano encontramos también casos de esa exaltación por apoyar en el trabajo de los juriscultos el brillo de las acciones guerreras, en grado que bien podíamos calificar de manía codificadora. La señaló enfáticamente el Gral. Andrés de Santa Cruz después de sus victorias para establecer la Confederación Perú-Boliviana. Como Napoleón Bonaparte, organizó una comisión de juriscultos que le redactaron un conjunto de códigos, siendo llamado el principal Código de Procederes Santa Cruz. A decir de René Moreno, (en su obra Bibliografía Peruana-Boliviana) "fue una copia garliparlera del Código Civil Francés".

(Los comentarios de esta compilación están contenidos en la obra "Derecho Procesal Civil" editada en Santa Fé, del autor de este artículo).

El destino de los Códigos de Santa Cruz no fue muy feliz. A los seis años de estar en vigencia sobrevinieron la derrota de las armas, la deposición del poder, y el Parlamento constituido, al exaltar a otro presidente, dictó una ley derogando los mencionados códigos. Conste que el Gral. Santa Cruz consideró sus códigos la gloria más pura que había dado a la América, aunque sin rivalizar con la sublime proyección de la amalgama de dos naciones, que hubieran formado una entidad poderosa antes de debilitarse en sucesivas desmembraciones territoriales.

En los códigos de Santa Cruz tampoco se mencionan los nombres de los que intervinieron en ese trabajo, que por más que hubiera sido una copia servil de los franceses, constituyó la

paciente labor y esmerada glosa de reunir las leyes de la Colonia, armonizándolas con las arcaicas compilaciones de la metrópoli, como las Siete Partidas, y las modernas del tipo renovador de las leyes de la Revolución Francesa.

Sería largo historiar sobre la multitud de casos que nos presenta la vida de los pueblos sobre la forma en que actuaron los jurisperitos en el afán de perpetuar la gloria de los genios de la guerra, concediéndoles la inmortalidad que les negó la suerte de las armas, aureolándolos sólo con el brillo efímero de la victoria. Dejemos pues estas menciones, para enfocar el tema de esta charla que, como hemos dicho, comprende una ligera sinopsis de dos vidas cuyos destinos creemos que siguieron un curso paralelo.

Bolívar y Bentham son dos predestinados, correspondientes a dos tipos humanos situados como antípodas en sus profesiones, sus sentimientos y el modus operandi de sus trayectorias en el medio en que les tocó actuar. Procuremos rememorar la vida de estos dos genios que trazaron para la Humanidad surcos indelebles hacia la canalización de trascendentes transformaciones pragmáticas y doctrinarias, determinadas y elaboradas en sus fecundos cerebros.

Son sorprendentes los puntos de contacto que tienen estos dos predestinados: Bolívar militar, Bentham **abogado**.

Hasta sus nombres de pila significaban una disparidad con los rumbos que a cada uno trazó el destino. Bolívar se llamó Simón, pero no arrastró cruz ni se conformó con el papel secundario de ayudar a cargarla. Bentham se llamó Jeremías, pero tampoco desempeñó el papel de la tristeza llorona, sino que su doctrina jurídico-filosófica lo elevó por el camino del optimismo en grado superlativo.

Jeremías Bentham nació en Londres en 1748. Simón Bolívar en Caracas en 1783. Determinan ambas fechas una diferencia de treinta y tres años de edad.

Cuando Bentham brillaba como astro de primera magnitud entre los intelectuales de Europa, principalmente en las discriminaciones e interpretaciones del derecho, Bolívar era apenas un adolescente que procuraba formar su personalidad en los viajes y el trato de los hombres destacados del viejo mundo.

Sin embargo, estos dos genios situados en sitios tan opuestos, se acercan, se compenetran y cultivan el precioso tesoro de la más generosa amistad. Acompañado de su maestro don Simón Rodríguez, Bolívar visitó a Bentham en su lujosa residencia de Londres a mediados de 1805, esto es, en el segundo y último viaje que hizo a Europa. No hay referencias sobre los detalles de esta visita, pero es de suponer que la presentación se hizo en la Logia Lautaro, a la que ambos pertenecieron. Surgió desde ese momento una simpatía extraña entre ambos, y así fue cultivada una amistad que duró por quince años. Fue en la misma forma que el gran jurisconsulto inglés se unió a la amistad del Gral. Rivadavia, otro de los próceres de la independencia americana.

Con estos primeros datos, ingresemos a establecer el paralelismo entre estas dos vidas. Desde luego, causa admiración la identificación de caracteres psicológicos entre estos dos predestinados a los que el destino trazó derroteros tan opuestos en los caminos de la historia.

Bentham se eleva sobre una filosofía jurídica que creó, y la cual no pudo sostener en su tiempo Juan Jacobo Rousseau sobre bases de racionalismo. Se negó a incursionar sobre ideas metafísicas, para lanzar su teoría hedonista sobre el problema del Estado. Su base primaria consistió en hacer de la ley un campo de experimentación técnica y de tutela estatal. El corolario de sus premisas está contenido en esta conocidísima frase: "la medida de lo justo y de lo injusto, consiste en la mayor dicha para el mayor número". Expresa en ésta otra lo que sigue: "la naturaleza ha colocado a la Humanidad en medio de dos señores soberanos, el placer y el dolor. A ellos solos corresponde determinar lo que debemos hacer, así como lo que haremos. Ellos gobiernan todo lo que hacemos, lo que decimos, lo que pensamos; todo esfuerzo que podemos hacer para libertarnos de sus dominios, sólo servirá para demostrarlo y confirmarlo".

El derecho natural del hombre bajo la premisa benthamista, no radicaba en bases contractuales, ni en lo que se considera innato en su propia naturaleza, como fue concebido por la teoría roussoniana, sino en lo que puede hacerse para servir a la felicidad social, esto es, al mayor número: Con sus preceptos hizo conmovirse los fundamentos de las leyes medioevales, que vivían como un xipófago con tres cabezas, que eran la codificación romana, la germana y la canónica. Entre sus mayores innovaciones dentro de la dogmática jurídica, estuvo el lanzar las bases teológicas de la prueba, en su enunciado, su crítica y sus categorizaciones. La noción de la prueba preconstituída, para elevar la razón de ser de los juicios solemnes u ordinarios de puro derecho, con base en la acción declarativa, es una de sus más elocuentes creaciones. Nos privamos de extendernos en esta materia, por no alejarnos del tema de nuestra charla y porque la tratamos extensamente en nuestras lecciones sobre Critología en el Derecho Procesal Civil en actual estado de impresión.

Bolívar forma su filosofía por un supremo desprecio hacia la ambición personalista de Napoleón Bonaparte. En las aulas del más enaltecido desprendimiento, llega a la cumbre de la inmortalidad donde jamás llegó el corso, vencido y aplastado por las armas del enemigo coaligado. No fue un legislador profesional ni se preocupó de dar su nombre a los códigos que forjó para la constitucionalidad de sus mandatos dictatoriales.

Sin embargo, Bolívar forjó admirables constituciones políticas adaptadas al medio ambiental de las distintas naciones que libertó. En esas Cartas brilla con luz inextinguible la fórmula republicana con base rigurosamente democrática, Ese fue el único sistema filosófico-jurídico que admitió para aplicar la doctrina banthamista de dar "la mayor felicidad al mayor número", Su lema inmortal fue: "huid del país donde un solo hombre ejerza todos los poderes, porque es un país de esclavos".

En cuanto al sentimiento religioso, esto es, la interpretación de las ideas deíficas, hay también puntos de contacto que identifican a los dos genios.

Bentham fue un enérgico anticlerical. Acusó al fanatismo religioso, que todo lo había absorbido, como causa fundamental del atraso del derecho y de la incapacidad de los códigos para servir al bienestar de la humanidad. Sin llegar al ateísmo, criticó cáusticamente a varias instituciones de orden jurídico-procesal y con bases estrictamente teogónicas. Donde principalmente concentró sus críticas fue en el juramento, como institución creadora de prestaciones contractuales y obligacionales, amén de su carácter indestructible, solemne y decisivo en las relaciones humanas. Acusó al juramento de ser "una gran audacia y una gran tontería".

Bolívar sintió desde sus primeros estudios una profunda inclinación hacia una filosofía iconoclasta, contribuyendo sus lecturas de los escritores en boga en su época, principalmente Voltaire, el Barón de Holbach y los iniciadores y sostenedores de la ideología naturalista, aumentada con el positivismo de Augusto Comte, que alcanzó gran influencia en los círculos intelectuales de América Hispánica. No sintió ningún apego por la cerrada intolerancia del clericalismo, elevada sobre el trínomio de las tres "santas": Santa Iglesia, Santa Cruzada y Santa Inquisición.

Una anécdota referida por sus biógrafos, demuestra la manera de pensar que tenía Bolívar sobre cuestiones de religiosidad. De visita en Roma, se encaminó al Vaticano acompañado del austero y encofetado embajador español. Ante la presencia del Papa se negó a inclinarse para besar el anillo, y a los gestos y la cólera del diplomático que no podía concebir tanta audacia en un mozalbate, y que hacía multitud de genuflexiones para señalarle la obligación de inclinar la cerviz, se dejó escuchar la voz conciliadora del pontífice quien dijo: "dejad que haga lo que entienda el joven indiano, porque no tiene nuestras costumbres". Y cuando fuera del recinto el colérico embajador interpela al joven Bolívar, éste da por toda disculpa la siguiente respuesta: "yo no besaría jamás el anillo de un hombre que lo lleva pegado a los pies".

No obstante sus tendencias de librepensador, debe advertirse que Bolívar, que llevó victoriosa en cien batallas su espada, comprendió con clara inteligencia que ellas no eran suficientes para derrotar al fanatismo impuesto por España en tres siglos de dominación y dejado como funesta herencia. Por eso, en las constituciones políticas que otorgó a las cinco repúblicas libertadas por su tesonera lucha, nunca olvidó el precepto de que "el Estado reconoce como religión oficial, a la católica, apostólica y romana".

Veamos al aspecto familiar. A ambos, genios los igualó la cuna. Bentham nació en un hogar rico y al seguir la profesión de su padre, un abogado de alto prestigio, aprovechó de sus rentas para no preocuparse en la lucha por la vida, y dedicarse por entero a los estudios que fueron su preocupación y a legar el patrimonio de sus meditaciones. Bolívar, que nació en un hogar aristocrático, quedó huérfano en su infancia, y heredero de una cuantiosa fortuna en Venezuela, que le abrió las puertas hacia una esmerada educación. En España, en los establecimientos donde se educaban los nobles castellanos, desde el futuro rey, pudo ampliar sus amistades, estudiar la psicología de la metrópoli, y cultivar la amistad de la generación de su época.

En la vida psicogenética tienen también estos dos genios admirable paridad. Bentham conservó el celibato hasta su muerte, pero vivió fiel a la atracción de una amante que llenó su existencia, y nunca se separó de ella, consumando así un matrimonio celibatario bendecido por la más grande comprensión.

Bolívar fue casado a los veinte años con María Teresa Rodríguez de Toro y Alaiza, de dieciocho años y de igual procedencia linajuda. Su matrimonio solo duró pocos meses, porque la tierna esposa cayó fulminada por una fiebre maligna que destruyó en pocos días su adorable cuerpo de adolescente. Durante el resto de su vida no volvió Bolívar a contraer nuevas nupcias, por conservar fidelidad a la memoria de María Teresa. Sin embargo, en medio de una intensa vida de aventuras amorosas, dos amantes predilectas colmaron su sensibilidad romántica en sucesivos periodos de su vida. Ellas fueron Fanny Dervieu de Villars y Manuelita de Thorne. Conoció a la primera en París y a la segunda en Quito. Aquella iluminó el sendero de sus ambiciones, forjó su alma de guerrero y lo inició, con su portentoso talento, en las elucubraciones científicas. La segunda, que conoció en pleno desarrollo de la inquietud de sus campañas, compartió su lecho por varios años, y su temple varonil le sirvió de escudo contra la asechanza de los demagogos que armaron los planes de la traición que una noche invadió su casa y le hubiera dado muerte sino es que Manuelita, con serenidad y valentía, salta de su lecho y se enfrenta con los asaltantes mientras el Libertador se ponía a salvo, corría al cuartel y debelaba el movimiento traicionero.

Hay entre los dos genios un detalle revelador que hace pensar en la superioridad espiritual del guerrero sobre el jurisconsulto. Es que Bentham, habiendo sido de una arraigada convicción monarquista, dió a sus doctrinas un vuelco de conversión transformándose en acérrimo partidario del régimen republicano. Bolívar, por el contrario, desde su juramento de libertar la patria, hecho en el Monte Sacro, fue republicano y con la fe de su credo político ejecutó su obra y llegó hasta la tumba.

La más elocuente referencia de estos detalles está contenida en la carta de 13 de agosto de 1825, una de las más importantes que forma el legajo de correspondencia que mantuvieron ambos genios a través de los quince años de su inquebrantable amistad. En ella Bentham subraya dos vocablos que emplea como base de su fe democrática republicana. Son codificar y codificación, a manera de consejo sobre lo que debe arquitectarse después de la victoria en los pueblos libertados.

No queremos privarnos de dar a conocer algunos de los hermosos párrafos de esa histórica carta. Dice uno de ellos: "Las cosas extraordinarias que deben suceder deben ser hechas por hombres extraordinarios. Por ejemplo, bajo la dirección de usted, deberá hacerse ese sacrificio tan indispensable para un buen gobierno. Por sacrificio entiendo reducirse al mínimo, en vez de aumentarse al máximo, la acumulación de beneficios que obtienen los poderosos junto con sus aliados, las clases opulentas en detrimento del resto".

De las elocuentes frases que acabamos de leer, se comprende que Bentham anhelaba para las jóvenes repúblicas americanas, la educación igualitaria bajo la sólida base de la felicidad del mayor número, no concibiendo otro régimen para crear esa igualdad, que el de la república. Bolívar nunca se separó de los consejos de su fiel amigo. Por eso, en más de una oportunidad, cuando sus generales le instaban a imitar a Napoleón proclamándose emperador, tenía una invariable respuesta que es tenida como un testamento por las naciones hispanoamericanas. Decía: "el título de Libertador es el primero entre todos los que ha recibido el orgullo humano; por tanto, me es imposible degradarlo". Degradación era para el gran genio americano substituir el título de Libertador por el de emperador, porque aquel era la exaltación de lo divino, mientras que éste no atravesaba los dinteles de la efímera vanidad.

Presentemos por último a los dos genios, el uno de la guerra y el otro del derecho, dentro del medio sociológico y del ciclo vital en que les tocó actuar, donde también presentan un asombroso paralelismo.

Jeremías Bentham se desarrolló en la vieja Europa, durante una época de caos y decadentismo, no sólo en el orden político, sino legislativo, judicial y social. Tiene que enfrentar con sus doctrinas un ambiente donde se imponen los intereses creados en torno de monarquías decrepitas que ostentan la pomposidad de un absurdo derecho divino y absolutista. El medio donde germinarán sus ideas es el mismo donde se sostiene a reyes de cerebros mediocres o paranoicos, castas nobiliarias corrompidas y ociosas, legiones de hidalgos semianalfabetos, cobardes y rastreros, que humillan al pueblo, explotan su trabajo en forma de servidumbre odiosa y son incapaces de advertir la tormenta que se avecina, con esa plebe que se prepara para dar el asalto al poder y la reivindicación de los derechos del hombre.

Vivió Bentham en ese periodo en que estaba extinguiéndose el feudalismo para dar paso a los tiempos contemporáneos. Era el tránsito de lo arcaico, representado por la caballería andante de Don Quijote en la España decadente, en tránsito hacia la búsqueda de la luz para encontrar nuevas corrientes filosóficas y armar a la humanidad con el aprovechamiento del neo-mecanismo. Eran los tiempos de la aparición de Shakespeare en una Inglaterra que lo avasallaba todo, desde la destrucción de la Invencible Armada, implantando la institución de la piratería como profesión nobilísima, en su inquebrantable decisión de dominar los mares y circunvalar los continentes para levantar un imperio colonial en todo el mundo.

Entre las convulsiones de los regímenes absolutistas de las monarquías en descomposición, con reyes inútiles que ostentaban ridículas prerrogativas de mandatos divinos, debían sepultarse el fanatismo y la intolerancia, ambos en plena derrota, para dar paso a la marcha triunfal de la ciencia en plena inquietud investigadora y discriminatoria. Era la antesala de insospechadas transformaciones, el carro triunfal de nuevas corrientes doctrinarias y nuevas fuentes de investigación en los órdenes biológico, jurídico y por ende universal.

Bolívar actuó en el nuevo mundo, donde todo estaba naciendo, todo era promesa y todo se podía forjar si se poma en juego un cerebro de vidente y un corazón lleno de desprendimiento generoso. Su misión consistió en ser el iniciador de un nuevo proceso sociológico en un continente feraz, con incalculable potencial en todas las riquezas humanas naturales y encerrando en sus entrañas todo lo que el hombre puede apetecer para el progreso de los pueblos.

En su firme marcha de predestinado, forjó naciones, sobre la base de un tipo de raza que estaba en crecimiento, mezcla del nativo sobreviviente de los imperios destruidos, y de los conquistadores ibéricos; raza que necesitaba ser criada y educada bajo las orientaciones de los principios democrático-republicanos, esto es, de los derechos igualitarios de todo hombre.

Al imponer la fórmula republicana, Bolívar abrigaba la firme convicción de que servía los ideales de libertad. Es más, crear esa libertad como indestructible cimiento de la felicidad humana, que fue la concepción máxima por la que Bentham esquemó su trayectoria ideológica.

CONTRADICCIONES CULTURALES

POR

NICOLAS FERNANDEZ NARANJO

REDUCIDAS las cosas a su más verdadera y simple realidad, parecen existir en Bolivia dos presencias contrapuestas, perpetuamente incomprensibles la una a la otra; ésta, enigma para aquella, y aquella para ésta. Dos presencias que parecen excluirse mutuamente; irreductibles hasta hoy una a otra; cuya íntima y respectiva convicción pareciera ser que la una no habrá alcanzado su plenitud de desarrollo sino en la medida en que la otra —rival— haya desaparecido de su cercanía: se diría que en Bolivia, extensa tierra, no hay sitio para la coexistencia de ambas presencias.

Estas dos presencias son: la presencia del Indio y la presencia del No-Indio.

Para el primero, el No-Indio es un ente incomprensible. Piensa, actúa, vive, reacciona, —muere— de un modo que el Indio no alcanza a descifrar, mucho menos a interpretar ni adoptar. Si en su vocabulario existiera el concepto de "bárbaro" y su palabra correspondiente, los aplicaría sin vacilar a aquel. No por lo imponente, sino por lo efectivo todo cuanto hace el No-Indio no puede menos de causarle cierto estupor, o le impone silencio. Pero hasta ahora, y durante un tiempo que nadie puede alcanzar a prever, todo, desde la concepción del mundo, de Dios y del hombre, hasta los modos pragmáticos del vivir, del pensar, del amar, del odiar, del transcurrir en la existencia: todo, le quedó y le queda indescifrable.

Naturalmente, y no por reacción y réplica, para el No-Indio el Indio es un ente a su vez incomprensible. Tiene éste tales conceptos —y el No— Indio hasta llega a dudar que siquiera tenga "conceptos"— sobre Dios, el Mundo y el Hombre, que se hallan totalmente fuera del ámbito de ideas de aquel. Sus modos de vivir y pensar, muy semejantes, a juicio del No-Indio, a "modos de vegetar y de no-pensar", son irreductibles a los de su antagonista. Representa un "espíritu objetivo" y un aparato cultural recónditos e insolubles para el Otro.

Indio y No-Indio encarnan, pues, dos esferas independientes, irremediamente separadas, inconciliables. Basado, el primero, en concepciones mágicas, y el segundo, en definitiva; en el espíritu lógico de occidente, son dos tipos de humanidad que coexisten contradictoriamente sobre el mismo suelo. Se quitan mutuamente el oxígeno vital, se excluyen. Son dos fuerzas centrífugas orientadas cada una, según su propia dinámica vital, hacia polos opuesta mente situados.

Si el Indio guarda silencio indiferente ante las actitudes o logros de su antagonista, en cambio, para el No-Indio, aquel es un "ignorante", un bárbaro, y, en el mejor de los casos, "un niño" al que se trata de orientar y hacer llegar, con un poco de buena voluntad y otro poco de sentimentalidad, hasta la altura a que cree haber llegado el antagonista.

¿A qué se debe esta extraña situación? ¿Qué clase de incidencia representa en la edificación de una cultura boliviana? ¿Sus oposiciones polares son irremediables, y hasta qué punto? ¿Hay que destruirla? ¿Superarla?

Orgullosa de su "status" cultural, el No-Indio es proclive a no profesar otra cosa que lástima por el Indio, cuya "barbarie" le aflige. El es un Occidental, y sus reacciones están definitivamente incorporadas a la mentalidad de Occidente. Todo el sistema de valores a que adhiere le viene de esa procedencia. Acaso en mayor grado que sus hermanos de cultura, para el No-Indio se trata de un sistema de valores adoptados, recibidos por tradición y educación, pero de cuya íntima esencia no ha tenido, no tiene, y no tendrá posiblemente nunca la íntima vivencia, la auténtica espontaneidad, la captación directa y entrañable que sintió el hombre de Occidente en

épocas pasadas. En arte, en política, en religión, en ciencia, en costumbres y modas, todo lo tiene entregado, recibido, definitivamente formulado; asimilado con mayor o menor esfuerzo receptivo, pero nunca re-creado por descubrimiento personal y creador.

A la luz de esos valores culturales, así recibidos, el No-Indio juzga al Indio, y lo califica de bárbaro. En suma, para él, es el que no se halla informado por los mismos fines, objetivos, móviles y Valores que él posee, y que los tiene recibidos del grande —o pequeño—, en todo caso unilateral canal de Occidente.

¿Sólo Occidente es receptáculo de la Cultura? ¿Hasta qué punto lo no occidental es inculto y bárbaro?

Analicemos la actitud cultural del Indio.

No sería humano si no iluminara sus vivencias con la antorcha de algún sistema de valores. Dicho de otro modo, nada de lo que piensa, dice o hace el Indio es ajeno a un concepto valorativo. El problema es de saber de dónde provienen sus conceptos valóricos, cuál es su sistema de valores.

Ahora bien, hecho el descubrimiento de que nada de cuanto hace el Indio es ajeno a una valórica, aparece a las claras que el calificativo de "bárbaro" que se le endilga no es sino un concepto cómodo y provisional, y tan inconsistente y absurdo como pintoresco el término de "indio" con que se le designa de cuatro siglos a esta parte.

El sistema de valores del Indio es un compacto haz de intuiciones, más sólido y más antiguo, más hondo y más intenso que el del No-Indio. Más sólido, porque, mientras el No-Indio ha adoptado ideas y sentires hechos y ya elaborados, fragmentarios, —mosaico de fragmentos griegos y pedazos romanos, retazos medievales y residuos europeos cuando más amalgamados por el mortero cristiano, —el sistema valorativo del Indio está anclado en una concepción total, extraña cuanto se quiera, pero consistente y perdurable y llena de respuestas emanadas de un tronco común robusto y palingenésico. Más antiguo, porque los Valores del No-Indio, que han sufrido no pocas transformaciones en los dos últimos dos mil años, representan monedas repetidamente revalorizadas y desvalorizadas, corregidas y reformadas, y circulantes en ciclos reducidos a pocos siglos. En cambio, los del Indio emanan directamente de una tradición inmemorial, incólume a través de los avatares, intangible en medio del alud de acontecimientos. Más hondo; porque si bien el No-Indio se explica el por qué de muchas cosas gracias a la ciencia moderna, frente a muchas otras cosas no hace sino repetir incansablemente un modo conformista y pasivo, sin explicaciones ni justificativos. En cambio, el Indio está en comunión con la Naturaleza entera, la vive, la siente omnipresente en la vida y en la muerte, en lo grande y en lo pequeño, en el amor y el odio. De esa íntima unión con la Naturaleza y de su alto concepto de lo Divino, emanan sus actitudes, su estar, su quehacer, su aparente pasividad, su estoicismo, su escaso entusiasmo por innumerables cosas que entusiasman al No-Indio. Más intenso, porque para el No-Indio la cultura es como la brisa que acaricia sin penetrar; mientras que para el Indio su sentimiento de los valores está integralmente "comprometido" en cada fase de su existencia, y es el humus sobre el que se asienta su propia esencia.

Tomemos un ejemplo. Ya sabemos cómo se expresa el Indio en castellano. Lo que sabemos menos, es el cómo se expresa el No-Indio en lengua aymara o quechua: este modo es por lo común lamentable, —tan lamentable como el castellano de aquel. Nos asombra, mortifica, irrita el deplorable castellano del Indio. ¿Por qué, si pretendemos inconscientemente que un individuo habituado a una lengua sintética hable, sin preparación previa, y hable con corrección una lengua analítica; si queremos que, pensando en términos de lógica aglutinante y polisintética, hable de la noche a la mañana con corrección una lengua de estructura polimórfica; si pretendemos que maneje con soltura un verbo rígido e implacablemente lógico, él, que piensa con verbos flexibles de movimiento psicológico?

Pasando al terreno estético, ¿nos hemos preguntado alguna vez cuál es el sentimiento estético del Indio? ¿Qué idea tiene de lo plástico? ¿Cómo siente lo acústico? ¿Hay en sus vivencias receptividad a los conceptos occidentales de perspectiva, de volumen, de movimiento?

¿Cómo puede reaccionar él, que se mueve en la melodía pura, frente al clima armónico que es *substratum* del occidental, por lo menos desde la Época Moderna? ¿Hemos tratado de comprender el concepto indio de la Danza, que es espontánea y auténtica estilización de su gozo del vivir, mientras que para los No-Indios no suele ser otra cosa que moldes recibidos sin control ni voluntad crítica de estos, de aquellos y de los de más allá?

Y así para todo lo demás: lo social, lo teórico, lo político, lo sagrado.

Y hasta para lo útil. Todo cuanto el Indio siente, en estas materias, es *sui generis*; pero no es vacío. Al contrario, y guardadas las proporciones, es en él más vital y trascendente que en el No-Indio. Porque mientras en éste llega hecho y elaborado, y es recibido sin crítica, en aquel todo emana vitalmente de un presente en el que late intacto el modo de sentir del Ancestro.

Pero queda en pie el problema, y sigue en vigencia su angustiosa premura. ¿Qué será Bolivia en el futuro? ¿No podrá alcanzar su perfección sino imponiendo en lo absoluto el modo occidental, con destrucción y aniquilamiento de lo autóctono? ¿O, al contrario, no se encontrará a sí misma sino negando en absoluto lo occidental y perfeccionando el modo indio?

No puede plantearse así el problema. La primera alternativa, sobre ser monstruosa, es absurda, porque, además de convertir a este país en sucursal impersonalizada y deshumanizada de Occidente, significaría la gratuita desaparición de un tesoro grandioso de tradiciones y sentires que hicieron la grandeza y fama de dos imperios admirables y la felicidad de millones de seres. La segunda alternativa es, igualmente indefinible, tanto por el derecho que encarnan los hechos consumados en casi medio milenio de labor humana, como porque el sistema de valores de Occidente representa, hoy por hoy una meta grandiosa digna de aspiración y vivencia. Pero queda una tercera posición, la única admisible a juicio nuestro: la síntesis de ambas culturas en un sistema superior enriquecido por los tesoros y los aportes de lo mejor de las dos primeras. Una nueva cultura, en la cual tengan cabida las concepciones recíprocamente influyentes de las dos "maneras"; que comience por no negar el contenido medular y profundo de las valores ancestrales indios; que se dedique a reinterpretar a estos con el instrumento y el aporte de los occidentales, y que a éstos, los informe con lo que de espontáneo y profundo existe en aquellos.

Lo anterior representa, en escuetas palabras, el álgido y punzante problema de la Cultura Boliviana: lo que ella tiene que ser, si aspira a poseer un contenido auténtico y propio; lo que ella no debe ni puede ser a menos que se resigne a convertirse en una provincia pálida e impersonal del territorio enorme y unitario de la cultura occidental.

Pensamos que, para todas las escalas ya conocidas y exploradas —y las aún no descubiertas ni exploradas— del mundo trascendente de los valores, base vital de la cultura, nos está reservada una misión de estupenda grandeza y de perspectivas que mucho tienen de infinitud. De muchas maneras será posible tener acceso a la solución, a la creación, a la formulación. Re-mirando, re-interpretando, re-creando, re-descubriendo. Haciendo ingresar audazmente en el torrente conceptual o técnico aportado por Occidente, los tesoros de concepción india. Vigorizando valerosamente los motivos y temas de la concepción india con la savia vital de Occidente.

Citemos un solo ejemplo. Si los tres grandes "trancos" de la pintura moderna se circunscriben en Impresionismo-Fauvismo-Abstraccionismo, ¿no será posible imaginar una evolución de la pintura boliviana en distinto sentido, a partir del arte polifacético de un Guzmán de Rojas, tomado como punto inicial, pero orientada en su búsqueda en distinto sentido que los Occidentales? No es irracional imaginar una especie de Kandinsky boliviano, lo que no quiere decir un abstraccionista de nacionalidad boliviana, en modo alguno!, sino un investigador, un creador ¿por qué no un genio?, que encuentre un nuevo cauce basado en esencias indias, en tentativas mágicas, en valores aymaras o quechuas.

Otro tanto podría afirmarse en lo referente a la música. Huyendo a la vez de lo híbrido y de la "image d'Epinal", ¿cómo y por qué no habría el creador que aplique los recursos instrumentales, orquesta les o vocales de la música occidental al intocado y espléndido torrente de motivos y sobre todos *modos* indios?

Planteamos el problema. Y la mejor prueba de que acertamos en su motivación, estará en los comentarios que esperamos, en las críticas que solicitamos, en las refutaciones que, confiamos, se atraerán las anteriores consideraciones.

TIEMPO Y VIDA

POR

LUIS CARRANZA SILES

- **Tiempo y espacio.**

REO ha llegado ya el momento de precisar el significado del tiempo sobre todo en el plano de la vida. Hasta ahora —con muy contadas excepciones— lo que se ha dicho del tiempo es lo que también se puede decir del espacio. No niego, ni es cosa que ahora puede ir en tela de juicio, que tiempo y espacio son la unidad existencial inmediata de la materia en movimiento, y que tienen en su base problemática general.

Pero, pasando por encima de sus problemas comunes, de aquellos que nos han llevado a la alternativa de formas a priori de la sensibilidad o formas objetivas del existir, es necesario detenerse en el tiempo para ver de más cerca cuáles son sus determinaciones propias, que es por donde sabremos, aunque se une de modo inseparable al espacio, que no es el espacio mismo.

No es que el tiempo sea una realidad existente independientemente, o que pueda ser separada de las otras realidades con las que forma aquella primera unidad indestructible de la existencia misma. Pero se advierte y es fácil comprender que no es el espacio, y esto basta. Basta para justificar suficientemente todo intento de penetración en el significado propio del tiempo. Es por este camino, sin duda, que más prontamente se ha de llegar a la explicación de la vida, capítulo sobre el que poco se ha dicho y mucho queda por decir.

Es Hegel, de entre todos, el primero que en la búsqueda del absoluto incondicionado, asiento de todo lo existente, no señala un algo espacial, que está ahí con la plenitud de sus tres dimensiones, como el Ser de Parménides o las Ideas (esencias existentes) de Platón, sino una realidad que antes se define y existe en razón del tiempo.

El ser y no-ser en su paso del uno al otro, se destruyen recíprocamente, resultando de aquí que son absorbidos como momentos en una unidad superior: el devenir. Ahora bien, este devenir, unidad del ser y no-ser, "no es solamente su unidad —escribe Hegel—, sino la unidad que es esencialmente movimiento, es decir, la unidad que no constituye una relación puramente inmóvil consigo misma, sino que, por la diferencia del ser y del no-ser que está en ella, se niega ella misma dentro de sí misma".

Para llegar a ser determinado o existencia, es preciso pasar por el devenir o la cosa que está ahí, "es el devenir puesto bajo la forma de uno de sus momentos bajo la forma del ser. He aquí el pensamiento completo de Hegel con referencia a este punto: "En el devenir el ser, en tanto que no hace sino uno con el no-ser, y el no-ser, en tanto que no hace sino uno con el ser, no hacen sino desaparecer. Por la contradicción que encierra el devenir va a acabar en la unidad en que el ser y el no-ser se hallan absorbidos. Su resultado es, por consiguiente, la existencia".

Al trazar Hegel la lógica del movimiento, no sólo aceptó una simple "duré e" o una simple "fluidez", a la manera de Bergson o de Ortega y Gasset, sino que levantó sobre el tiempo una nueva imagen del mundo y de la vida. Es el tiempo la expresión inmediata del movimiento y de todo proceso, y, consiguientemente, la dimensión primera y fundamental de la vida.

Con todo, para ver el significado propio y exclusivo del tiempo, conviene precisar, sin que por esto pensemos que tiempo y espacio puedan darse separadamente, hasta dónde va en su significación el espacio y hasta dónde el tiempo. Aunque a primera vista parezca esto fácil, no lo es

del todo, y más cuando se tiene en cuenta que tiempo y espacio forman una unidad no sólo objetiva —si es que en esta forma logro claridad— sino de significación en su referencia al todo. Espacio y tiempo no pueden en este momento en el que forman una unidad, orientar sus significados en direcciones contrarias, y es así que espacio y tiempo —y con esto sólo quiero mostrar una posibilidad— pueden muy bien ser definidos el uno en razón del otro: dos puntos separados en un mismo instante, y dos instantes que se dan en un mismo punto.

Esto muestra, y no puede ser de otra manera, la referencia del tiempo y del espacio a la totalidad del objeto. No es que sean una y la misma cosa, pero si abarcan al objeto en su realidad total, como cosa que está ahí y como proceso.

Cuando Hegel trata de la existencia, esto es, de la cosa que está ahí, nos dice que se determina como ésta o aquella por su cualidad, su cantidad y su medida. "La medida es el cuanto cualitativo", "un cuanto al cual está ligado un ser determinado .o una cualidad". Según esto, la medida es la unidad superior de la cantidad y la cualidad, y que va determinada por los cambios que en ellas se producen, los cuales no sólo tienen lugar por el lado de una determinabilidad, sino por el lado de ambas. Los cambios cuantitativos son inofensivos a primera vista, pero esto —dice Hegel— es una "astucia", porque luego la cualidad es atacada.

Aquí, muy a pesar de que se habla de los cambios de la cantidad en cualidad y viceversa, y de cómo la medida cambia y vuelve a restaurarse, la cantidad, la cualidad y la medida nos informan únicamente de la cosa que está ahí, en un espacio, y que se mantiene por un período más o menos largo como ésta o la otra cosa. En otras palabras, al determinar cantidad y cualidad la forma de realidad y la naturaleza de la cosa que está ahí, hacen referencia a algo que ya está, no importa si un tiempo corto o largo, pero que está ahí.

- **El tiempo como dinámica espacial.**

Si a la cosa sólo la juzgáramos por el lado de estas sus determinabilidades, apenas llegaríamos a lo que la cosa es, a su estática. Y la cosa no sólo es esto: la cosa es también transición, dinámica. Pero ¿cuáles son las determinabilidades que hablan de su dinámica? No son otras que espacio y tiempo. Espacio y tiempo tienen también una medida, como cantidad y cualidad tienen la suya, pero con una diferencia importante, y es que la una es medida de la cosa ya "traspasada"; en cambio, la otra, la del tiempo y el espacio, es la medida de su dinámica, de la transición.

Ahora bien, para agotar la realidad total de la cosa es preciso juzgarla, de acuerdo con lo que acabamos de ver, desde dos puntos de vista: desde el punto de vista de su cantidad y su cualidad, y desde el punto de vista del espacio y el tiempo. Tiempo y espacio no son formas en las que ya se dan o existen las cosas, sino que, al igual que cantidad y cualidad, son las formas de existir de ellas.

Si en esto preguntamos cuál la relación en que se dan tiempo y espacio, vemos que es la misma o, por lo menos, semejante a la que hay entre cantidad y cualidad. Pues así como los cambios en la cantidad determinan otros tantos en la cualidad, el espacio cambia en tiempo, siendo ésta una dimensión que se la percibe más directamente, como manifestación de la vida misma. Y es más, el tiempo es, al espacio lo que la cualidad es a la cantidad, tanto porque la cualidad encubre una cantidad como el tiempo encubre necesariamente un espacio, como también porque la cualidad es determinabilidad inmediata, y el tiempo es la dinámica del espacio.

Decimos que es la dinámica del espacio en conclusión lógica de la unidad indisoluble en que se dan estas dos realidades: todo objeto que existe en el tiempo, como proceso, significa necesariamente un movimiento, y todo movimiento es, por fuerza, el de una materia unida indestructiblemente al espacio.

Esta diferencia, así precisada, y que sólo pretende sentar las bases para una interpretación más cabal de la vida como hecho que se funda en el tiempo, se exterioriza en las formas diferentes de cómo el hombre llega a la representación, vivencia o, más que esto, a la comprensión del tiempo y del espacio. Sin pretender entrar en todas, veamos algunas de las que

más cerca se hallan del propósito que nos gula, y que no es otro que el conocimiento del tiempo en función de la vida del hombre:

1) Lo primero que se observa y es fácil comprender, es que el espacio se da como algo que puede ser percibido desde fuera, ya sea por la vista, el tacto o por todos los sentidos, en tanto que el tiempo es simplemente vivido, por lo menos en un primer momento. Su inmediatez, que sin duda es mayor que la del espacio, queda asegurada por el hecho de que se da como manifestación de la vida: es una vivencia antes que una percepción.

Este hecho puede ya llevarnos a pensar en la reducción, dentro del plano de la vida, del espacio al tiempo. Tal cosa ocurrirá, por ejemplo, si de un lugar cualquiera con la vista fija, vemos pasar un tren. El espacio que representa ese tren es percibido en un solo punto, y no como puntos separados, sino como instantes sucesivos. Esto quiere decir que es percibido no como espacio, sino a lo largo de un tiempo. Otro tanto se observarla en los no videntes de nacimiento si es que fuese verdad que a la noción de espacio sólo se llega por la vista, como sostiene una de las formas del nativismo. En ellos, en los no videntes, la noción de tiempo reemplazarla a la del espacio, midiendo la distancia a la que se hallan las cosas por el tiempo que se tarda en negar a ellas.

En el campo del arte, sobre todo en la pintura, me atrevo a pensar que el cubismo es un intento de llegar a la vivencia antes que a la percepción. Sólidas son sus razones para pedir que la pintura tenga su propia verdad, que no es ni puede ser la de la realidad misma, porque si en la realidad se da la profundidad, en el lienzo se da apenas una superficie plana. De acuerdo con esto, haciendo uso de lo que cada cual tiene como suyo, ha de hacerse la reducción cabal de la realidad objetiva, con sus tres dimensiones, a la realidad del plano, única forma de llegar a la estética y al sentimiento propios de la realidad y propios del lienzo. Y llegar a la estética del lienzo, en estas condiciones, es el intento de llegar a la simple vivencia, a una vivencia sin "profundidad" ni "perspectiva". Tal vez si en este punto tengamos que preguntarnos: ¿lo que el artista pinta no es, en lo que tiene de esencial, una vivencia que transcurre?

2.) Si es verdad que a la noción del espacio llegamos por la percepción, y a la del tiempo, por vivencia inmediata, como manifestación de la vida misma, el espacio dejará siempre ver un algo que queda más allá. Jamás podrá el hombre aprehender, inicialmente, el espacio en toda su magnitud, como quien toma una manzana.

No ocurre lo mismo con el tiempo, y ahora se verá que lo que acabamos de decir respecto del espacio, no es una perogrullada inútil o absurda. Al tiempo negamos por vivencia inmediata de la vida, lo cual hace que se dé en su integridad, sin nada fuera que aún quede por aprehender. Vaya donde vaya el hombre, no se sentirá desplazarse en el tiempo, cambiar de tiempo, de la misma manera cómo se desplaza en el espacio y cambia de lugar.

Cierto es que la vida se da justamente a lo largo de un tiempo, como algo que no se detiene y sigue su curso irreprimible; pero aquí se trata de lo esencial al tiempo, de ese curso que justamente lo define y hace que la vida se dé como un continuo desplazarse, un continuo ir que de modo implacable convierte el mañana en hoy y el hoy en ayer. Esto es lo esencial al tiempo, sin que nadie, en contra de ello, pueda salirse de su curso para vivir, por ejemplo, en este instante el mañana, o para simplemente detenerlo, como quien en el espacio puede ir o no ir de un lugar a otro. Acaso el hombre, desde este punto de vista, no debe jactarse de ser libre en el tiempo; libre es sólo respecto del espacio.

Por lo dicho se comprende, y sin esfuerzo, que la reversibilidad es propia únicamente del espacio. En el curso del tiempo es imposible volver atrás, así como también es imposible avanzar venciendo al presente. No se trata, cuando señalo esta imposibilidad, del pensamiento que se proyecta al futuro. Esto es tan posible en el tiempo como en el espacio, pues en igual forma piensa el hombre en el mañana, como piensa en Marte estando en la tierra. Aquí se trata del tiempo en su sentido permanente de presente, y que es por donde las cosas y la vida, en fin, todo lo que nos rodea, tiene plenitud y actualidad. Cuán distinta sería nuestra impresión si tuviésemos que desplazarnos en el espacio del mismo modo como lo hacemos en el tiempo, sin poder nunca detenernos. ¡Horrible inestabilidad!

3) Otra diferencia, y que es consecuencia de la anterior, es que el espacio, en sus tres dimensiones, se da como algo fuera de nosotros. Sus tres dimensiones son exactamente tres líneas o, por lo menos, fielmente representables por ellas. Cualquier línea que se trace, en cualquier dirección, será siempre una de las dimensiones del espacio.

No ocurre lo mismo con el tiempo. Ni se da como un algo fuera de nosotros, ni es representable por una línea, como comúnmente se cree y lo cual es falso. Cualquiera que sea la línea —como tenemos ya dicho— es una de las dimensiones del espacio, y mal puede el tiempo ser una de ellas. Para hablar de las dimensiones del tiempo a la manera de lo que ocurre con el espacio, ha de ser preciso buscarlas no por el lado de las simples líneas, sino en los correlatos dinámicos de las tres dimensiones del espacio: longitud, latitud y profundidad.

Del tiempo sólo tenemos una vivencia, la cual, contrariamente a la que tendríamos del espacio si tuviésemos que vencerlo sin detenernos, es la vivencia de un presente. A su comprensión llegamos más tarde, a través de la memoria. Es ella la que en un solo instante nos pone frente a lo que ha sido y ya no es, frente a los cambios de las cosas y sus transformaciones. Es, pues, por este camino y no por otro, que llegamos al fluir del tiempo y a su total comprensión como dinámica del espacio.

Todo esto del tiempo en su significación general. Del sentido y del curso distinto que tal vez, como creen algunos, toma en la vida humana, me ocuparé en otra ocasión, continuando lo que aquí tenemos dicho.



Torre de la iglesia colonial de San Francisco de La Paz.

FOTO GUSTAVO MOLINA

UNA POESIA INFANTIL

(Notas a "Silabario de Sueños" de Paz Nery Nava)

POR

CESAR CHAVEZ TABORGA

MAESTRA y poetisa, Paz Nery Nava ha escrito este pequeño libro de poemas conjugando esa su doble calidad de artista. Los motivos que recoge y la forma cómo los expresa, denotan una cabal interpretación del pensamiento y la conducta de los niños, especialmente de aquellos que están comprendidos entre los cuatro y los siete años de edad.

Y es que para Paz Nery —como para los niños que ella está acostumbrada a manejar (el artista es siempre, o casi siempre, "un niño grande"...)— los seres y las cosas toman una forma singular y contienen una poesía auténtica: son bellos, musicales y delicadamente expresivos. ¿Se diría, por eso, que en la poetisa como en el niño se dan, aunque en dimensiones diferentes, los rituales de la magia y del animismo? ¿O la poesía suya es, simplemente, producto esencial de una atenta observación de la vida infantil, a través de su larga y viva experiencia docente?

Se ha dicho, y con razón, que el niño es un ser estético y un infatigable creador de belleza. Sus gestos, sus mímicas, sus juegos y, sobre todo, su lenguaje traducen, a la vez que su emotividad, la clara fantasía de su pensamiento. Piaget, el insigne investigador del alma infantil, sostiene que "si el niño habla sólo para acompañar a su acción, puede también invertir esta relación y servirse de la palabra para producir lo que la acción no podría realizar por sí misma". Y esa palabra, interior y subjetiva a veces, y a veces socializada, traduce lo más sutil y profundo de su espíritu. De significación plural, de diverso colorido, es siempre sonora como el cantar de la lluvia. En *Silabario de Sueños* se la advierte, cuando dice, por ejemplo:

Farolerí
lerí
lerí...
cantan los enanitos
con frenesí.

Esta misma musicalidad, expresada con demasiada insistencia, puede encontrarse también en el poema *Mi Trompo*, lleno de movimiento y de contrastes tónicos, adecuado para rondas:

Tengo un bailarín
bailarán,
gordo, gordiflón
gordiflán,
ronco, roncarín
roncarán.
Capote de sueños
lo cubre y él danza
.....
y borrachito de baile
tambalea, tambalea,
bailarín
bailarán,
gordiflón
gordiflán,
roncarín
roncarán...

Pero no sólo son la musicalidad y el movimiento los rasgos que definen la poesía infantil de Paz Nery Nava. Maestra dotada de una grande intuición psicológica, la poetisa que hay en ella le ayudó a descifrar la simbología y la mítica infantiles. Ha sabido captar y recrear, en efecto, los motivos que más atraen el interés de los niños, cuando aún están envueltos por ese maravilloso ropaje del animismo, en algunas de sus más claras manifestaciones.

Pero el animismo en que Paz Nery funda sus poemas no es, afortunadamente, el indiferenciado y totalizador que caracteriza las primeras etapas de la vida del hombre. Es aquél que se objetiva, mental y emocionalmente, en ese período de transición entre lo meramente antropomórfico y lo dinámico de la realidad física: el animismo que otorga conciencia y sentimiento sólo a las cosas dotadas de movimiento propio o que tienen vida orgánica.

Inspirada en esta concepción anímica, ha producido, entre otros, Caballitos del Cielo, poema referido a la luna y el sol, en el que la comparación, como recurso poético, es objetiva y sugerente:

Caballito blanco,
caballito amarillo,
llevadme a la escuela,
llevadme a la casa.

Yegüita que corres
caballo que bajas
a todos los prados,

Seguidme en los sueños
de la noche blanca,
seguidme en los juegos
de todos los días.

Siguiendo esa misma actitud interpretativa, se escucha también la voz de la naturaleza circundante. Y ahí están los árboles, "Tiempos abuelos que cuidan / tantos nidos con amor", y que conversan, alegremente, "con el viento y con el sol". De igual gracia lírica, aunque más descriptivos, son los poemas El Zapato, "casita que se oculta / cuando se duerme el pie"; Las Hormigas, "obreras que alzan / castillos de amor" y que semejan "puntos suspensivos / buscando el final"; El Ekeko, fetiche de ferias, que emprende viajes ataviado de enseres domésticos; y ese bello y místico Escarabajo, "que besa las rosas / que besa los lirios".

La tendencia a la dramaticidad que el niño manifiesta en todos sus juegos y en todos sus actos, ha sido recogida en algunos poemas, particularmente en los que forman la primera parte del volumen. Los Patitos Traviesos, Hazañas del Ratón Jo, Bodas de Doña Rana, Caperucita, constituyen muestras singulares. Inspirados en el cuento, expresan un sutil dramatismo que no se resuelve entre el bien y mal, lo feo y lo bello, de manera irreductible y dogmática, como se acostumbró hacerlo en la poesía y la fábula del siglo XVIII, tan enfermo de racionalismo. La preocupación de la autora es, ante todo, dar sugerencias destinadas a cultivar en el niño el amor por los animales y las plantas, por la naturaleza toda, y crear en él, al propio tiempo, un sentido estético que promueva el desarrollo de sus capacidades creadoras.

A esos rasgos psicológicos, válidos como recursos educativos de la infancia, Paz Nery suma en Silabario de Sueños una fresca calidad literaria, al menos cuando trata el tema lírico. Y así dice, en apretada síntesis, refiriéndose a la luna:

Corola del cielo,
sonrisa del alba.

Pero como aborda motivos diversos, ha usado también distintos recursos verbales y métricos, de modo que algunas composiciones rompen la calidad poética de la obra. Ello se advierte más en la segunda parte, cuando intenta incursionar en lo épico. Y es que lo épico

reclama un tratamiento literario especial, ligado, antes que a historia en sí, a las vivencias culturales y humanas que se manifiestan en el folklore. Pero allí mismo se encuentran poemas espontáneos y calibrados, que merecen destacarse: Cochabamba, Cristóbal Colón, El Minero, etc.

El tema social y realista, aunque idealizado, tal como pedía el genio de Gorki, no ha merecido atención en este poemario. Y ello es de lamentar tanto más cuanto que Paz Nery, ligada como lo está a las preocupaciones populares y a los ideales reivindicativos del presente, podía abordarlo con inteligencia y buen gusto.

Con todo, Silabario de Sueños es un libro logrado y esencial en la literatura escolar de Bolivia, que sumado a Cien Poemas para Niños de Oscar Alfaro y a Las Hormiguitas de Color de Rodolfo Salinas Pérez, viene a enriquecer el repertorio poético de nuestros niños, frente a esa literatura pornográfica y policial que nos importan los mercados de la educación y la cultura.

EUROPEISMO Y PANIBERISMO

POR

MANUEL LIZCANO

EL Mercado europeo es ya un hecho. Afecta directamente a los países que integran lo que pudiéramos denominar la Europa "interior". Es decir, fundamentalmente, Francia, Alemania, Italia. Otros acuerdos complementan ya eficazmente esta iniciativa unificadora, de la cual puede esperarse suponga a corto plazo la realización del próspero panorama que para la Europa unida preveen las cifras de producción conjunta: equivalente a las que hoy puedan ofrecer, por su parte, Estados Unidos o Unión Soviética.

El hecho, por descontado, tiene una trascendencia histórica indudable. Concretamente, sin ir más lejos, visto desde nuestra perspectiva de familia de pueblos peninsulares, que constituímos en la Europa occidental, fuera de la situación griega, el único caso de países subdesarrollados. No faltan entre nosotros, por supuesto, las corrientes que postulan una integración de España automática a ser posible, en la naciente Europa unida. Incluso se conocen ya algunos altos estímulos, entre ellos el del Sumo Pontífice, que tratan de inclinar a España en esa dirección. El papel jugado por los partidos democristianos europeos en esta empresa unionista, parece que ha de contribuir a atraer a esta nueva órbita a los países católicos de la Península ibérica. Y para nadie son un secreto las ventajas de variada índole, pero principalmente económicas y posiblemente políticas, que una integración semejante podría reportar a los españoles.

Sin embargo, el problema, a nuestro juicio, ofrece todavía algunos aspectos sustanciales que no nos sería lícito pasar por alto, precisamente a los españoles.

No todo es el nivel de vida y las situaciones políticas. Sobre todo, que tender simplemente a objetivos de ese tipo, confiando en que la unión con Europa nos los daría resueltos, sin pararse a considerar la situación profunda del país, sería en un español pura inconsciencia. Porque España tiene pendiente de consumir una Revolución nacional. Tres siglos de absolutismo importado de Europa dejaron gravitando sobre las estructuras y sobre la conciencia española el peso paralizador y parasitario de una casta señorial, una oligarquía sólo aburguesada en sus formas externas, al sobrevenir la época capitalista. Y en el siglo y medio último el liberal-capitalismo, también importado de Europa, desvió constantemente la tendencia de autodeterminación popularalzada en toda la Península y en las antiguas Indias —actuales Iberoamérica y Filipinas— al desplomarse el Imperio absolutista.

El trágico forcejeo de los pueblos hispánicos a partir de la caída del Imperio, por desembararse aisladamente de las oligárquicas nacionales en las que se fragmentó, la antigua oligarquía peninsular, es uno de los hechos más evidentes de todo el proceso histórico contemporáneo de la humanidad. Y también lo es su frustración constante, en un inacabable período de guerras civiles, que ha contribuido decisivamente a que este grupo de pueblos, incluido España entre ellos, no pudiera ocupar el lugar que le corresponde en la sociedad mundial, ni por

su coherencia política, ni por su potencia económica, ni siquiera por su personalidad cultural colectiva. A tal extremo de indigencia nos ha llevado la imposibilidad de cerrar nuestro período de emancipación popular y la consiguiente sumisión forzada a la intervención de otros pueblos.

Pero en el fondo de este prolongado drama colectivo ha quedado la realidad de una población que se conserva homogéneamente impregnada de espíritu cristiano, a pesar de haber visto con demasiada frecuencia a sus dirigentes espirituales en el campo conservador y a anticatólicos luchando con ardimiento en sus propias vanguardias. Circunstancia que está lejos de ser la que menos ha contribuido a hacer hasta ahora un auténtico conflicto sin solución del sangriento forcejeo de unos pueblos revolucionarios y cristianos, con estas dos mitades de su alma colectiva desgarradas y absurdamente contrapuestas.

¿Cuál puede ser, en estas condiciones, la mejor empresa que pueda proponerse la comunidad de pueblos hispánicos, no en cuanto actual consorcio de gobiernos, ni en cuanto seguidores de determinadas concepciones particulares de la común vinculación, que por determinadas circunstancias puedan suscitar más recelos que solidaridades; sino en cuanto comunidad efectiva de pueblos unida en su vivencia cristiana colectiva, en su fidelidad católica, en sus lenguas y cultura, en su pasado y en sus posibilidades, tanto cívicas como religiosas, en medio del mundo contemporáneo?

Así como el triángulo París-Roma-Berlín constituye la Europa en sentido estricto, o la que hemos llamado Europa "interior", el triángulo Madrid-Londres-Moscú representa, en una amplia perspectiva histórica, la Europa "marginal", o "exterior". Estas últimas regiones europeas son las que protagonizan el proceso expansivo y planetario de la cultura occidental, cada una de ellas con su modalidad de sub-cultura propia; la cultura rusa, la cultura anglosajona, la cultura hispano-portuguesa.

El expansionismo ruso ha servido de vehículo para la circulación interplanetaria del cristianismo ortodoxo y la cultura eslava primero, y del comunismo más tarde. El anglosajón, para la del protestantismo, la cultura inglesa y el liberal-capitalismo. El ibérico para enmarcar la única gran zona humana homogéneamente católica del planeta y para hispanizar culturalmente al sector de la humanidad al que afectaba. Pero no para construir hasta ahora una forma política característica y estable, una vez que, con general entusiasmo de todas sus comunidades populares, pudo desembarazarse de la estructura extraña —extraña tanto a los americanos como a los peninsulares— del Imperio impuesto a la población por la desviación antipopular de la nobleza y el despotismo extra-ibérico de Austrias y Borbones.

El capitalismo imperialista ha asegurado a los pueblos de cultura anglosajona una poderosa situación mundial. La revolución soviética ha permitido a los pueblos eslavos pasar a su vez, de la miseria y la postración colectivas, a un estado de poderío indiscutible. Al grupo de los pueblos iberoamericanos, incluidos los peninsulares, sólo podrá instalarse en una situación análoga al triunfo conjunto del proceso histórico que cada una de dichos pueblos, con tan asombrosa percepción nacional como ceguera federativa, supranacional, de lo que es el destino histórico de todo nuestro conjunto popular, viene esforzándose por realizar aislado.

Frente al materialismo capitalista que se ha impuesto a la vocación cristiana de los pueblos de Occidente, a partir del triunfo de su Revolución liberal e industrial; y frente al materialismo soviético, que se ha impuesto a la vocación cristiana de los pueblos eslavos a partir del triunfo de la Revolución de Octubre, la Revolución panibérica es el único medio de que la creencia cristiana de los pueblos iberoindianos pueda traducir al terreno de las fuerzas creadoras de la historia y de la vida de las repúblicas, el cristianismo romano que vivifica a nuestras poblaciones nacionales. Un ideal de vida inspirado en el Evangelio: no materialista, sino hombrista; no liberal, sino libertario; no comunista, sino comunero; centrado en la importancia sustancial del hombre libre, hijo de Dios, y del libre autogobierno de sus comunidades naturales de convivencia y de trabajo, emancipadas de toda alienación oligárquica.

Es esta perspectiva histórica la que a no pocos españoles les obliga a reconsiderar el papel de la Península Ibérica en cualquier intento supra-nacionalizador de tipo continental europeo. Hay simplicismos, y representaciones sólo cuantitativas y materialistas de la realidad, que pueden poner en peligro, con la búsqueda de exclusivas ventajas materiales, nada menos que la esencial

fidelidad de un pueblo a sí mismo. Que pueden suponer para España una transculturación —la perturbación de una cultura por la intrusión, más o menos violenta y aniquiladora de otra en presencia— definitiva del alma colectiva. Es decir, un impacto mucho más destructor de lo que para nuestra comunidad de cultura han supuesto ya las otras dos transculturaciones padecidas en los siglos modernos por nuestra comunidad nacional: la del absolutismo y la del capital-liberalismo.

No se trata aquí de localismo nacionalista, que en buena hora han perdido ya viabilidad y razón de ser. Se trata de algo a lo que un pueblo no renuncia nunca, como no sea después de su destrucción final. No hay posibilidad de que el legado histórico de la transformación social pendiente sea olvidado, en un recodo del camino, por cualquiera de las generaciones que lo recogieron de manos de las anteriores, las que a su vez no dejaron en pagar en sangre el derecho a que sus hijos no olviden el designio imperioso de la voluntad popular, en un trance histórico que no puede cerrarse de otro modo sino con el triunfo de ese mismo empeño popular.

¿En qué pueblo occidental, en efecto, fuera de las naciones hispánicas, el anuncio o la posibilidad del reparto de las tierras, pongamos por caso, puede ocasionar hoy una conmoción popular? No nos bastaría a los españoles que otras naciones vecinas nos obsequiaran —supuesto algo desacostumbrado, ciertamente— con determinados beneficios materiales. Antes que eso está la resolución de un conflicto interno, de cambio de estructuras y de actitudes en nuestra colectividad, que ponga definitivamente en manos de la clase obrera, de los intelectuales y los labradores: de la comunidad trabajadora entera del país, el poder de autodeterminación que hasta ahora ha estado en manos de nuestra oligarquía; y que, desde luego, no se ve razón ninguna para que dejara de seguir ejerciéndolo en el supuesto de la integración de nuestro país en el marco-capitalista, no lo olvidemos de una Europa unida.

En último caso, que nuestra casta dirigente pseudo-burguesa viva en condiciones suntuarias superiores a las de las burguesías europeas, mientras extensos sectores de nuestro proletariado rural e industrial se ven suque ver con la Unión europea; pocas posibilidades existen de que en un consorcio capitalista de pueblos europeos, esta situación se modificara sensiblemente; y en último caso, se trata de algo que sólo afecta esencialmente a los hombres hispanos de Asia, América y Europa, abocados al trance final de sacar provecho colectivo en adelante de la cooperación entre sus vanguardias revolucionarias, como sus particulares intereses lo han sabido obtener de su mutua ayuda nuestras oligarquías nacionales.

El hecho de que nuestra comunidad de pueblos hispánicos sea la única región homogéneamente católica de la tierra, nos compromete aún más a arrancar de nosotros este escándalo, provocado por la incapacidad económica y la mentalidad alienadora, opresora, de nuestra oligarquía burguesa, de que vengamos constituyendo también la región occidental donde menos impera la justicia en las relaciones de trabajo y solidaridad entre los hombres, y además abre ante nosotros, en la vida del pueblo liberado de los tenaces residuos nobiliarios y capitalistas por un esfuerzo en el que los cristianos hayamos desempeñado el papel ejemplar que nos corresponde, unas posibilidades extraordinarias de cultivo evangélico y educacional de un pueblo cuyo patrón de cultura, cristiano y español, no tiene ahora mucho de común que digamos con el utilitario y materialista del hombre europeo.

Por estas razones, creemos algunos que sólo deberían poner los españoles en común con Europa aquello que no les estorbe en nada la realización de sus responsabilidades históricas sustantivas, interiores y extra-europeas.



EL SENTIDO DE LA REALIZACION LIRICA

POR

JOSE RAMON MEDINA

En su libro "Pan en el desierto", el poeta Thomas Merton (el padre Luís de la Orden Cisterciense de la observancia Estricta), al precisar el contenido y valor espiritual de los salmos, al mismo tiempo que deslindaba los conceptos estéticos y religiosos de tan características creaciones, ha escrito palabras que aclaran, a mi entender, plenamente, el "sentido" de la realización poética.

Como tenemos bien sabido, muchas han sido las tentativas de críticos y poetas, antiguos y contemporáneos, que se han disputado el exacto planteamiento y dilucidación de este problema contemporáneo. Pero creo que pocos han acertado como Thomas Merton al aislar el núcleo polémico del asunto. Sobre todo en cuanto se refiere al entendimiento y cabal ubicación de la poesía moderna, como obra de arte.

Los poemas "tienen un significado", afirma Merton como punto de partida de su tesis estética. Pero, cuál es ese sentido y en qué forma se expresa para el entendimiento común? Necesariamente se trata de un significado artístico, de un significado estético, y como tal —y he aquí el meollo del tema que ilumina una vasta problemática contemporánea frente al arte universal, en todos sus órdenes, pero frente a la poesía de nuestro tiempo en particular— "el poeta no tiene obligación de hacer este significado inmediatamente claro a quien no quiera hacer un esfuerzo por descubrirlo". Eso de una parte, porque desde un punto vista diverso —que por su misma índole resuelve otro aspecto del debate actual— al afirmarse que los poemas tienen un significado, no quiere decirse "que deban necesariamente contener información práctica o mensaje explícito". En otras palabras: he aquí resuelta, de este modo, sumariamente —aunque expresado en la posición o enfoque, de carácter religioso del autor citado— esa seria tentativa que parece extenderse a determinados y exclusivos sectores del arte poético contemporáneo en el sentido de "comprometer" a la poesía en una tarea que está más allá de sí misma, fuera de su esencia, distinta y contraria al valor y sentido real de la creación, y por ello, posible de desvirtuar su autenticidad, y en cierto modo, de subordinarla a intereses secundarios, egoístas y particulares del "otro hombre" que va en el poeta y que muy a menudo trata de imponer los valores que limitan su experiencia de afuera, al trance espiritual, puro, limpio de intenciones, libre de interferencias materiales, aunque con su propia e intransferible eficacia humana, que representa el acto de la creación en sí.

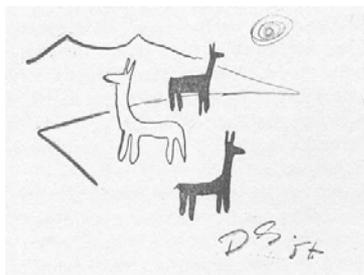
"Las palabras de un poema —añade Merton— no son solamente signos de conceptos: son también ricas en asociaciones afectivas y espirituales". Eso es exacto como delimitación del ámbito en que se mueven los puros efectos exteriores del acto poético. Pero también señala el hecho categórico de la fuerza creadora que imprime el poeta al lenguaje, al infundir un "sentido" nuevo a la palabra que transvasa su común y general participación ordinaria, su habitual y cotidiano valor de comunicación. Porque el significado que se da en el poema, necesariamente asume otras particularidades efectivas que no se encuentran en la mera, y hasta grosera, prosa ordinaria. En ello consiste el toque de la gracia lírica, el poder de transmutación poético de la realidad percibida —oralmente— a la realidad imaginada.

Como bien ha expresado por su parte también el poeta español Ramón de Garciasol en un breve volumen de deslinde poético, "El material del poeta, la materia poética imprescindible para edificar el poema dándole base, perdurabilidad, está proporcionado por su propia interioridad y por los reflejos y huellas del mundo en él —hombres distintos y naturales—. Por tanto, no cabe poesía sino en el hombre vivo, consciente, nutrido de viva experiencia, hecho ya experiencia proporcionada por sí y por el mundo histórico que habita". En otras palabras, requiere, como fundamento de ese "significado" esencial que hemos dicho, la realidad de una experiencia viva, el impulso sustancial de una vivencia recreada ora y activa a través del lenguaje.

“El poeta no usa las palabras meramente para declaraciones o afirmaciones de hechos —confirma el monje poeta—: de ordinario eso es lo último que le concierne. Busca, sobre todo, juntar las palabras de tal manera que ejerzan reacción misteriosa y vital entre sí mismas y suelten su contenido secreto de asociaciones para producir en el lector una experiencia que enriquezcan las profundidades de su espíritu de modo singularísimo”. Para él, por lo tanto, un buen poema induce una experiencia que no puede ser producida por ninguna otra combinación de palabras; es, por lo tanto, una entidad que subsiste por sí misma, favorecida con una individualidad que la caracteriza y distingue de las demás obras de arte. Como todas las grandes obras de arte, los poemas verdaderos parecen vivir una vida totalmente suya. Lo que debemos buscar, pues, en un poema —continúa Merton— no es una referencia accidental a algo exterior a él mismo, sino el principio interior de individualidad y de vida que es su alma, su "forma". El "significado" verdadero de un poema sólo puede resumirse en el contenido total de la experiencia poética que es capaz de producir en el lector. Esta experiencia poética total es lo que el poeta trata de comunicar al resto del mundo.

En tal sentido, como poesía en estado vital transmisible, es lógico suponer que ella necesita, para completarse en su realización, de un "receptor adecuado". Porque el poema —como escribe también Garcíasol— no es una casualidad, sino fruto del hombre poeta. Mas ya el poema en este mundo, incumple su fin sino fertiliza la vida de los demás hombres... El poema se justifica cuando comienza su actuación en los demás, trascendido de su autor. El poeta ha llegado por caminos de misterio a transfundir su hombría en poemas, una manera de insembrar su vida en la vida de los demás".

¿Cabe más claridad y certeza para aislar ese inconstante vuelo, ese a veces inahaprensible sentido del medio expresivo, suerte de duende evasivo que ha escapado insistentemente a toda cárcel 10 mismo que la función humana de la poesía?



ACTIVIDADES ARQUEOLÓGICAS DEL MUSEO TIHUANACU

POR

MANUEL LIENDO L.

EL Departamento de Arqueología del Museo Nacional Tihuanacu, en esta ocasión en que se reúnen destacados investigadores alrededor de la segunda Mesa Redonda de Arqueología Boliviana, adhiriéndose entusiastamente a sus nobilísimas tareas, se permite comunicar algunas de sus actividades específicas realizadas en el curso de los últimos años.

La Universidad de Pennsylvania, envió el año 1955, a nuestro país una brillante delegación de arqueólogos presidida por el Subdirector del Museo, Dr. Alfred Kidder n, e integrada por la Sra. Alice de Kidder y los Dres. Alan R. Sawyer y William R. Coe, quienes realizaron sus estudios arqueológicos particularmente en el lugar de Tiahuanacu y Chiripa. En la primera localidad trabajaron durante 25 días excavando dos pozos, con la ayuda directa del Sr. Gregorio Cordero, Jefe del Departamento de Arqueología del Museo Nacional; estas excavaciones perseguían el objetivo de comprobar las conclusiones indicadas por las anteriores excavaciones realizadas el año 1932 por el Dr. Wendel C. Bennet, investigando sobre los niveles que contienen objetos

arqueológicos muy primitivos y por esa razón se eligieron sitios aledaños al pozo V de la excavación de Bennet, es decir, cerca al recinto de un templo al Este de Acapana, cerca de Kantayita y sobre todo para encontrar carbón, cenizas y objetos carbonizados, desde que los niveles de estos lugares se suponen que pueden ser contemporáneos con el terraplén y con el templo de Kalasasaya, a fin de establecer su edad mediante los procedimientos técnicos de las pruebas de laboratorio de los indicados restos de carbón, por el procedimiento del carbón 14. Se profundizó hasta unos 4 metros 80 centímetros, encontrándose restos de un canal de piedra, fuertes capas de ceniza y de carbón en camadas de casi 10 cms.

El segundo pozo se excavó en el lado Sudoeste de Kalasasaya cerca al pozo No. 8 excavado por Bennet y se comprobó que los datos aportados anteriormente eran exactos, habiendo superado la profundidad alcanzada por Bennet de 2,50 mts. hasta 3 mts. trabajando penosamente en el lodo. La importancia de señalar, es que en el lodo se encontraron diversos objetos arqueológicos como botones, huesos con incisiones artísticas y algunos fragmentos de alfarería. Todas las muestras de cenizas y carbones fueron llevadas por el Dr. Kidder a la Universidad de Pennsylvania, para someterlos a las pruebas del carbón 14 y posible que a la fecha ya se hayan realizado, porque según manifestó el Dr. Kidder, existen en la Universidad de Pennsylvania muchísimas muestras de carbón procedentes de excavaciones realizadas en otros puntos arqueológicos, tanto de las Américas como del Viejo Mundo, que debían ser analizadas por su orden de llegada, calculando que estas muestras de Tihuanacu y de Chiripa podían ser sometidas a los análisis correspondientes quizás después de unos dos años por razones de orden.

En la localidad de Chiripa, trabajó esta comisión, siempre con la intervención personal del Jefe de Arqueología del Museo, durante unos 45 días, excavando 4 sectores en el montículo de Chiripa y que demandó una remoción de considerable cantidad de tierra para poner en descubierto los cimientos y paredes de diversas e interesantes edificaciones en ese lugar y es así que pudieron documentarse interesantes unidades de habitaciones de dobles paredes, el estilo y la técnica de sus construcciones, la presencia de puertas, nichos y ventanas diversas. Se realizó un trabajo metódico recogiendo y documentando todos los objetos y fragmentos arqueológicos; es así que entre los más notables objetos podemos indicar diversos tipos de fragmentos de cerámica, de huesos labrados, de objetos líticos, de pedazos de conchas y vasijas de cerámica con diversas y muy particulares ornamentaciones que difieren de las conocidas de Tihuanacu. Entre los diversos objetos se encontró uno de oro que engastaba una piedra azul de sodalita con Hauynita y de un peso total de tres gramos, además de cuatro cuentas de oro, probablemente eslabones de un collar. Todo este material fue dibujado, fotografiado y documentado prolijamente por la comisión presidida por el Dr. Kidder, habiendo estos quedado e ingresado a las colecciones del Museo Nacional. Por motivo de tiempo, el Dr. Kidder llevó a su Museo, en calidad de préstamo, un lote de diversos fragmentos de cerámica, algunos pequeños objetos de hueso y, sobre todo, todas las bolsas que contenían ceniza y pedazos de carbón, para estudiarlos con la detención y calma que precisan dichas observaciones.

Esta comisión ha prometido publicar en forma detallada el resultado de sus investigaciones, lo que probablemente será una realidad posteriormente, mientras tanto el Dr. Kidder ha publicado en el Boletín del Museo de la Universidad de Pennsylvania un artículo titulado "Excavaciones en la Cuenca del Titicaca", donde hace una relación de sus impresiones de trabajo, puntualizando en forma muy abreviada sus actividades arqueológicas en Bolivia y destacando amablemente la buena disposición del personal del Museo Nacional Tihuanacu para el mejor éxito de sus trabajos. Las enseñanzas técnicas que ha dejado esta comisión al personal del Museo son dignas de destacar, lo mismo que el régimen de trabajo que se ha impuesto en sus labores de investigación en el local del Museo, donde entre otras actividades científicas admirábamos el cumplimiento estricto de la jornada de trabajo que se habían impuesto.

En octubre del año 1955, el Museo Nacional Tihuanacu adquirió de la Sra. Olga Bustillo de Carrasco, alrededor de 300 piezas arqueológicas procedentes de Sora-Sora del Departamento de Oruro, conforme afirma el Sr. Julio Sánchez Grillo que fue el recolector de estas piezas arqueológicas. Se trata de un interesante conjunto de piezas arqueológicas donde figuran raspadores, flechas, pedazos de cobre, objetos de hueso, cuentas de collares y en fin algunas otras cerámicas de factura muy primitiva y que requieren un estudio exhaustivo y metódico que se va realizando en la sección Arqueológica y cuyos resultados haremos conocer oportunamente.

El año 1956 el personal del Museo Tihuanacu realizó algunas excavaciones en la región denominada Cuyahuani, cuyos resultados se hicieron conocer gracias a la decidida colaboración del Excmo. Sr. Ministro de Educación, Dr. Fernando Diez de Medina, en la revista Cordillera No. 2 del Ministerio de Educación y en la revista Khana No. 23-24 de la H. Alcaldía Municipal.

El ilustre arqueólogo sueco Dr. Stig Ryden, durante los años 1952 y 1953 realizó diversas excavaciones en diferentes localidades del territorio Nacional y principalmente en las provincias de Muñecas y Bautista Saavedra, acompañado del Sr. Carlos Ponce Sanjinés y también en diversas localidades del Departamento de Cochabamba y de Oruro. Como consecuencia había reunido un importante y numeroso material arqueológico que deseaba estudiar en su país de origen y sobre todo en su gabinete de estudio del Museo de Goteborg. Disposiciones gubernamentales impidieron por casi dos años que el noble deseo del investigador sueco fuera llevado a la realidad, pero después de vencer algunas dificultades se logró prestar al Museo de Gotemburgo la parte del material arqueológico excavado por el Dr. Stig Ryden, quedando en el Museo solamente once piezas de cerámica que inmediatamente fueron documentadas y dibujadas, y que por consiguiente fueron ampliamente conocidas por el referido investigador. Cumpliendo estrictamente con los compromisos contraídos al tiempo de otorgarse el préstamo, el Dr. D. Izikowitz, Director del Museo Etnográfico de Gotemburgo devolvió todo el material arqueológico prestado, en el mes de enero del corriente año por intermedio del Sr. Cónsul General de Suecia en Bolivia, Sr. Einar Johansson. Todo este material llegó en las mismas condiciones en que había sido prestado, sin que en el gabinete del Dr. Ryden se haya hecho ninguna restauración y en muchos casos ninguna limpieza de los indicados materiales, razón por la que el personal del Museo ha tenido que abocarse a la ardua tarea de la catalogación, fichaje y restauración de más de 500 piezas arqueológicas distintas. El Dr. Stig Ryden había prometido hacer una amplia publicación de su viaje arqueológico a Bolivia, principalmente con el estudio de las indicadas piezas arqueológicas. Es probable que este trabajo esté totalmente concluido y quizás publicándose en la forma somera y erudita que acostumbra realizar el indicado investigador.

A raíz de haberse creado por Decreto Supremo la Comisión Arqueológica Boliviana, el personal del Museo ha colaborado amplia y entusiastamente a los planes de dicha Comisión, elaborando un Reglamento para dirigir las investigaciones arqueológicas en Bolivia y, sobre todo, haciéndose presente con sus consejos técnicos en la restauración y limpieza del recinto arqueológico de Tihuanacu. En ese sentido el Sr. Gregorio Cordero, Jefe de la Sección Arqueología del Museo Nacional, ha estado presente en todos los trabajos de remoción de tierra, de enderezamiento de piedras arqueológicas importantes y en fin en todos los trabajos de campaña realizados en dicha localidad, elevando en todos los casos los informes correspondientes.

En el curso del año pasado, el personal del Museo Nacional Tihuanacu se hizo presente en las ruinas arqueológicas de la Península de Copacabana, en el lugar denominado Chucuperka para documentar gráficamente las ruinas arqueológicas de ese lugar, habiendo medido el recinto de la especie de Kalasasaya que se observa en ese lugar, lo mismo que de variedad de piedras arqueológicas y especialmente de una en que figura un reptil enroscado. Es posible que en el curso del año realicemos en este lugar otras observaciones y nos proponemos particularmente excavar en algunos sitios, con el fin de encontrar restos arqueológicos principalmente de cerámicas, piedra, hueco, etc. que nos permita proyectar más elementos de conocimiento sobre sus posibilidades relaciones con la gran cultura de Tihuanacu.

En el curso de este año el Sr. Gregorio Cordero, acompañó a la delegación científica destacada por el Ministerio de Asuntos Campesinos a la localidad de Casaña, situada en el Departamento de Oruro, donde juntamente con los Sres. Monje Rada, Ponce Sanjinés y Girault realizaron algunas excavaciones y adquiriendo algún material arqueológico que será objeto de un estudio especial próximo a publicarse, habiendo ingresado todo el material excavado a las colecciones del Museo Nacional Tihuanacu.

En los últimos meses del año el Sr. Jefe de Arqueología del Museo, se hizo presente en la región de Pucarani, para estudiar preliminarmente algunos importantes sitios arqueológicos, habiendo encontrado entre otros el importante sitio denominado Sepulturani, que promete muchas

aclaraciones con respecto a la Cronología de la pre-historia boliviana, desde que allí se han encontrado tumbas y edificios sometidos a una persistente acción de erosiones y que es objeto de un trabajo especial presentado ante esta Segunda Mesa Redonda de Arqueología Boliviana.

En el mes de abril del corriente año, el Museo Nacional Tihuanacu ha adquirido del Dr. Jorge Pick, catedrático de la Universidad de Potosí, una importante colección de 62 cerámicas procedentes de las localidades de Calcha Vitichi del Departamento de Potosí y que contienen importantes especímenes arqueológicos, que están siendo estudiados y documentados en el Museo Nacional.

También se han adquirido 25 piezas arqueológicas procedentes de la región de Mizque en el Departamento de Cochabamba.

Por la entusiasta determinación del Sr. Ministro de Educación, Dr. Fernando Diez de Medina, se está publicando en los talleres de la Editorial Don Bosco el III y IV tomos de la obra titulada "Tihuanacu la Cuna del Hombre Americano" en sus versiones inglesa y castellano, después de que el personal del Museo Nacional Tihuanacu ha realizado una ardua labor de compilación y ordenamiento de los originales y las láminas que a la muerte de su distinguido autor Prof. Ing. Arturo Posnansky, habían quedado totalmente entrapapelados y con faltas de muchas láminas que sensiblemente se habían extraviado, dado el manoseo a que fueron expuestos en diversas oportunidades y a que el mismo autor estaba sometido en su elaboración y preparación definitiva. Es posible que en los próximos meses del año esta obra esté totalmente concluida, representando un noble esfuerzo del Ministerio de Educación de nuestro país para presentar al mundo científico una obra documental que será también un alarde del adelanto de las artes gráficas en Bolivia, desde que esta obra presenta casi un centenar de láminas a todo color.

También la H. Alcaldía Municipal, por intermedio de su Comisión de Cultura, ha publicado la obra titulada "Excavaciones en Tiahuanaco" de Wendel C. Bennet, traducida al castellano y el Departamento de Arqueología, Etnografía y Folklore que dirige la distinguida Sra. Julia Elena Fortún de Ponce, está preparando la publicación de la versión castellana de la obra de Wendel C. Bennet titulada "La Arqueología de los Andes Centrales".

Es así que el Departamento de Arqueología del Museo Nacional Tihuanacu, ha realizado y está realizando una obra efectiva de atesoramiento de las riquezas arqueológicas de Bolivia, gracias a la comprensión y entusiasmo del Ministerio de Educación, especialmente en estos últimos tiempos, en que la presencia de Dn. Fernando Diez de Medina como Ministro de Educación está impulsando estos estudios y dando el medio ambiente adecuado para que ellos se encaminen por la senda efectiva de la superación continua y también por el constante estímulo que recibimos de las diversas autoridades del país, como la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz, las Universidades del interior, la Comisión de Cultura de la H. Alcaldía Municipal y el Departamento de Arqueología, Etnografía y Folklore del Ministerio de Educación.

En resumen, han ingresado al Departamento de Arqueología del Museo Nacional Tihuanacu, desde el año 1952. a la fecha más de 1500 piezas arqueológicas de distintos lugares del territorio nacional y todas las cuales han sido catalogadas, fichadas, documentadas, comparadas y sometidas a diversos procedimientos técnicos de restauración y de estudios concernientes a su real valor e importancia, estando en vías de preparación, por consiguiente, algunas publicaciones y pronta para su publicación el Catálogo No. 1 de piezas arqueológicas del Museo Nacional Tihuanacu.



LA PINTURA DEL SIGLO XVI EN SUD AMERICA

POR

MESA-GISBERT

ENTRE los libros de más reciente publicación merece mencionarse en forma especial el del prestigioso investigador Martín S. Soria, titulado "La pintura del siglo XVI en Sud América". El interés de la obra no sólo radica en la rareza e importancia del tema estudiado, sino muy principalmente en la ordenación y clasificación de las piezas que presenta y el acertado juicio que el autor hace de cada una de ellas.

Editorialmente la obra tiene una presentación sobria; consta de 125 páginas de texto y 82 buenos grabados que lo complementan. El libro ha sido hecho con la ayuda de la Guggenheim Memorial Foundation y del arq. R. Braun Menéndez y su edición se debe al Instituto Americano de la Universidad de Buenos Aires dirigido por el Arq. M. J. Buschiazzo.

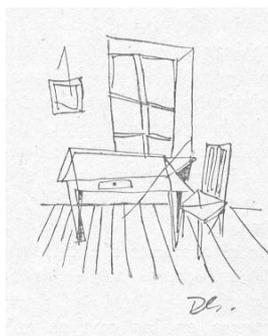
No podemos presentar la obra ante un público boliviano sin antes advertir el conocimiento que tiene el autor acerca de nuestros museos y colecciones, hecho que le permite hacer una comparación entre las obras conservadas en Bolivia y las que se guardan en otros de Sud América. El resultado nos da el siguiente cuadro; 15 cuadros del siglo XVI conservados en Bolivia, en tanto que ningún otro país pasa de cuatro.

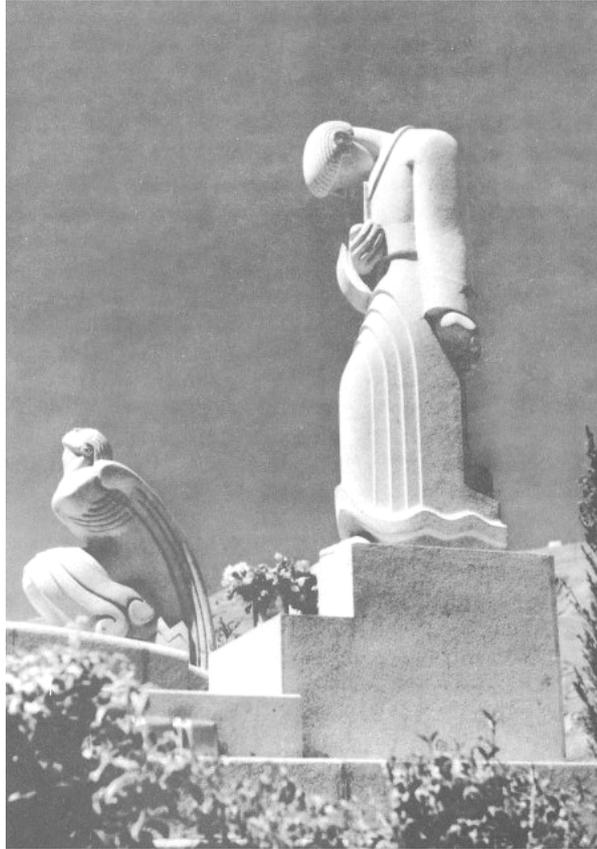
La obra se halla claramente dividida en tres partes; la primera está dedicada a unos frescos que se conservan en la casa de Juan de Vargas de la ciudad de Tunja (Colombia). El estudio de estas interesantes pinturas en las que se enlazan figuras mitológicas como Antea y Júpiter, con los monogramas de Jesús y María, es completo y lleno de originalidad. Así mismo la interpretación del rinoceronte y los elefantes, extrañas representaciones que forman parte del conjunto. Los frescos están colocados hacia el año 1590.

La segunda parte está dedicada íntegramente al pintor Bernardo Bitti y su influencia; este maestro trabajó activamente en el Perú y lo que hoy es Bolivia entre los años de 1585 y 1600. Un grupo importante de sus obras queda en la Iglesia de San Miguel de Sucre. Bitti, después del estudio de Soria, queda colocado por su calidad entre los primeros pintores de América, siendo sin duda el mejor en el hemisferio sur durante el siglo XVI.

La tercera parte, más amplia que las anteriores, nos muestra un panorama completo de la pintura renacentista y post-renacentista en América. Se analizan las diversas escuelas representadas, hay obras de la escuela de Amberes, otras también flamencas como la Piedad del taller de W. Key (Museo de la Catedral de Sucre), alemanas como una de van Kulmbach en el Museo Charcas. Quizás el aspecto menos estudiado sea el de la influencia española de la que sólo presenta dos mediocres ejemplares. Luego estudia los medios de difusión como grabados, miniaturas y envíos de libros.

"*La Pintura del Siglo XVI en Sud América*" es una obra capital para la comprensión de la cultura americana y tiene el mérito de incorporar en forma definitiva al arte renacentista de los países hispanos figuras tan representativas como la del hermano jesuita Bernardo Bitti.





Dos esculturas modernas en granito del artista boliviano Hugo Almaraz.

FOTO LINARES

UN ESPIRITU REPRESENTATIVO DE EL SALVADOR: TOTO SALAZAR

POR

LUIS GALLEGOS V ALDEZ

***T**OÑO SALAZAR, según la penetrante observación de Gómez Carrillo, es el Charlot de la caricatura, el artista que llora y ríe junto a su lápiz. Cuando Chaplin iba a llegar a Montevideo el año pasado, a Toño Salazar se le encomendó darle la bienvenida.*

Toño Salazar es un poeta. Su espíritu, estribador de formas y creador de un estilo, el suyo propio, sólo se inclina ante la Belleza.

Cada uno de sus muñecos es un aforismo que rehila hacia la verdad.

En la galería de su arte nadie se pierde. Adelante va él con la linterna de Diógenes, buscando a un hombre como el filósofo. Las incontables figuras humanas tropezadas en su existencia, que reconoce más de un avatar, se resuelven en sombras, que luego se esfuman. A Toño no le imponen sus modelos, por eso es un honor serlo suyo.

Fustiga, pero suele ser por lo general cascabelero y gozoso. Es sensual y es adusto. Ama la vida. Mas posee un sentido ascético del arte: sin disciplina no se puede hacer nada, afirma.

Por su alto espíritu, por sus maneras refinadas, es un aristócrata, pero ha penetrado en la gran tragedia actual; condenó el totalitarismo, le preocupan las cuestiones sociales, y en sus caricaturas políticas ha sa-herido con la burla y el ingenio, cumpliendo con una función periodística importante: poner un sambenito a los que se lo merecen.

Frente a halagadoras propuestas, nunca se dejó sobornar por la producción en serie. Sus muñecos salen de su mano empapados en vida, en calor humano, tristes, grotescos o bullangueros, siempre animados por el sopro creador.

Anárquico y ordenado, Toño Salazar, como todo artista, es un nudo de contradicciones. El nudo de la corbata se lo hacen y deshacen las musas. El siente la "nonchalance", la gran dejadez del hombre hostigado por la inspiración más ardiente, entregado a su vocación.

Es recio y suave, mundano y comprensivo, inmensamente bondadoso; pero su temple es de acero para la lucha. El hambre lo atenazó en sus garfios. La gloria no se compra; tampoco se adquiere en una almoneda. Su sonrisa, apoyada en su voluntad, lo sacó siempre adelante.

Hombre universal. Llega a París y le cabe contemplar "el ocaso de los dioses". Es testigo de los últimos esplendores de una época. Detrás de un caballete, escucha los susurros de Anatole France anciano, aterido en su gabán. Maurice Barrés le sonríe desde su poderosa testa gascona, signada por el mechón de ala de cuervo. Conoce a Rilke, alto, escuálido, de bigotes lacios color de zanahoria y glaucos ojos desvaídos. Participa en la eclosión del Arte nuevo, deshumanizado, picassiano, dalíano, destrozado y reconstruído, fiel representación de una época de crisis.

Fue en su adolescencia, que él ve como un sueño, actor del modernismo centroamericano, representado en El Salvador por el grupo de poetas y escritores aparecido, entre 1915 y 1919, año este último de su partida, grupo del cual formó parte.

Toño Salazar ha visto muchas cosas, por eso nos es permitido dudar cuando ríe o cuando está llorando. Como adolescente precoz, fue romántico. Ahora es el Artista con Mayúscula, cada vez más apegado a la sencillez, tan difícil de encontrar en el arte y en la vida, de pie frente a los acontecimientos de esta época crucial, sin otras armas que su talento, su lápiz y sus cartulinas.

Piérdese de pronto, traviesamente, en su galería para reaparecer detrás de un volcán, de una nube, de una columna. Su mundo es einsteiniano, relativista, construído con absoluta sinceridad. Va del grafito a la complicada elaboración de sus caricaturas en colores, a fa desnudez y desgarrar de sus caricaturas ampliadas por la fotografía, a la lírica complacencia de sus paisajes, donde el colorista es un mago. Dentro de una u otra técnica sigue siendo él mismo, proteico y vivo, con algo de duende desprendido de una balada del Norte y un mucho de pipil como se lo dijo recientemente don Francisco Gavidia, aunque sus rasgos acusen más al español.

Agudo observador de la personalidad e individualidad humanas, que él desmonta en sus características esenciales, Toño Salazar es, también, verdadero intérprete del paisaje al que ha llevado elementos captados con amor al recordar nuestra tierra, su tierra, como se ve en sus ilustraciones de "La isla del tesoro".

Una línea, una curva, prolongadas o cortadas. Ya está. Tenemos un mono, un ser elemental, si consideramos únicamente la forma; un ser organizado, un ser natural, si nos deslizamos en profundidad por una de sus dimensiones.

¿Por qué derivó tempranamente hacia ese arte inconforme, arbitrario, iconoclasta? ¿Por qué su mano y su ojo, prodigiosamente dotados, descomponen lo complejo? ¿Es un arte serio la caricatura?

Toño Salazar dibujó al nacer el signo de su propio talento. Después, siguió dibujando, con la espontaneidad del niño, primero; luego, asimilada la cultura en toda su gama de matices, con la responsabilidad de una vocación.

Pudo haber sido un gran pintor, un acuarelista, un grabador. En potencia es todo eso. El ha vivido las formas y los colores con fuerte intensidad, amándolos hasta la desesperación y el renunciamiento.

En la adolescencia, juega a deformar cuanto cae en su campo visual, en reto decisivo.

En cierta ocasión, entra en una de las aulas de nuestra Universidad, uno de los profesores de Derecho Administrativo. Ojea el encerado donde le habla, locuaz, su propia caricatura. Espectación en los estudiantes. ¿Qué irá a decir aquel doctor tan serio? "¿Quién ha hecho esto?" El autor de la broma se delata inmediatamente: "Yo, señor". Es un jovencito delgado y agudo como un alfiler. "Su puesto no está aquí, su vocación es el Arte: siga su camino..." sentencia el profesor.

Toño Salazar abandonó la Universidad de El Salvador. Desde un rincón, "el alma de la toga" entonó una elegía; pero, en el firmamento del Arte, una estrella comenzó a hacerle guiños: su propia estrella, hoy reconocida y admirada.

En vez de bostezar sobre los expedientes, de apagar su imaginación en los vericuetos del Código Civil o de procedimientos, de convertirse en un picapleitos, en un ser carcomido por lo rutina y la vulgaridad, nuestro dibujante, siguiendo su instinto, quiso ser sólo caricaturista. ¿Títulos, glorias locales, gregarismo? Subido en lo más alto de su lápiz inmenso, disparado hacia lo alto como el palo volador de los quichés, Toño Solozor, grumete de "la nave de los locos", dice adiós al lugar de su nacimiento, e impulsado por la audacia, porte a México, al México aun humeante de, la Revolución agrario, en el que todavía resuenan los cascos del centauro Poncho Villa.

Cae donde debía caer. Bien sabemos yo que su estrello no le engaña. México, entonces como ahora, es crisol de diversos experimentos políticos, sociales y culturales; es o modo de un filtro que clarifico cuanto de incitador y novedoso le llego de los cuatro puntos cardinales.

Quando Toño Solazar llegue o Francio, o París, donde todo se ensayo y acoge si tiene algún valer, ha incorporado ya a su arte, tras de recorrer los campos de México, lo noto indígena, americana. No lo anonadará lo Ciudad Luz. Viendo al indio moya, azteca, torasco o zapoteco, posando la vista en lo Pirámide del Sol de Teotihuacán, yendo o los más aportados rincones de lo tierra de Quetzolcoatl y del nopal en las misiones culturales, Toño Solazar aprende muchas cosas, entre otros, que el indio trabaja hábilmente la cerámica y que es dueño de lo formo; que su numen, abstraccionista y milenario, sabe captor las esencias; mas como se envuelve en el zarape del silencio, no pregona lo que sabe. Uno de los aciertos de la Revolución mexicano fue valorar los artes populares poro aprovechamiento de los artistas cultos.

Sin lo experiencia mexicano, su arte se hubiera, diluído en las rebuscas del arte europeo. No habrían sido sus caricaturas sino remedos más o menos logrados en un Forain, de un Sem, de un Rubiere. Su espíritu se habría volatilizado, quedando de nuestro Toño sólo una suave y erudito larva, concedora de un oficio, pero vacío de saber.

Los dioses tutelares de la América indio impidiéronle caer en el amaneramiento de algunos ilustradores franceses impresionistas.

México lo impulsa revolucionariamente. Contenido americano anima y sostiene su visión. Un fino adiestramiento manual, captado o la alfarería indígena, está en la base de su técnica. Lo lección de México se completo en el con lo de Francia, dentro de un notable equilibrio de lo sensibilidad y de la inteligencia.

No es extraño que sea él quien por primero vez incorpore el Cubismo a lo caricatura, que destruye moldes ya gastados o través de un siglo, el cual arranco en Froncia con Daumier y se

cierro ocaso con Forain en los principios de lo primero postguerra, cuando agonizo, entre arrequives de ocaso, lo caricatura del siglo XIX, demasiado realista.

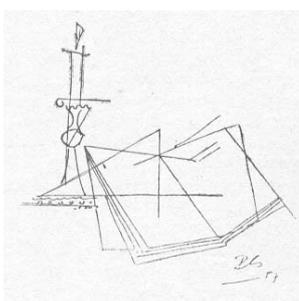
Toño Salazar busca y amo lo sencillo, lo elemental. Dibuja como lo hacen los niños. Su expresión carece de complejidades. "Mis dibujos son un lenguaje, un lenguaje que se repite en la flor, en el árbol, en la nube..." dice él. La escritura maya, como lo egipcio, como lo chino, es un lenguaje pictórico, más o menos estilizado, más o menos ideográfico, lo cual habla en el papel del maguay y en los grandes pliegos del papel de ámtl.

La flor se repite, condecoración vegetal, en los dibujos de nuestro artista; se repite con morfología constante como en la naturaleza. Esta, en términos goetheanos, no es sino la protoforma sumada al infinito. Los monos de Toño Salazar, nada darwinianos, esquemáticos a veces como una fórmula, saltan inocentes y libres en su edén tropical, sorprendidos en su arborícola, tiernos y traviesos los más, reidores ante el pantógrafo del rayo, no como sus abuelos que temían su trueno celeste y terrible.

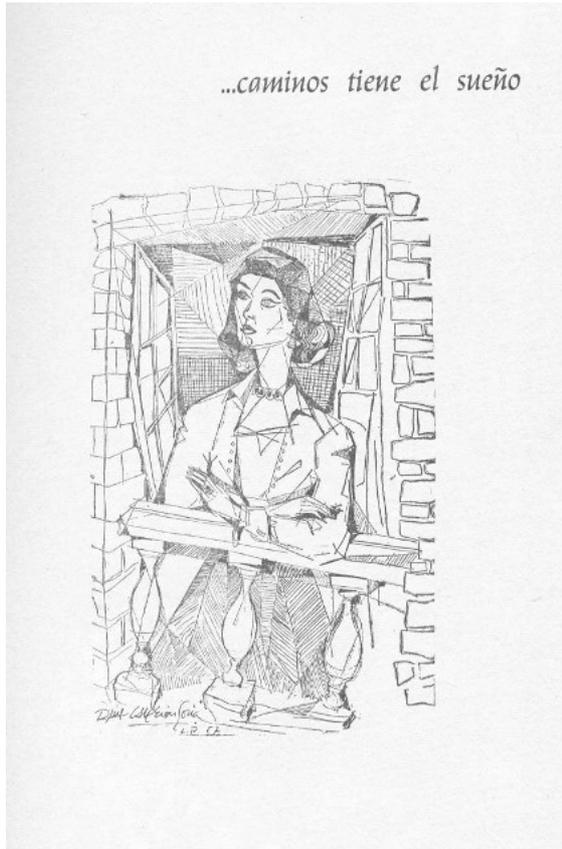
La nube es un "ex libris" en las caricaturas y dibujos de Toño Salazar. Un signo entrañable. Ella recoge la luz y la humedad de Cuzcatlán, esta tierra, que vista desde el avión, le pareció a Toño Salazar un cuadro de Bracque, con verdes maravillosos, con ocre, con la plateada incrustación de los ríos. La sorpresa se apoderó de su ánimo al contemplar su loca geografía, amenazante de volcanes, sensual en sus protuberancias, sacudida como una hamaca, sin más enigma que su suelo trabajado.

El artista, que tantas veces vió a su tierra en sus sueños y evocaciones distantes, tuvo la plena revelación de ella desde su nube, su simbólica nube, momentáneamente recubierta de un fuselaje y atronando el aire con cuatro motores. Toño Salazar llegó a su tierra desde el cielo, aquel firmamento medio clásico, medio astrológicamente barroco, del que surgió hace mucho tiempo el llamado de una estrella vacilante como suspiro de doncella, refulgente ahora con luz de primera magnitud. Aterriza en una cartulina sin asustar a sus hieráticas figuras, inspiradas en los antiguos códices o en las "Leyendas de Guatemala" del gran Miguel Ángel Asturias.

Con su lápiz a cuestas por todo equipaje, sonrío ante los cerros y líricas lomas de su niñez. De nuevo será suya la tarde de oro como lo fue en sus días iniciales en compañía de Carlos Bustamante, los hermanos Raúl y Manuel Andino, Ramón de Nuflo, Ricardo Alfonso Araujo, Vicente Rosales y Rosales, cuando él, benjamín de una tropa de bohemios, sólo llegó a probar el áspero sabor de las bebidas tropicales, brutales en su Impacto, bajo la paternal vigilancia de aquellos artistas, sus hermanos.



...caminos tiene el sueño



CAMPESINOS

POR

OSCAR GOMEZ

CALOR de treinta grados en el bosque; en el chaqueado, sol y vapor de agua. Punzón en mano, Juan José vá dejando la semilla en las entrañas húmedas de la tierra. Después de noventa días quizás recogerá las maduras espigas... sí, quizás; tantos años ha hecho la penosa tarea y se ha malogrado la siembra por la falta oportuna de lluvias.

Pero, que más queda sino cultivar la tierra y tener optimismo acerca de la posible cosecha. Ahí está el alimento, la vida. ¿Por qué pensar que el trabajo no ha de ser fructífero? Los campos son fecundos y si Dios quiere habrá agua para que maduren las mieses.

Se pone el sol. Después de la ruda faena ha llegado la hora del descanso. Las brisas del atardecer refrescan el ambiente y el espíritu. Las aves reposan en los frondosos árboles. Todo es silencio. Hora de tenderse junto a la puerta del rancho sobre la gramilla reseca por el calor diurno. Hora en que la quietud campestre invita a recordar tiempos idos.

Juan José ya no es joven. Muchos inviernos, con gélidos surazos, ha soportado en la pequeña choza que sus manos construyeron cerca del sembradío. En la memoria del viejo campesino se dibujan imágenes de épocas pasadas y hay recuerdos de los años mozos. El establecimiento de don Pantaleón con su gran casona y sus amplios corrales; los ranchos diseminados por la pampa, mostrando al cielo sus viejos techos grises.

Allí pasó Juan José muchos días de su juventud trabajando en los cañaverales. Agobiadora labor aquella de cortar el jugoso tallo a golpes de machete, no menos pesada la tarea del turno por las noches al pie de las pailas en que se cocina la melaza para hacer el azúcar. Así vió muchas veces, Juan José, nacer el sol.

¿Y don "Panta"? Hombre duro; patrón de látigo y cepo; amo absoluto en sus tierras extensas donde no había más ley que su palabra, ni más autoridad que la suya. Y duro también para el trabajo; del alba al ocaso, incansable recorría los campos vigilando a los peones.

¿Quién sabía cuánto ganaba, por tarea o por semana, en ese establecimiento? Al fin de año les presentaban el ajuste y era siempre don Panta el acreedor. ¿Que alguno reclamaba? —Só ignorante, no vez que está escrito en los libros?—

La deuda pesaba sobre cada hombre más que grillos en pies de presidiario; los retenía al feudo de por vida, generación tras generación. Así, siervos con apariencia de hombres libres, los peones trabajaban por la escasa pitanza, los necesarios vestidos y alcohol para los días de fiesta y para los sábados de jolgorio. Vida igual a la de animales de labranza la de aquellos seres humanos: trabajar, comer, dormir, procrear y, de vez en vez, licor. Para tenerlos contentos —decía el patrón.

En la mente de Juan José surgió la idea de escapar. ¿Por qué no librarse del trabajo bestial y sin recompensa? ¿por qué no ir por esos mundos en busca de mejor suerte? Dios no falta a nadie, dicen los campesinos. Con esa confianza, Juan José fugó del establecimiento de don Pantaleón sin más equipaje que su cuchillo de monte.

Libre se creía ya, en una población a la que había llegado, cuando fue aprehendido por el comisario de Policía. Largas eran las garras del amo. En toda la provincia era obedecido por las autoridades hechura suya. ¿Acaso el diputado no era su compadre? Don Pantaleón había sindicado de robo a Juan José y éste, como ladrón, fue conducido al establecimiento para recibir el castigo.

—Perro ingrato, ¿éste es el pago que me das? —tronó la voz de don "Panta" cuando llevaron a su presencia al peón fugado, luego la temida orden: Manuel, que le den cincuenta al camba pa' que se le quiten los bríos.

Sí, cincuenta azotes cayeron sobre las desnudas espaldas de Juan José. Era el escarmiento, la prevención pública para que otros no siguieran su ejemplo. El patrón no podía dejar que cunda el mal; de lo contrario se irían todos los peones dejando abandonados los chacos. ¿Qué haría don "Panta" sin quién coseche las espigas en los maizales?

Pasó el tiempo, Juan José, curado de sus heridas por la acción de la naturaleza, volvió a las faenas, pero en su mente quedó firme la idea de escapar escapar. De nuevo intentó la aventura y esta vez realizó con éxito su empresa.

"El Porvenir" se llamaba la finca de don Marcial. Allí llegó Juan José en su segunda fuga. Largos los días pasados oculto en el bosque. Los mozos de "El Porvenir" le dijeron que en ese establecimiento el látigo no les amenazaba sus espaldas y que semanalmente recibían un salario.

¡Qué suerte!; no todos los patrones habían sido como don Pantaleón. Verdad. Los había más humanos, gentes que trataban al camba, es cierto que no como a un igual, pero sí con alguna consideración a su calidad de hombre.

—En mi establecimiento no quiero peones flojos ni mañosos y el que no esté conforme, alas y buen viento—; tal era el decir de don Marcial.

Se quedó Juan José en "El Porvenir" y conoció a Ignacia. Robusta la muchacha; la tez morena, casi pura sangre aborigen. Erguida, con la tinaja en la cabeza, desnudos los hombros y las rellenas espaldas, despertaba el deseo de los mocetones.

Sin ceremonias, Juan José e Ignacia se unieron maritalmente. Cuando el patrón lo supo llamó al flamante marido.

—La tierra aquí sobra, le dijo. Escogé una parcela para que trabajés tu propio chaquito y hagás casa con Ignacia.

Era la costumbre de Don Marcial; a cada pareja que se formaba le hacía igual concesión; les daba además un anticipo sobre sus jornales: para que se compren una vaquita y gallinas, decía. Así los radicaba en el lugar, en su lugar, y tenía cerca la mano de obra tan necesaria para los trabajos.

Juan José levantó su choza y aró feliz la tierra esperando los frutos que para sí cosecharía.

El día de La Purísima, día de fiesta en "El Porvenir", un sacerdote visitaba el establecimiento. Entonces celebrábase los matrimonios de todas las parejas que se habían formado en el curso del año y el bautizo de las crías de los que se casaron el año anterior...

Siempre había bastante quehacer, en tal fecha, para el representante de la Iglesia. Como la tierra, ardientes y fecundos son los pobladores.

Después de los matrimonios y bautizos colectivos, la gran diversión. Carreras de caballos, sortija, palo encobao. Los mozos mostraban su destreza en los juegos y pugnaban amistosamente por conseguir los premios para lucirlos o regalarlos a las muchachas que ataviadas con vistosos vestidos aplaudían a los ganadores.

El patrón pagaba todo: La banda de música, los licores, las mamonas derrivadas para el churrasco de la tarde. ¡Linda fiesta!

También Juan José e Ignacia recibieron la bendición sacerdotal y contentos participaron en los festejos. Al fin de la jornada lucía, Juan José, el pecho lleno con ramilletes de flores multicolores que atestiguaban su habilidad de jinete en la sortija.

Luego vinieron los hijos, crecieron aprendiendo en la práctica diaria el laboreo de la tierra, la orientación por el sol y las estrellas, la predicción del tiempo por el color del cielo o el canto de los pájaros. Algunos murieron niños; las pestes no pudieron ser combatidas con yerbas y emplastos.

Juan José rememora la figura de Antonio el menor de los muchachos. Un día, mocetón barbilampiño, fue a la ciudad cercana y no regresó al rancho. Se supo que lo hicieron soldado, conscripto. Antonio salió del cuartel y no volvió al pago; le atrajo la vida pueblera: con razón: allí el trabajo no es de sol a sol.

Así pierde el campo sus pobladores. La ciudad conquista al campesino por las facilidades de la vida. Cualquier peón aprende con prontitud un oficio cualquiera y gana el diario sustento con poca fatiga, además ¡tiene la ciudad tantas cosas que no se ven en el campo!

Ahora, cansado, enfermo, Juan José está solo. La compañera de otros días, la hacendosa Ignacia, también se fue del rancho: mejor dicho, no se fue, se la llevaron las fiebres. Ya no hay quien cocine para Juan José; él mismo, después del trabajo tiene que encender el fuego, para la olla y hace el locro cotidiano.

Jesús, el mayor de los hijos, trabaja en el establecimiento de don Marcial. Pero, ¡cómo han cambiado los tiempos! Jesús no acarrea la yunta de los bueyes detrás del arado: aprendió a conducir las máquinas con que ahora se abre la tierra: ¡Jesús es tractorista y está en el sindicato!

A veces llega hasta la choza, de visita. Juan José apenas entiende lo que le conversa su hijo: ingenios de azúcar, peladoras de arroz, cosechadoras mecánicas, desgranadoras de maíz... En sus tiempos era la mano del hombre la que hacía esos trabajos. Juan José no se explica el por qué de las nuevas maquinarias. ¿Acaso la tierra se vuelve mejor o rinde más por ellas? Jesús le explica como el trabajo humano se vuelve más productivo con ayuda de las máquinas: como al peón le resulta más fácil la faena; como en mayor extensión y menor tiempo se cultivan los campos. El viejo campesino se asombra ante el milagro.

Es cierto, "El Porvenir" ha progresado. Las carretas han desaparecido; frente a la gran casona de hacienda los camiones dejan escuchar el rugir de sus motores; en los campos, los "International", los "Farmall" y los "David Brown" roturan la tierra o arrastran las chatas rebosantes de caña. Los viejos arados quedan como recuerdo de otros tiempos.

En vez de las chozas de techo verde, casas de tejas rojas se levantan alrededor de la antigua residencia del patrón, que sigue sólida, firme, como madre robusta y lonjeva mirando el crecimiento de la familia.

Más allá la escuela, donde los pequeños campesinos aprenden a desentrañar el misterio de las letras y los números y campos deportivos para que los cuerpos se vigoricen con el ejercicio físico.

¿Y don Marcial? Viejo arrogante, jinete en su gran caballo, pasea por el establecimiento orgulloso y feliz de su obra. Ahora, de acuerdo a la nueva ley, dará títulos de propiedad a los campesinos sobre las tierras. Cada uno tendrá su parcela, su propio pedazo de terreno. Se encariñarán con la Gran Productora y habrá pan, más para todos.

Sí, los tiempos han cambiado, pero don Marcial marcha acorde al nuevo ritmo. ¿Por qué no beneficiar al campesino si éste trabaja y su labor rinde frutos? A él le interesa la producción, que la tierra y los hombres no estén ociosos; si hay abundancia de granos las ganancias aumentan y es justo que a todos los que han cooperado con su esfuerzo les toque algo en la distribución de la riqueza.

Sobre la tierra con el calor a treinta grados, en los campos fecundos, son ya hombres los que viven y trabajan. Hombres con derechos y que sabrán cumplir con sus deberes. Se ha operado la redención de una clase oprimida y en los rostros campesinos curtidos por el sol, hay sonrisas.

Juan José, Jesús, los hijos de éste, ya no son, no serán nunca más, los campesinos sufridos y olvidados.



LOS TISICOS

POR

RICARDO MARTELL CAMINOS

HAN de ser poco más o menos las cuatro de la mañana. Me ha despertado el ruidazo de un, camión que pasó veloz sobre el puente haciendo retemblar la enorme bóveda. Hace frío. Me duelen los huesos. Al estirarme sobre el húmedo lecho de arena, le he abierto otro agujero a la colcha pegajosa de sudor y tierra con la punta del pie. Anoche me dejó dormir un poco la tos y he soñado con el pobre Chico Tapita. Era un consumado comedor de dulce de panela. Siempre que lo mirábamos bajar por el senderito polvoso y lleno de hojas secas, por entre el retostado matorral, agarrándose de las piedras salientes del paredón, hacia el hilo de agua negra que pasa bajo el puente, le gritábamos:

—¿Qué tal le fue hoy. Chico?

—Mal hermanos. Ni siquiera conseguí dulce.

—Y otro día:

—Hoy me fue bien hermanos. Conseguí para mi tapita.

Así le nació el apodo.

Todos queríamos y respetábamos a Chico Tapita. Tenía un alma de ángel y un corazón de pan. Era como nuestro hermano mayor. Cuando algunos caídos postrados por la fiebre, él, a pesar de sentirse ya agotado por la enfermedad, salía a pedir por los alrededores del Hospital Rosales. Algunas veces se estiraba hasta por el Mercado del Cuarterón, y regresaba bajo el sol de las doce, sudoriento, cansado, con un paquete envuelto en papel periódico de tortillas heladas, frijoles fritos, aguacates, algún guineo y la indispensable tapa de dulce. Le oíamos gritar desde el senderito: ¡Hoy me fue bien hermanos! Cuando entraba en la sombra del puente sonreía feliz con los brillantes ojos bailándole dentro de las cuencas: ¡Aquí está la vida, hermanitos! Ya ven. Bien dicen que Dios cuida hasta de las hormigas. Diosito es bueno y no desampara a sus hijos. Sea por siempre alabado, hermanos.

Nos íbamos incorporando silenciosos y melancólicos. A él le molestaba nuestro silencio, nuestra tristeza y trataba de alegrarnos con alguna salida de buen humor: ¿Bueno? Y a ustedes qué les pasa ahora? Cualquiera diría que están todos tísicos al verlos ahí amelarchiyados y 'tosigosos. Reíamos. Tosíamos, kof, kof, kof. Resonaba la inmensa bóveda gris.

Después del frugal almuerzo, Chico Tapita sacudía las migas del papel y se ponía a leer las noticias del día.

Otras veces asomaba radiante, sonando en las manos unas cajitas de cartón: ¡Pas y Rimifón, hermanos! —gritaba—. Al fin logré arrancarle otras cien pastillas al doctor Alcoviche. Saben ustedes por qué le dicen Alcoviche al doctorcito ese? Es porque cuentan, que cuando está con la perra gana de chupar, se empina hasta los alcoholitos que los parientes traen a los de la Cuarta. Cualquiera día amanece él también escupiendo sangre. Pero es bueno el chelito ese, vieran. A mí me pone de vez en cuando una inyeccioncita, aunque dice, poniéndose colorado de risa, que los juracos de mis pulmones no se remendarán con todo el **estrapto** del mundo. Pero yo pienso que eso dice él por hacerme la broma. O será cierto que ya estoy bien pasado?... ¡Ay, hermanos! —decía con voz desgarrada— Si no fuera por mi mujer y mi hijo, ya me hubiera tirado de cabeza en es pedrero desde allá arriba.

De pronto se le apagaban las pupilas y perdía su habitual jovialidad. Extendía su deshinchada estera sobre la arena y se echaba boca abajo sollozando. Entonces éramos nosotros

los que tratábamos de alentarle y hacerle reír con bromas e inofensivas procacidades; pero todo era inútil. Así, mudo y boca abajo, permanecía durante horas y horas.

Por qué caminos me trajo el destino a convivir con estos seres desventurados, es algo que, por ahora, no quiero relatar. Lo cierto es que hace cinco meses, bajo un ahumado crepúsculo de fines del mes de marzo, llegué, caminando como un autómatas, a guarecerme bajo la sucia arcada de este puente que no tiene nada de mágico como la montaña de Mann.

Había siete u ocho enfermos tirados sobre la arena. Una mujer escuálida oraba arrodillada frente a una litografía de Santa Rita, —abogada de loa imposibles.— que colgaba de la pared e iluminaba apenas una ve lita de cera envuelta en espirales de papel dorado.

Al verme llegar, un hombre de cortas piernas y alargado tronco se levantó y acudió a mi encuentro diciéndome amigablemente:

—Pase adelante, hermano. Por lo que veo, usted viene dispuesto a pasar una temporada a nuestro lado. Aquí hay lugar para todos y amigos para servirle.

Uno de los enfermos que estaba tirado hacia el extremo más oscuro, levantó la cabeza para mirarme y gritó:

—¿Cuánto hace que tiene rompidos los fueyes, chero?

Y el hombre respondiéndome y fulminándome con una mirada:

—El hermano no está hoy para bromas, Peretete. Dejé tus gracejadas para otro día. Sólo Dios sabe cómo se siente uno cuando llega por primera vez a este maldito arenal. ..¿O ya se te olvidó?

Yo lo miré agradecido. El, después de haberme ayudado a limpiar el espacio de suelo que desde ese momento me servía de cama, se acuclilló en su estera y se mantuvo por largo tiempo en un respetuoso silencio. Más tarde, cuando la oscuridad había invadido por completo el pequeño túnel del puente, oí que me decía:

—Hermano, si algo desea más noche, no más me habla. Me llamo Francisco Aguirre, para servirle.

Era Chico. El inolvidable Chico Tapita.

Hijos todos de la desgracia y la fatalidad, tenemos como una sagrada y secreta consigna el no investigamos nuestra procedencia. Por eso, el día que Elena vino a buscar la sombra acogedora de este puente, se encontró sólo con rostros al parecer llenos de indiferencia.

Chico Tapita, como, siempre bondadoso y servicial, le barrió un lugar junto al mío diciéndome:

—Aquí hermanita, sólo hay buena gente; pero el hermano Carlos —se refería a mí— por ser el más leído, es el más leído, el más formal y respetativo.

El Peretete y Lalo el **Canillita**, viendo que la muchacha se disponía a poner su lecho junto al mío, empezaron a reír suavemente bajo los perrajes y a dar tosiditas maliciosas. Yo me incorporé indignado enrollándome la manga de mi rota camisa, dispuesto a dar de puñetazos a los insolentes.

Chico Tapita intervino para recordarme:

—Hermano, no olvide que el que con chicos se acuesta... Y usted ya no es un cipote. No haga caso, se lo suplico. Hágalo por la enfermita que acaba de entrar.

Me eché nuevamente, avergonzado, sobre la arena. Volvió a reinar el silencio, pesado silencio de las dos de la tarde, interrumpido solamente por el ruido de los vehículos que pasaban arriba, y los ahogados sollozos de la compañera recién "ingresada".

Largas noches de insomnio. Grillos. Luciérnagas. Perros. Pupilas ardientes y resacas clavadas en la oscuridad. Recuerdos que hacen más terrible esta lenta agonía.

Una de esas tantas noches, mientras llegaba el sueño, que no habría de llegar sino con las primeras brisas de! alba, me puse a contar los carros que pasaban arriba, sobre la Avenida Universitaria. Uno... dos... tres...

Desde la torre del cercano Hospital caen lentas las tristes campanadas del reloj... lan... lan... lan... Las diez.

Sigo contando: cuatro... cinco... seis... siete carros.

El tiempo pasa y pasa, y sobre nosotros, para el norte y para el sur, pasan y pasan ras caravanas interminables de vehículos.

Vuelve a sonar la campana... lan... lan... lan... Las once de la noche. En sólo una hora han pasado más de doscientos carros. O doscientos. No estoy seguro de haber llevado la cuenta con exactitud, porque el pensamiento se me va a cada instante tras recuerdos que quisiera tener olvidados para siempre. Pero ellos me persiguen, me acosan, me torturan de tal modo, que a veces he tenido que golpearme la cabeza contra el cemento de la pared para aturdirme y no pensar. Bueno: suponiendo que hayan pasado doscientos carros. Si cada uno vale por término medio seis mil colones, vamos: seis por dos, doce y cinco, cinco ceros ¡un millón doscientos mil colones! un verdadero río de oro ha pasado y sigue pasando sobre nuestra miseria, sobre estos cuerpos nuestros, que más que cuerpos son esqueletos que respiran! En esos carros van cómodamente arrellenados los privilegiados de la fortuna: finqueros, judíos exprimidores, falsos apóstoles de Cristo, funcionarios públicos en fin, bribones enriquecidos con el sudor y la sangre del pueblo. Pero para nosotros no hay cama en el Hospital y mientras sobre la mesa de esos se vuelca diariamente el cuerno de la abundancia, nosotros aquí abajo, y con nosotros muchos, bajo todos los puentes de la ciudad, muriéndonos de inanición; masticando solamente los pedazos de nuestros pulmones desgarrados por el bacilo y ahogándonos en nuestra propia espectoración sanguinolenta. Por qué tanta desigualdad e injusticia? Si este mundo es obra de Dios, me voy al cacho!

Sin duda terminé pensando en alta voz, porque las palabras de Chico Tapita sonaron dulces, serenas, como un mensaje en medio de la noche:

—No blasfeme, hermano Carros. No se desespere. Eso le hace mucho mal. Oyéndolo hablar hace un momento he recordado, nítidas, las hermosas palabras que a un grupo de hermanos nos dirigió en cierta oportunidad el Espíritu de Verdad: vengo a enseñar y a consolar a los pobres desheredados —nos dijo—. Vengo a decirles que eleven su resignación al nivel de sus pruebas; que lloren, porque el dolor fue consagrado en el Huerto de los Olivos; pero que esperen porque los ángeles consoladores vendrán también a enjugar sus lágrimas. Nada se pierde en el reino de mi padre, y vuestros sudores y vuestras miserias forman el tesoro que deben haceros ricos en ras esferas superiores, en donde la luz reemplaza a las tinieblas, y en donde el más desnudo de vosotros puede que sea el más radiante de luz. Sí, hermano Carlos, suframos, lloremos, pero sin odios ni rencores en el corazón. Pensemos también que para poder encontrar las causas de nuestros sufrimientos, es preciso mirar lo pasado... Más allá de lo que han visto nuestros ojos, y de lo que nuestro pensamiento recuerda.

—¡Bien que filosofeya el Chico! ¿Verdá hermanitos? —dijo atragantándose de esputos el Peretete, quien no desperdiciaba oportunidad de recurrir al gracejo—. Es una biblia el baboso; pero con todo y el discursazo que nos acaba de echar encima, ay vive maldiciendo de su suerte y diciendo que de un momento a otro se romperá la de hacer versos.

—Echese ese trompo a la uña, padre Francisco! —dijo el Canillita, que siempre iba haciéndole segunda al Peretete.

Y la bóveda resonaba por la tos y las risas de todos. Y Chico Tapita, sin inmutarse respondía:

—Como ser de carne y huesos que soy, no niego que a veces me entran grandes desesperaciones; pero por eso aquí me ven tirado durante ratos y ratos, pidiendo perdón a Dios por este insensato deseo de irme del mundo antes de que él lo disponga.

—Se me hace que usted ha estudiado para cura, Chico —dijo un enfermo desde la oscuridad.

—No. Por gracia de Dios, hermano.

Y mi pregunta:

—¿Espiritista quizá, Chico?

—Por gracia de Dios, hermano.

Callamos, Arriba segura pasando el río de plata; pero sobre mi espíritu afiebrado, las palabras de Chico Tapita habían caído como una suave lluvia de resignación.

Hacia tres días que ya no se levantaba sino para ir por ahí no más a orinar, pues que otra cosa no podría hacerse porque rotundamente se negaba a probar alimentos masticables. En vano Elena y la otra mujer acudían solícitas. A ofrecerle algún cumbito de atole con maicena, o un trozo de queso con tortilla tostada. Él respondía afablemente:

—Que Dios se lo pague, hermanas. Ya les dije que no puedo comer. No tengo apetito.

—Aunque sea un bocado, Chico.

—No. No quiero. No quiero.

Y volvía el rostro hacia la pared.

Durante el primer día de ayuno, el Peretete y el Canillita lo acosaron a chanzonetas; pero él permaneció impasible. Unas veces acostado boca arriba con las manos entrelazadas sobre el pecho. Otras, acurrucado ahí, bajo el sol, el mentón apretado contra las rótulas huesudas y los brazos desmayados. Rascando la arena con la concha del índice y viendo correr el hilo de agua negra.

Yo estaba realmente preocupado. Cuando le dirigía la palabra se limitaba a sonreírme tristemente. La piel se le había puesto cenicienta, los ojos más brillantes y hundidos la voz cavernosa y la respiración silbante y acelerada.

No cabía duda; a Chico Tapita le pasaba algo trágico. Terrible. ¿Por qué ese obstinado mutismo y ese terco empeñarse en no probar bocado?

Me fui acercando, despacio. Me senté junto a él en la arena caliente. El sol de las tres lanzaba sobre el zanjón sus oblicuos rayos de fuego. Él, haciendo como que ignoraba mi presencia, siguió abstraído, viendo pasar la corriente. Se veía cansado. Tosía y escupía en el agua.

—¿Qué hora es? Dije, y mi pregunta quedó sin respuesta. Pero yo estaba propuesto a hacerle hablar, e insistí:

—¡Uf, qué calor sofocante! ¿Cree que lloverá hoy, Chico?

—Tal vez, hermano.

—A esta hora se siente uno más enfermo de lo que está en realidad...

—Si pues...

Yo quería saber, tenía que saber lo que le pasaba a mi pobre amigo y dije ya sin reticencias:

—A usted le pasa algo Chico. Y, bueno, no es que yo quiera meterme a averiguar la causa del cambio repentino que hemos notado en usted últimamente, pero... la verdad, estamos preocupados... De veras Chico, yo quisiera servirle en algo. Usted que nos llama hermanos y que en verdad ha sido más que hermano para nosotros ¿por qué nos niega la palabra y no quiere aceptar nuestros pequeños servicios. ¿Qué le pasa Chico?

—Es que hay cosas que de verdad parten el corazón, hermano Carlos...

Dijo esto con un desconsuelo tal y en un tono tan triste que, de momento, no supe qué replicar, sin embargo, dije por decir algo:

—Pero recuerda usted que no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista.

—A Dios gracias... Y ese es mi mejor consuelo, porque sé que voy llegando al fin... Oiga, —dijo volviéndose bruscamente hacia mí con los ojos encendidos, los puños apretados y el pelo en desorden sobre la frente sudorosa, —hasta entonces no noté que se le habla encanecido el cabello de las sienes— es horrible. El niño murió y ella va tener un hijo de otro.

—Pero, ¿qué es lo que dice usted.

Y él, sin responder directamente a mi pregunta:

—Me lo contó un amigo que viene todos los meses a vender jarcia. El niño murió, dicen que de bronquitis, y ella, que sin duda vive desde hace mucho tiempo con el chofer de "La Santa Fe", está para dar a luz. Está bien. No quiso esperarme... O tal vez se cansó de esperarme. ¡Pobrecita! Yo no podía regresar ya. Con la esperanza de conseguir cama en el Hospital, he vivido diez meses bajo este puente. Soñaba con regresar un día, feliz, para estrecharlos contra mi pecho sano y robusto. Más, ahora, soy menos que una piltrafa humana. Pero yo la perdono, Dios mío! —dijo cada vez más agitado e incoherente. Este sufrimiento mío es justo. ¡Señor! Gracias por haberme dado esta oportunidad de expiar mi pasado...

Las palabras se le apretaban en la garganta enronquecida. Tenía los ojos fijos en el cielo, repentinamente oscurecido por pardas nubes de tormenta. De pronto, mirándome otra vez a la cara, me dijo:

—Hermano Carlos, piense por amor a Dios en lo que está haciendo. Elena es casi una niña... Y, según lo que le dijo hace algunos días el doctor Arroyo, (ya no quiso decir Alcoviche) puede llegar a curarse. Pero usted... Bueno, tal vez necesita más tiempo para su cura completa.

—Tarde llegan sus consejos. —dije bajando la cabeza avergonzado.

—Qué quiere usted decir, hermano, por Cristo?

—Elena va tener un hijo...

—Dios mío! ¡Dios mío! Clamó Chico Tapita elevando los brazos al cielo.

Un relámpago rapidísimo, como una mano de oro, arañó la enorme corcova del volcán de enfrente, y un trueno pasó rodando, rodando como un gran lamento por entre el corazón de las nubes próximas a llorar.

Chico Tapita murió antenoche.

Elena consiguió cama en la Cuarta. No quería irse. Estuvo sollozando durante largo rato sobre los huesos de mi pecho. Hazlo por nuestro hijo, le dije, y ella se fué caminando lentamente por ese caminito que yo no podré subir nunca más.

En mi vida, recuerdo haber cometido, conscientemente, una sola vileza. Este sufrimiento mío ¿es justo. Señor?



Belleza campesina de Tarija.

FOTO ALBERTO TARDIO



LA vida de Don Ricardo Rojas compromete la memoria de todos los americanos, empeñados en develar el perfil de nuestro contenido espiritual.

Misionero de la americanidad, su obra es uno de los más serios intentos de encontrar una estructura vertebrante para el vivir y el crear de América.

"*Eurindia*" fue protesta y testimonio contra el descastamiento de una existencia americana frustrada por la incondicionada aceptación de los patrones europeos, o inoperante en la ociosa rememoración de un pasado.

En la suma de lo entrañable y de lo extraño, halló el maestro la exacta fórmula que permitiría nuestra progresión histórica. Lo indio y lo europeo, conformando la americanidad del sur, en una simbiosis espiritual en la cual el espíritu territorial da sentido y direccionalidad a la maravillosa alquimia de nuestro mestizaje.

Y si la vida del gran maestro compromete nuestra memoria, su muerte nos obliga al pregón de sus ideas, como el mejor homenaje al quehacer de quien desvió su existencia en el testimonio de un alto magisterio.

Por ello, el Ministerio de Educación y Bellas Artes organizó una velada en el Paraninfo de la Universidad Mayor de San Andrés, en la cual el Gobierno, representado por el titular de la

Cartera de Educación, el Cuerpo Diplomático, intelectuales y estudiantes se unieron en comunión de recuerdo y homenaje en torno de la egregia figura de Don Ricardo Rojas.

En ese acto se refirieron a la vida y a la obra del ilustre escritor argentino, el señor Ministro de Educación y Bellas Artes, Don Fernando Diez de Medina; el señor Embajador de la República Argentina, Dr. Carlos Manuel Muñiz; el representante de la Universidad Mayor de San Andrés, Rvdo. Padre Juan Quiroz y el Asesor Técnico del Ministerio de Educación, Dr. Alberto Calvo.

El Coro Polifónico Nacional, con la dirección del maestro Nicolás Fernández Naranjo, tuvo a su cargo la parte musical.

NOTAS CULTURALES Y EDUCATIVAS

FOMENTO DEL FOLKLORE

Por Resolución Ministerial, el despacho de Educación ha creado el Comité Investigador del Folklore Boliviano, encargado de la recolección, inventariación y estudio de los materiales nativos en todos los órdenes que esta ciencia comprende. Dicho Comité de Investigadores, ha sido adscripto al Departamento de Arqueología, Etnografía y Folklore del Ministerio. Este Departamento organizará, además, cooperativas de artesanía popular en Tiwanaku, Copacabana y Jesús de Machaca. Posteriormente organizará el Museo de Arte Popular.

EL 25 DE MAYO EN SUCRE

Representando al Excmo. Sr. Presidente de la República, Dr. Hernán Siles Zuazo, el Ministro de Educación, Sr. Fernando Diez de Medina, acompañado por su comitiva, viajó a Sucre asistiendo a los festejos cívicos del 25 de mayo. Fue declarado Huésped Ilustre de la ciudad, concurrió a numerosos actos, pronunció significativos discursos, e hizo entrega a la Biblioteca Nacional de un valioso lote de libros antiguos, algunos incunables, cuyo valor excede de los Bs. 600.000.000.

CAMPANA NACIONAL DE ALFABETIZACION

El Gobierno ha dispuesto que todo maestro deberá alfabetizar un mínimo de diez analfabetos, obligatoriamente, para contribuir así a la gran Campaña Nacional iniciada en agosto del año pasado.

RESTAURACION EN CAQUAVIRI

Se destinó Bs. 4,000.000 para trabajos de restauración en el Templo de Caquiaviri, considerado monumento nacional por su valor histórico y arquitectónico.

ESTADIO ESCOLAR EN LA PAZ

El Ministerio entregó a los estudiantes el Primer Estadio Escolar situado en la avenida Busch de La Paz, con un adecuado festival gimnástico y deportivo.

CANCIONES Y DANZAS ESCOLARES

Se ha editado un tomo de Canciones, Danzas, Coros, Cantares y Aires de la patria. Lo encabezan los Himnos Nacional y Departamental. Contiene obras de los compositores: Caba, Díaz, Patiño, Viscarra Monje, Vargas Salmón, Berdecio, Achábal, Arce, Iporre, Auza, Giménez, Yáñez, etc.

MEJORAS EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES

Después de una inspección del Ministro de Educación, se acordó efectuar diversas mejoras de carácter técnico y pedagógico en la Escuela Nacional de Bellas Artes, dotándola del material indispensable para su mejor desenvolvimiento. El Ministerio se empeñará en que una delegación encabezada por el Director de la escuela, pueda asistir a la Bienal de Pintura que se celebrará próximamente en Río de Janeiro.

PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO EN CARACAS

Bolivia estuvo representado con un valioso conjunto de 264 libros en el Primer Festival del Libro de Caracas, entre los cuales figuraron obras tan importantes como el "Vocabulario Aimara" de Bertonio, el I tomo del "Tiahuanacu" de Posnansky y otros libros agotados. El comentario del boletín dice: "Singular mención debe hacerse de la colaboración prestada por el escritor Fernando Diez de Medina, Ministro de Educación de Bolivia".

CENSO GENERAL DE ANALFABETOS

La Dirección Nacional de Alfabetización ha realizado un censo general de analfabetos en toda la República. Los resultados se conocerán en breve y servirán de base para extender la Campaña Nacional de Alfabetización.

INFORME DE LABORES DE UN AÑO

El despacho de Educación elevó un Informe de Labores durante el primer año del Gobierno Siles, que comprende cuatro partes: política de entendimiento y armonía; educación; cultura, deportes. Este importante documento con cifras estadísticas y fotografías circulará próximamente dentro y fuera del país.

PREMIO NACIONAL DE HISTORIA

El Jurado Calificador del Premio Nacional declaró desierto el concurso, por no reunir los textos presentados las condiciones exigidas por la convocatoria. El Ministerio volverá a efectuar un nuevo llamamiento a los investigadores y escritores del país para 1958.

CORO POLIFONICO DE SUCRE

Con motivo de las Fiestas Julias, se presentó en La Paz, invitado por el Ministerio de Educación, el Coro Polifónico de la Escuela Nacional de Maestros de Sucre alcanzando rotundo éxito en sus tres actuaciones por la depurada calidad artística que evidenciaron sus componentes. El maestro Hochmann, su director; los solistas Sra. de Querejazu, Srta. Nolasco, y Srs. Torres, Loayza, Revilla, y el afamado charanguista Mauro Núñez que los acompañaba ganaron los aplausos del público. La coral capitalina dejó recuerdos inolvidables en La Paz, tanto en sus difíciles interpretaciones de Bach, Mozart, Wagner, etc., como en las emotivas versiones de Roncal, Valda, Caba y otros compositores nacionales.

IMPULSO A LA EDUCACION INDUSTRIAL

La Oficina del Punto IV dirigida por Mr. Ross Moore y el SCIDE o Servicio Cooperativo Interamericano de Educación, hicieron entrega al Ministerio de Educación de Bolivia de un considerable aporte de Bs. 759.000.000 para la prosecución de los trabajos del monumental edificio de la Escuela "Pedro Domingo Murillo", centro piloto de la enseñanza industrial, técnica y vocacional del país.

Al recibir dicho aporte, el Ministro Diez de Medina expresó: "Bolivia no olvidará la ayuda que desde hace varios años recibimos de los Estados Unidos, en las áreas de educación rural, industrial y técnica".

HERMOSO DESFILE ESCOLAR

Uno de los números salientes de las Fiestas Patrias, fue el Desfile Escolar del 5 de agosto. Colegios y Escuelas se presentaron con gran lucimiento, desfilando gallardamente, para disputarse los diez premios ofrecidos por el ministerio del ramo. Fue tal el éxito obtenido, que los premios se elevaron a 25 y las autoridades, apreciando el valor ético-pedagógico del acto, felicitaron en forma especial a maestros y estudiantes.

FESTIVAL PATRIA Y REINA DEL DEPORTE

Por disposición del Gobierno, el Festival Patria que antes sólo se realizaba en La Paz, se ha extendido en 1957 a todo el país. En cada capital departamental se efectuó el memorable acontecimiento, eligiéndose las respectivas reinas de belleza. En La Paz resultó elegida la bella y distinguida joven Rosario Samsó, El Festival, en su triple aspecto deportivo, estético y social tuvo rotundo éxito.

SERVICIO DE AYUDA TECNICA ESCOLAR

Por Decreto Supremo se ha creado el Servicio de Ayuda Técnica Escolar con aportes de la UNESCO y de los ministerios de Educación y de Asuntos Campesinos. La Unesco ha puesto U\$ 30.000 y los dos ministerios Bs. 60.000.000. El nuevo organismo cooperará en la formación y mejoramiento docentes, así como en la fabricación de materia escolar: pizarrones, tizas, bancos, cuerpos geométricos, ayudas audiovisuales, etc.; campañas de alfabetización, etc. Alternarán en sus dependencias técnicos internacionales y maestros y obreros bolivianos.

NUEVO ESCALAFON DEL MAGISTERIO

Después de laborioso estudio y debido a la difícil financiación que ello suponía, el Gobierno ha aprobado por Decreto Supremo el nuevo Escalafón del Magisterio que contiene positivos beneficios sociales y económicos para el docentado del país. Ha merecido el reconocimiento público del Magisterio Nacional que ha felicitado al Presidente Siles Zuazo por "la certera conciencia social con que atiende los problemas de la educación" y al Ministro Diez de Medina iniciador de una política de franca dignificación del maestro. "Es una real conquista —agregan los maestros en carta del Jefe del Estado— que enaltece a su Gobierno y eleva la categoría sindical del magisterio boliviano".

COLONIAS DE VACACIONES

El Gobierno destinó Bs. 40.000.000 para una Colonia Escolar de Vacaciones que se instalará en Yungas; y Bs. 18.000.000 para otra Colonia de Vacaciones para Maestros en la misma región. Ambas sumas, solo para equipar los establecimientos, pues las tierras las donará el Estado.

CORO POLIFONICO DE SUCRE

El Ministerio de Educación y Bellas Artes, presentó en la ciudad de La Paz, al Coro Polifónico de la Escuela Nacional de Maestros de Sucre, en homenaje a las fiestas julias. Las actuaciones estuvieron realizadas con la presencia del Excmo. Sr. Pdte. de la República Dr. Hernán Siles Zuazo, Cuerpo Diplomático acreditado y autoridades nacionales.

El Coro fue dirigido por el Prof. Hochman y tuvieron especial relieve las interpretaciones del charanguista Mauro Núñez, e igualmente se distinguieron la Sra. Olga S. de Querejazu y fa Srta. Miriam Nolasco.

SALON INFANTIL

La Alcaldía Municipal, por la Dirección de Cultura, inauguró el V Salón Infantil, que al igual que en años anteriores tuvo un nuevo éxito con la presencia de nuevos valores.

PLANOS DE MONUMENTOS COLONIALES

El Instituto de Investigaciones Artísticas de la Universidad Mayor de San Andrés, realizó una importante exposición de trabajos realizados por los componentes de dicho instituto, de los planos y detalles arquitectónicos de los principales Monumentos Nacionales de la Colonia. La muestra se realizó en el Salón Municipal de Exposiciones y fue inaugurada con asistencia de las autoridades nacionales y municipales.

SALON P. D. MURILLO

El Salón Anual de Pintura y Escultura "Pedro Domingo Murillo" que organiza la Alcaldía Municipal, abrió el V Salón con el aporte de nuevos valores de pintura local. Los premiados en el presente año fueron los siguientes:

Gran Premio P. D. Murillo: Antonio Mariaca.

Primer Premio: Enrique Geuer.

Segundo Premio: Enrique Arnal.

CONCIERTO DEL R. P. WOOLLEN

El destacado compositor e intérprete norteamericano Rvdo. Russell Wollen dió una serie de conciertos y conferencias sobre música moderna y religiosa.

CONFERENCIA DE JORGE DE LA REZA

El Director de Restauraciones del Dpto. de plástica del Ministerio de Educación dictó una conferencia en los salones del Instituto Cultural Boliviano-Alemán, sobre "Problemas de Arte".



EL LIBRO DEL TRIMESTRE "EL PEZ DE ORO"

Por Gamaliel Churata, Editorial Canata.
La Paz. -1957.

I

Cuando Gamaliel Churata puso en mis manos el texto inédito de "EL PEZ DE ORO" —tres años atrás— quedé literalmente deslumbrado. Tales eran su fuerza y su hermosura.

¿Pero quién es Gamaliel Churata? Peruano de origen, boliviano de arraigo y volición, es un talento inductor de americanidad; de americanidad entrañable, irreductible, vertical. Como muchos creadores geniales, soporta un destino adverso; y ésta cabeza de maravillas que podía engendrar libros estupendos de historia, de sociología, de filosofía-lírica, —si cabe el término— ha visto transcurrir su vida en el desgaste inútil de las redacciones: treinta años en diarios y revistas. ¿Inútil? Digo mal: inútil no, porque su didáctica social queda para siempre. No hay movimiento político, literario o artístico, ni escritor o artista no existen que no deban a la pluma del vigoroso analista andino consagración, glosa o crítica incisiva. Animador del Grupo Titikaka en el Perú, del que salieron el poeta quéchua Alejandro Peralta y otros valores entroncados con César Vallejo y la revista "Amauta" de Mariátegui, Churata se incorpora, en Bolivia al movimiento "Gesta Bárbara" que con Medinacelli, Dalence, Alba, Saavedra Nogales y otros hace también de proa para un indigenismo medular, celular, que devuelve al pensamiento andino sus nódulos vitales; desde adentro, de la intimidad ancestral y popular hacia el mundo exterior. En el ser peruano o en la altipampa potosina, Gamaliel hace de profeta airado y admonitivo. Enseña, ataca, demuele, polemiza con brío y destreza insuperados. Entre nosotros hizo escuela crítica de gran estilo. Fue —y es— el humanista americano sin ágora, sin discípulos. La voz que clama en el desierto. Más Lutero que Erasmo, ardido de furores terrícolas.

¿Su obra crítica y literaria? Seis mil artículos y crónicas desperdigados en diarios y revistas de Bolivia. De valor muy desigual' —naturalmente— porque la pluma, como medio de sustento, ha de rendir tributo a la mediocridad ambiente. Pero de pronto el lector tropieza con ensayos bellísimos, que por el rigor del concepto o la elegancia de la forma, firmarían un maestro europeo. Así "Manco-Kapac, demiurgo del pueblo indio". Así "Preludio de Konkachi". Así "Tendencia y Filosofía de la Chujlla", Así "Thunupa en el vértice del humanismo indoamericano". Indianismo vertebrador, polémico, entrañable. De 24 kilates. Saturado de jugos y esencias de América. Siempre nuevo, viejísimo también.

El hombre todo lleno de bondad, rico de dones, prodigándose a jóvenes y gentes maduras, corno aquellos esenios de los que torna el nombre.

Gamaliel Churata es, en Bolivia, símbolo de lucha. Toda la vida solitario, seguido y comprendido por un puñado de amigos; negado, ignorado por las muchedumbres. Encerrado voluntariamente en su indigenismo acometivo, raigal, —axial diría el filósofo— no quiso transigir con hombres ni con ideas del trasplante oceánico. Y allí quedó, en su célula india, hermano de los campesinos y los mineros, esperando la revolución social que en 1952 lo encontró, ya cansado, quebrantada su salud. ¿Aurora? La hubo para el pueblo mestizo, para la multitud indígena; no para el pensador que tras treinta años de combate, casi siempre anónimo, tiene todavía la altivez de los antiguos "orejones" de la Conquista: habla, no pide. Sostiene su ideario lácteo -por el suelo y por la raza- no comercia con él.

España y la América India le surgen las venas. Es, como Franz Tamayo, como Miguel Ángel Asturias, como Pablo Neruda, como Jorge Icaza, como Ricardo Rojas, el hombre vísceral del continente mestizo. Con lengua de Occidente emite voces que sólo entenderán los saturados de leche cosmogónica. Es, antropológica y espiritualmente, el gran mestizo de América, todo henchido de verdad y contradicciones. Drama y victoria; derrota y juego a la vez. Hacer y rehacer que no se entran. De tan alta estirpe lúdica, que todo se le vuelve incendio y querella, exégesis y didascalia.

Amigo más fiel no lo hay, aunque de pocos. Alma más grande si se mide por su capacidad de lucha y sufrimiento, tampoco. Tamayo conoció la holgura y el éxito; su tragedia fue el orgullo, fue la soledad. Churata, mentalidad tan poderosa casi como la del maestro paceño, sólo ha conocido pobreza, tristeza, olvido. Y un sino adverso que sólo le permite ver publicado su primer libro en el crepúsculo de una vida intelectual intensísima.

Hombre y escritor. Un drama vivo. Un tesoro subyacente.

II

Cuando leí por primera vez "EL PEZ DE ORO", compuse estas reflexiones.

Trátase de un libro informe, vasto a veces, a veces relampagueante. Buído como puñal, denso y apretado como sombra inexorable. Lento y rápido a un tiempo mismo. Está penetrado de dolor humano, henchido de gérmenes divinos. Confuso y lúcido a la vez. Rico de adivinaciones, cuajado en ultralógicas y sofisterías, es un libro inconcluso, ciertamente, porque faltan la síntesis final, el aristado pulimento de una mano eliminadora.

Esta obra es fiel expresión del pensamiento mestizo. América por dentro; Europa manando savias culturales en el episodio y en la técnica.

¡Pobre y grande Gamaliel Churata, espejo de la grande y pobre América nuestra!

Las páginas de su libro genial sacudirán a muchos, ¿pero quiénes las entenderán? Son, como las de Villamil de Rada, visiones oníricas para iniciados. ¡Y qué talento en la intuición de esa "poética trascendental" del suelo y de la raza! Si fueran más ceñido el tema, menos reiterada la exposición ideativa, más directo el estilo, alcanzaría a verdadera obra maestra. Cosa de poeta, sociólogo, profeta, filósofo. ¿Qué más pedirle un escritor? Y a la postre no se empina el español sobre el indio ni el indio sobre el español: es el genio mestizo convulso, dolorido, hermoso y feo simultáneamente, tenso de tensiones desmedidas, el que crea estas páginas demoniales, desiguales, prietas de angustia. Verdad, belleza, tragedia. En el mensaje y en la estilística.

¿Qué destino contrario ha truncado esta pluma potentísima? ¿Por qué Churata con más energía creadora, con más riqueza léxica, con más potencia lírica que muchos pseudo-indigenistas, no es hoy el primer escritor indio del continente?

Que este verbo —todo luz— viva en la penumbra, es un misterio cósmico. Una revisión general, una poda sutil, y EL PEZ DE ORO bogará en la eternidad de América.

III

Tres años después ¿qué impresión produce el libro de Churata?

Queda el lector tan desconcertado y tan admirado como al primer impacto. Acaso en grado mayor. Desconcertado porque la confusión, la estructura barroca, la dispersión sabia y excesiva persisten. Admirado, porque los hallazgos conceptuales, las revelaciones embrionales y las bellezas de expresión, también.

Tiene el libro páginas tan estremecedoras que me pregunto si no será poca expiación una vida tan desgarrada como ésta, para alcanzar ese "pathos" trágico de expresividad que es la suma de todo grande artista.

Extinguida ya la prosa muscular de Franz Tamayo, el habla vital y pandemónica, de Gamaliel Churata se deslíe rica de vetas vírgenes. Es, a mi juicio, el primer prosista indio, de contenido y de forma. Si por indio entendemos la fidelidad con morada y habitante, la melodía sanguínea de una América anterior al hecho hispano, que sigue latiendo en la célula individual apesar de técnicas y aportes culturales transatlánticos.

"Es que América —dice Cuarta— antes que fruto debe saberse raíz".

Y más allá en genial intuición, este pensamiento que ha de ser medido en escala de futuridad:

"El mito griego es el alma mater del mundo occidental; el mitoinkásico debe serlo , de una América del Sur con "ego".

O este otro que trasciende a una estética de lo americano:

"¿Por qué lamentar si te falta historia escrita del Inka, si hay otra, sensorial, tallada en las anisotropías de tu sangre? ¿Qué está muerta? ¡Wakra! Saberla encontrar es todo el problema de América. Vivir no es ciencia: es arte".

Y finalmente estos fragmentos que despertarán mucha cólera si no se les pesa en el fiel de su circunstancia fidedigna:

"Si América es una realidad genéticamente mestiza, la literatura americana debe ser idiomáticamente híbrida. Para acentuar una radical americana en nuestra literatura, acentuar menos que el paisaje la valoración antropológica. La verdadera capacidad estética de América está en la sangre del indio, y, por tanto, la forma de hacer estética americana es hacer de América un mundo indio".

¿Pero qué es "EL PEZ DE ORO"? Difícil —si no imposible— clasificarlo. Novela, no. Tampoco tratado filosófico. Ni ensayo sociológico. Para prosa lírica, sobra substancia. Para interpretación histórica, faltan sistema y método. Pero la garra del pensador y la zarpa del estilista prenden tan fuerte, que sean memorias, impresiones subjetivas, o retablos descriptivos, el libro surge con presencia mágica y arcaica, para culminar en mensaje de presentismo inminente: parece, en verdad, el cubículo del brujo andino.

No hay construcción geométrica, el rigor plástico del documento occidental, sino una a manera de desorden primordial, deliberado. Se trata de un escritor germinal, con "estilo genésico", todo él rico en hervores, impetuoso, cuya dispersión lógica corresponde admirablemente al desorden americano que nutre su pluma. Y ésta la clave para entender la obra: EL PEZ DE ORO es América, desbordante y encrespada, convulsa todavía del parto de ingenios en formación. Habla del río que abandona el cauce, de selva pánica y tremulante, de razas que no se entienden porque se ignoran a sí mismas. Habla de montaña que se despedaza: lava en ascenso. Habla de hombre —joven y viejísimo— que busca en la tierra y en la sangre su propio derrotero.

Parece un Papini furioso de hallar la verdad humana en las contradicciones del mundo. Un Sarmiento desmedido ahito de realizaciones urgentes. De Europa tiene el gesto culto, la reminiscencia sabia. De América el vigor telúrico, el descontento esencial. Por ello pensamiento y expresión agonizan en el drama del espíritu continental: se "es" y se quiere ser otra cosa... Herencia se absorbió que el ancestro combate y resiste todavía. Célula y cosmos prosiguen la lucha. Y al cabo el escritor no es sino el profeta de la nueva cultura.

¿Quién la entiende, la presiente quién? ¡Díganlo arúspices y vates!

Para Gamaliel Churata, lengua con crispatura y violencia, es signo de vitalidad creadora. Remueve. Fecunda. Su libro se dirige a gentes con alma, con voluntad, con destino trágico de cambio y afirmación. Problemática, en la historia y en el tiempo.

IV

Parece excesivo decir:

"Para nosotros la salvación ya no es España; es el indio, el regreso al vientre de la tierra. Todos llevamos una madre india en la sangre; pero no todos nos embriagamos con su sangre".

En "El Pez de Oro", un amauta redivivo hace de Zaratustra andino. Aquí está Churata entero, sociólogo y hechicero, taumaturgo y profetista. Tábano que hiere y acicatea. Vate en el sentido profundo del término, traspasado de dolor, de ternura, de presencias y esencias indias.

Y es, ciertamente, América íntegra, redonda, la que brota de estas páginas viscerales, escritas con angustia y pasión de hijo querendón y enraizado a lo suyo. Mazurkas de Chopin: cada aire, cada nota, una emoción de patria, y el alma y el hombre de la patria. Y al transforde el drama, hecho belleza, del ser que todos fuimos y pocos sublimaron: el espíritu vuelto luz, diamante fúlgido. Si bien se mira, cada página del libro churatiano es égloga y vigilia. Enseña y lacera, porque calar en lo hondo supone expiar conocimientos.

Refiere uno de los mitos cosmogónicos y totémicos del Titikaka —aimará y quéchua a la vez— que del pez provienen el mundo y la progenie andinos. Del lago inmortal surgieron los mortales Inkas. De aquí el escritor infiere que el Pez de Oro es "totalidad, patria y universo, punto lácteo" del quehacer indio. Si hubo filosofía de felinos y peces para el habitante primitivo —el Pez de Oro y el Puma de Oro concentran uno de los mitos más originales del Ande— el americano de hoy, indio por la sangre y el espíritu no empece la fronda ilustre de occidente, ha de volver a la profundidad líquida para rastrear origen y palingenesia.

El libro cierra con sentencia magnífica:

"He aquí el áureo mensaje de "EL PEZ DE ORO":

—¡América, adentro, más adentro; hasta la célula!—".

Mas para llegar al lírico discurso ¡cuánto análisis, hermosura tanta! Quinientas páginas apretadas de ciencia natural y poesía discursiva. Estilo inimitable. La trama complicada, esotérica la forma. Un amasar, disolver y recompensar la lengua que fuera arbitrario si antes no llegara a maravilla. Trenos que recuerdan hablas de Gracianes y Calderones, junto a barbarismos, americanismos y modismos quéchuas que esmaltan la parla del mestizo. Nadie, en la América de hoy, ni en la anterior, fue tan lejos —y tan hondo— en punto de hibridación idiomática. Si críticos y artistas se deleitarán en esta obra, para filólogos y hablistas, (qué revelación!

En "EL PEZ DE ORO" vibra un soplo de metafísica aimará —que Churata, quéchua al fin, es kolla en el origen— y dice: todo es igual: ayer, hoy, mañana. ¿Qué importan verdad o mentira, historia o leyenda, candidez o sabiduría? Y el narrador agita, en medio de tempestades retóricas que evocan el bosque huguiano, finos deliquios entrañables donde llora la zampoña india o se goza la ternura quéchua.

Nada escapa al vaticinador: orografía, hidroproezas, floras, faunas, gentes y costumbres. América bulle entera en el cuenco de sus manos ansiosas. ¡Qué modo de hablar, de inventar, de recordar, de animar materias muertas y vivas! Si Huamán Poma de Ayala es el mestizo nuclear para entender históricamente lo inka, yo diré que Gamaliel Churata dicta en EL PEZ DE ORO una biblia de americanidad poética y viviente.

Un sabio espantable en la pluma. En el pecho un niño. Y por encima de ciencias y retóricas infusas, el poeta arroja su carga de relámpago. Morir de América que es un vivir del indio. ¿Para entenderlo? Aprender la fabla antigua y novísima, clara y enigmática, simple y complicada de este gigante quéchua que vació en sólo un libro la oscuridad y la magia de siglos.

¿Qué podría yo decir a Gamaliel Churata, hermano y maestro de arcanos y arcaicos?

No son obras de tanto fuego y paciencia cuanta para tiempos actuales.

Mucha lección, despliegue rutilante de sabidurías autóctonas y oceánicas en este otear de siglos y culturas.

¡Pero qué dulce se vuelve el atormentado cuando habla de la "Mamita-Thosan-keyu", esa flor que llaman también "saliva de la virgen!"

No sé, no sé cual elegir. Si el Jefe de Conocimientos que acumula observación y saber con potencia inagotable; o el dulce "haravicu" quéchua que toca el alma con su ternura india recatada y melancólica.

"Sonkhoimi" —como Churata dice— es en "kolla" la mujer adorada. Y extendiendo el concepto, a él podríamos aplicarle lo que el amador quéchua dice a su amada:

"¡Sonkhoimi: mi corazón solamente tuyo!"

Así este rapsoda canta a su América, la entrañable, con voz que tiene grandeza y pesadumbre de montaña.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

BIBLIOGRAFIA

"MARAVILLOSA BOLIVIA"

Ernesto Jiménez Caballero
Ed. Cultura Hispánica. - Madrid.

Ernesto Jiménez Caballero es un brillante escritor español, que a la vez sobresale como eximio periodista. Ambas disciplinas suelen anular al hombre de letras, pero éste no es el caso. Jiménez es bastamente conocido en América como profesor, ensayista y crítico de múltiples antenas. Sus trabajos didácticos, históricos y de exégesis españolista, le han labrado firme fama literaria. Baste mencionar su monumental "Lengua y Literatura de España". En 16 apretados capítulos y 200 páginas, Jiménez Caballero radiografía la nueva y la antigua Bolivia —que de ambas está hecho su libro— con pasmosa agilidad perceptiva. Díjese crónicas de diario o de revista, extraordinariamente sueltas y livianas, sin que les falte decoro artístico, pues el galano escritor español sabe la ciencia difícil de embellecer lo volandero con esa rara erudición que dan el mucho pensar y el largo estudio. Muy personal, rico de originalidad, de enfoques certeros, de ma-

tices coloristas y arrebatos típicos, este libro es un cofre de paisajes, hombres y costumbres. Jiménez Caballero sabe ver, sabe expresar y sabe transmitir al lector la delicia de una prosa noble, rápida, vivaz. He aquí lo histórico y lo sociológico, entremezclados con el atisbo económico, el alarde estético y la evocación poética oportuna. "Maravillosa Bolivia" es obra de soñador, de ensayista, de pensador-viajero. Nunca fueron tan fina y tan amorosamente vistos nuestro medio y nuestra raza, cantados con tal exaltación lírica. Si en el exterior dará una visión generosa y vibrante de nuestro país, para nosotros mismos, los bolivianos tiene hallazgos muy felices que agradecemos de corazón. Jiménez Caballero ha escrito un hermoso libro de viajes, de introducción al conocimiento de un país que aplaude y reconoce su sagaz tarea. El señorío, el estilo, el "charme" —dirían los franceses— de este libro son imponderables. Y un instrumento expresivo que tiene toda la majestad de la sonora lengua de Castilla. Jiménez Caballero ganó el corazón de los bolivianos.

EL BOSQUE SIN SOMBRA

Edgardo Ubaldo Genta
Ed. Florensa – Montevideo

No siempre un buen poeta es hábil novelista. Genta, poeta épico de nombradía en el continente por su caudalosa vena imaginativa, incursiona ahora en el relato. Tema bien desarrollado, estilo correcto, toques líricos innegables. Pero qué le falta al libro para ser "una novela"? Tiene técnica, no falta interés a los pasajes dramáticos. Realismo, costumbrismo, fondo moralizante. Y sin embargo... Genta es mejor poeta que narrador. Este "Bosque sin sombra", efectivamente, no da sombra ni guarece.

ALBUM DE LA COMISION COREOGRAFICA

Ed. Hojas de Cultura Popular Colombiana
Bogotá

Nos hemos ocupado, más de una vez, de "Hojas de Cultura Popular Colombiana", hermosa revista gráfica y literaria que edita con singular acierto Jorge Luis Arango en Bogotá. Ahora nos llega el famoso **Álbum de la Comisión Coreográfica**, debido a los pintores que hace más de un siglo acompañaron a un grupo de sabios encabezado por Agustín Codazzi, en la inmensa tarea de recorrer y estudiar el territorio colombiano. Fernández, Price, y Paz hicieron primores y el resultado es este álbum que constituye un alarde de objetividad y de interpretación artística. 159 pinturas, reproducidas a todo lujo, en cromotipias de impecable impresión, reflejan el paisaje, los moradores, vestimentas, la flora, la fauna, las industrias primitivas, etc. Hay fidelidad científica y rico sentido estético. La Colombia del siglo pasado aflora exuberante en todas sus manifestaciones físicas, sociales y espirituales. El álbum resalta, así, como un nítido espejo de cultura donde se copian todas las manifestaciones vivas de la gran nación hermana. La edición es bellísima: en papel de superior calidad, con soberbias reproducciones, representando un notable esfuerzo de la industria gráfica colombiana. Para Jorge Luis Arango, tan acucioso por todo lo cultural, un caluroso saludo por esta obra excepcional que hace honor a su patria y al espíritu de progreso de América.

DIEZ POETAS BOLIVIANOS

por Aquiles Nazoa
La Paz - Ed. Buriball

Un caso raro: un joven poeta venezolano —y de los buenos— edita, en amoroso gesto, un folleto presentando a diez líricos bolivianos. Presentaciones sobrias, ceñidas, y versos muy bien seleccionados. La edición con todo el decoro del oficio. El fino poeta de Venezuela, cuyos bellos poemas ha difundido ya la prensa nacional, oferta a la confraternidad de los espíritus un loable rasgo de americanismo vivo. Aquí están Alcira Cardona Torrico, Jesús Lara, Yolanda Bedregal. Antonio Ávila Jiménez. Jorge Suárez, Félix Rospigliosi. Oscar Alfaro, Jaime Canelas López. Oscar Cerruto y Eduardo Calderón Lugones. Ciertamente: unos poetas consagrados y otros valores nuevos. Para la poesía boliviana, una victoria. Para Aquiles Nazoa, artista y soñador él mismo, un lauro inmortal: un creador que se ocupa de difundir a otros es una lección de humanidad. Sobresale, este pequeño libro, por la segura elección del autor, que sabe escoger y combinar poemas con fina maestría. Resalta, asimismo, por su noble presentación: con pocos recursos técnicos, un máximo de dignidad y de armonía. Nazoa resulta, así, buen artista y mejor oficiante en la artesanía literaria.

CUATRO ENSAYOS DE HISTORIOGRANA

Por Eduarao Arcila Farías
Caracas

He aquí un investigador severo y sagaz. Los cuatro trabajos de este pequeño libro —Climas de Opinión, ¡Arriba la Locura y el Desorden!, Para qué sirve la Historia, y Ubicación de Oviedo y Baños— categorizan un trabajo sistemático de estudio y análisis. Arcila Farías tiene la preparación filosófica y el genio crítico necesario para relieves sus ensayos. Razonamientos claros y estilo sencillo. Hay, a la vez, fondo clásico y excelente información del proceso científico moderno.

DOS POEMAS

de Manuel B. González
Buenos Aires

La poesía, en América, ha cobrado tal magnitud que rompiendo el vasallaje a la influencia ibérica alienta ya por sí sola. Tenemos grandes —aunque pocos— poetas y muchísimos buenos líricos. Sobre todo en el verso moderno —libre, "ísmico", o delicuescentemente imaginativo— hay tentativas felices que acreditan la energía surgente de los aedas continentales. Claro que no todo es bueno: hay también malísimos y abundantísimos liróforos... Manuel Blasco-González es un joven poeta que nos manda LOS CANTOS DE CAIN y LAS TROMPETAS DEL JUICIO FINAL. Nombres bíblicos, casi apocalípticos que sugieren más de lo que dicen. El prólogo de Arturo Cuadrado al primer tomito de poemas es muy exagerado: González no es un poeta extraordinario (enfermedad sudamericana elogiar sin tasa) sino, únicamente, un poeta de segunda o tercera fila que ensaya su canto. Tiene inteligencia, no le falta cultura, acusa una sensibilidad despierta. Pero de ahí a creerse un Rimbaud o un Latreumont disparando atrocidades, hay mucha distancia. González carga demasiado la intención filosófica, abusa de la pedantería juvenil. Para ser profeta le falta sinceridad. Para removedor del mundo carece de originalidad. Es un poeta travieso que ensaya a reformador. En el segundo opúsculo es más poético que el primero. Su tono elegíaco, a veces épico, su ritmo de rapsodia, ganan pasajeramente al lector... para perderlo en imágenes duras, ramplonas o juicios agresivos que carecen de buen gusto. Es esto un poeta? Sinceramente: no. Se trata de un mozo culto, despierto, ansioso de hallar un camino expresivo a su inquietud espiritual. Nada más. Menos soberbia y más depuración en el lenguaje podrán hacer un poeta. Por lo demás, apesar de la fuerza conceptual, esto no es poesía. Le sobra dureza. prosaismo.

EL TEATRO JESUITICO EN EL BRASIL

por José Carlos de Macedo Soares
Rio de Janeiro

Walter Rela, escritor uruguayo, ha traducido este breve ensayo del brasileño Macedo Soares, que es una sencilla monografía acerca de los orígenes del teatro durante la Colonia en el país hermano. Trabajo de investigación histórica, más erudito que de análisis, sobresale por su rigor dialéctico y su amenidad.



LA PROCESION DE LAS HOJAS IMPRESAS

"MUNDO HISPANICO"

Nos. 109, 110 y Especial dedicado a México.- Madrid.- Presentación gráfica espléndida.- "Himno de la Resurrección de la Carne", por José María Souviron.- "Visiones de Hispanoamérica" por Ernesto La Orden Miracle.- El número dedicado a México, gráfica, literatura e informativamente, impecable.

"HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA"

Nos. 74, 75 y 76. Bogotá.- Alarde tipográfico.- Dos poemas originalísimos de Hernando Domínguez Camargo.- Un estudio crítico sobre dicho poeta de Fernando Arbelaez.- Material histórico y literario selecto.

"TEMAS"

Junio de 1957.- Nueva York.- Magazine ágil, de corte moderno, bien informado.- "Murillo el pintor de las Vírgenes" por Ramón Gómez de la Serna.- "El Gran Director" por Eloy Ripoll del Río.- Excelentes fotografías.

"MUSEUM"

Volumen X.- Nº 1.- París.- Revista de arte de gran lujo para aficionados a la museografía.- Información artística en general con predominio de corrientes modernistas.- Papel y fotografías de alta calidad. Número dedicado a los museos y parques del Japón con eruditos artículos sobre el movimiento científico en museología. Muy buena.

"EL ARTE ALEMAN CONTEMPORANEO"

Revista mensual de problemas alemanes.- Edición superior hecha en Friburgo de Brisgovia, Alemania.- Papel porcelana y grabados magníficos.- "El Arte Alemán en el siglo XX" por Franz Roh.- "De! Blaue Reiter a la Bauhaus" por Ludwig Grote.- "El Grabado Moderno" por G. F. Hartlaub.

"CUADERNOS AMERICANOS"

Año XVI.- Nº 1957.- México.- Densidad ideológica y agudeza crítica.- Trabajos de primera calidad.- "Unidad y pluralidad de la crisis social contemporánea" por Jorge L. Martí.- "La Crisis del Comunismo" por Álvaro Fernández Suárez.- "¿Una crisis de la modernidad?" por Angélica Mendoza.- "James Joyce tras el interrogante" por Marcelino C. Peñuelas.- Notas sobre libros y revistas.

"INDICE"

Número 99.- Madrid.- Tribuna polémica, crítica y literaria.- Sección artística bien presentada.- "El alma de Baroja" por Eusebio García Luengo.- "El espejo de la historia" por María Zambrano.- Ensayos cortantes, notas pintorescas, información sintética y vivaz.- La revista es muy interesante. Lunares: un exceso de cartas y posiciones presuntuosas con desproporción entre tema y protagonistas.

"ATENEA"

Nº 374.- Concepción, Chile.- Revista tal vez decana de las publicaciones culturales del continente sur.- Número dedicado a la insigne poetisa Gabriela Mistral con bellos trabajos de Arturo Torres Rioseco, Andrés Sabella, Mariano Pícion Salas, María Eugenia Luvecce (sobre Huidobro).- Abundante sección bibliográfica.- Notas artísticas.

"CUADERNOS HISPANOAMERICANOS"

Nos. 87, 88 y 89.- Madrid.- Cultura, ensayo, poesía.- Bien calibrada.- "Rilke y el mito clásico" por Luís Díez del Corral.- "El Nuevo Estado Católico" por Manuel Alonso García.- "Antología apasionada de la Bienta de Venecia" por Vicente Aguilera Cerni.- Hermosos versos de Jaime Delgado.- "Menéndez Pelayo y la critica literaria" por Alfredo Carballo Picazo.- Notas políticas, literarias y comentarios.- Bibliografía severa y analítica.

"REVISTA NACIONAL DE CULTURA"

Nº 119.- Caracas.- Jerarquía y buen gusto.- "La Fantasía Coral Op. 80 de Beethoven" por Fernando Díez de Medina.- "Un escritor de América: Mariano Pícion Salas" por Plá y Beltrán.- "La educación y el ambiente" por Luís Reissig.- Excelentes reproducciones de pinturas en blanco y negro.- Sección bibliográfica extensa y de estudio interpretativo.- Notas.

"TRADICION"

Revista Peruana de Cultura.- Nos. 19 y 20.- Cuzco, Perú.- Presentación tipográfica pesada que no atrae al lector. Fotografías borrosas.- Historia, lingüística, folklore, sociología, etnografía.- Estudios serios, documentados con cita de fuentes bibliográficas.- Merecen especial mención los ensayos sobre tópicos lingüísticos aimáras y quéchuas.- Revista especializada de alto mérito.

"REVISTA INTERAMERICANA DE BIBLIOGRAFIA"

Volumen 7. Nº 1.- Washington.- Temas bibliográficos en general.- "Francisco Hernández, humanista del siglo XVI", por Germán Somolinos D'Ardois.- Comentarios bibliográficos no siempre bien informados ni acertados.- Esfuerzo laudable.

"CASA DE CULTURA ECUATORIANA"

Vol. VIII, Nº 16.- Quito.- Forma desagradable: no invita a leer.- Material literario de segunda categoría, lo que sorprende, ya que el Ecuador tiene vigorosos escritores y talentos creadores.

"HUMANISMO"

Número 41.- México.- Revista política y polémica.- "Petróleo y dictadura en Venezuela" por Harvey O'Connor.- "Universidad, cultura y técnica" por Miguel Bueno.- Notas de libros.

"LA NUEVA DEMOCRACIA"

Sociología, religión, política, letras en general.- Editoriales agudos de Alberto Rembao.- "Fausto, Sánchez Descartes" por Francisco Romero.- "La Superación del anti-imperialismo" por Fernando Diez de Medina.- "Tito Yupanqui, escultor indio" por Guillermo Francovich.- Notas bibliográficas.

"PAPEL LITERARIO"

de "El Nacional".- Últimos números de esta muy interesante publicación quincenal.- Caracas.- "Muerte y Gloria de Gabriela Mistral" por Jorge Carrera Andrade.- "Goethe y Hölderlin" por Luis Cernuda.- "Fiestas a Bolívar en el Cuzco" por J. Uriel García.- "Miguel Ángel Asturias" por Enrique Labrador Ruiz.- Notas literarias, críticas y artísticas sobrias y amenas.

"LETRAS DEL ECUADOR"

Nº 106. Quito.- Gran formato, fácil lectura, calidad literaria.- "Vida trágica de Niccolò Paganini" por Edmundo Ribadeneira.- "Dios está azul" por Benjamín Carrión.- "José Mancisidor" por Alfredo Pareja Diez-Canseco.- "La libertad de la cultura" por Rómulo Gallegos.- Bibliografía.

